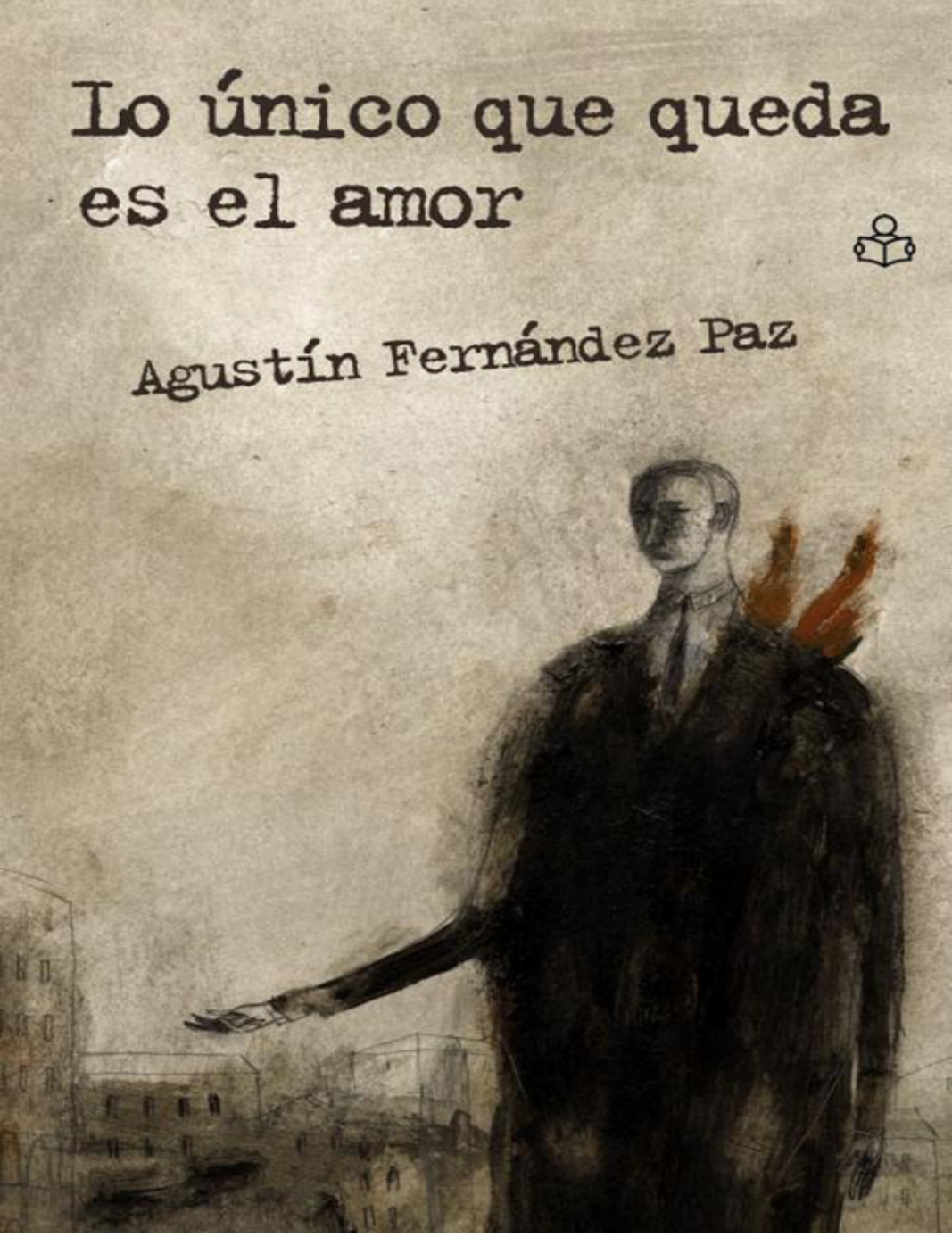
Lo único que queda es el amor

Agustín Fernández Paz

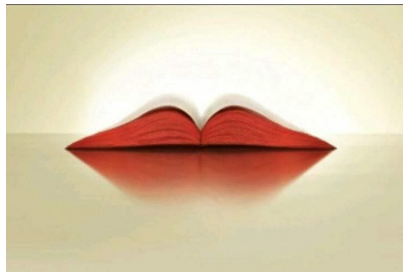


Diez cuentos independientes, pero vertebrados por un único tema: el amor. Recuerdo del primer amor, del amor callado, de la magia del primer beso, del amor perdido…

Diana, Sara, Pablo, Laura, Adrián… Todos los personajes han experimentado estar enamorados alguna vez en su vida. Han comprobado que el amor es un sentimiento poderosísimo, capaz de transformarnos por completo y hacernos ver la vida de otra forma. Pero también experimentan la amargura del desamor, o de la ausencia, o de los amores rotos. El amor con todas sus variantes: desde el primer amor adolescente hasta el amor que pervive más allá de la muerte. Y, siempre, los libros como compañeros en la aventura de amar…

Agustín Fernández Paz

Lo único que queda es el amor



Agustín Fernández Paz, 2007
Traducción de *Una Historia de fantasmas*, Rafael Chacón, 2007
Traducción: Isabel Soto, 2007
Ilustraciones: Pablo Auladell, 2007

-

Vins

Revisión: 1.0
Fecha: 18/02/2020

Y cuando me doy cuenta de cómo vamos a pasar por este mundo sin dejar huella después de haber llevado unas vidas estúpidas, comprendo con rabia que en la vida lo único que queda es el amor.

ORHAN PAMUK: Nieve.

Un radiante silencio

Todos los recuerdos son surcos de lágrimas.

WONG KAR WAI: *2046*

Cuando finalizó la reunión que cada mañana mantenía el equipo directivo del banco, Sara se refugió en su despacho y se acomodó en el sillón situado frente al amplio ventanal de cristales tintados. Desde allí arriba podía contemplar toda la parte baja de la ciudad, que descendía en suave pendiente hasta rematar en el espacio del puerto, más vacío de barcos de lo que era habitual. Más allá estaba el mar inmenso, un mar que en días como aquél evitaba mirar, quizá para no dejarse arrastrar por la nostalgia de los espacios abiertos que a veces la inundaba con una fuerza difícil de contener.

En momentos así, no podía evitar las obsesiones que últimamente le venían a la cabeza. Sabía bien que todos consideraban excelente su situación profesional, nadie había llegado tan alto a una edad tan temprana. Siendo mujer, el mérito era aún mayor, tendría que sentirse orgullosa del camino recorrido. Pero no lo estaba, aunque ése fuera un secreto que sólo ella conocía. Sólo ella sabía que todas aquellas operaciones que tan eficazmente diseñaba habían dejado de interesarle hacía ya bastantes meses, que la aburrían las sesiones interminables analizando los cambios bursátiles o los nuevos planes de inversión. Su salario era elevado, sí, podía comprar todo aquello que se le antojase. «Excepto el tiempo», pensó con amargura; un tiempo que cada día sentía huir como si las horas fuesen una de esas bandadas de aves migratorias que atraviesan el cielo rumbo al sur. Eran muchas las horas que pasaba encerrada en la torre de cristal, las obligadas de la mañana y las voluntarias de la tarde, un horario que había aceptado con gusto hasta que algo cambió en su interior, algo que ahora le hacía caer en la cuenta de que la vida, la vida de verdad, seguía fluyendo incontenible más allá de las paredes de cristal. En esos momentos, le venía a la memoria un cuento infantil que siempre le contaba su padre, *Rapunzel*, un relato que ya la atraía y la angustiaba cuando era una niña. La imagen de aquella adolescente desgraciada, encerrada para siempre en la torre sin puertas ni escaleras, ocupada en dejar pasar las horas mientras le crecía y crecía el cabello que finalmente la habría de salvar, le parecía una metáfora acertada de sí misma y de la vida que llevaba.

También ella vivía sola, en un dúplex situado frente al mar. Un espacio decorado con una estética minimalista, donde los libros, los discos y las películas ocupaban un lugar privilegiado, además de los cuadros de pintores jóvenes que llenaban las paredes. La pintura, la música, el cine, los libros…, las pasiones que habían crecido con ella

desde la adolescencia. A veces le gustaba fantasear con cómo habría sido su vida si se hubiese dedicado profesionalmente a alguna de ellas. Pero las presiones familiares habían sido muy fuertes, tanto como su ambición, y finalmente había elegido la carrera de mayor prestigio social. Era allí, en su espacio íntimo, en el único lugar donde conseguía sentirse a gusto, aunque, como la Rapunzel inmovilizada en la torre, cada vez era mayor su deseo de compartir la vida con alguien que tuviese unos gustos semejantes y la liberase de aquella condena que empezaban a ser sus días; alguien a quien, lo sabía con seguridad, no encontraría nunca en los ambientes en los que se desenvolvía su vida.

Bajó la vista y contempló la acera de enfrente. Las obras ya estaban casi finalizadas, tenían prevista la inauguración para el próximo sábado. ¡Qué valientes, atreverse a abrir una librería en estos tiempos! No le había sorprendido nada que cerrase el comercio de tejidos que ocupaba antes aquel bajo, un comercio antiguo que ella ya recordaba de sus años de niña, condenado sin remedio a la desaparición. Cuando cerró, haría ya tres o cuatro meses, pensó que instalarían allí algún negocio más de los que abundaban en aquella zona tan céntrica: una inmobiliaria, una tienda de aparatos electrónicos, alguna *boutique*… También ella se había sorprendido cuando vio el cartel que anunciaba la próxima apertura de una librería. Era cierto que no había ninguna en la zona, la voracidad especulativa había ido desplazándolas a otras calles más alejadas. Una consecuencia más de las leyes no escritas que regían los nuevos tiempos, donde el beneficio inmediato se imponía a cualquier otra consideración. Le iba a ser muy difícil mantenerse en un entorno tan hostil.

La visión de la librería consiguió atenuar algo el desasosiego de Sara. Cuando abriese, tendría un pretexto excelente para esquivar la media hora de café compartido con sus compañeros del equipo directivo, casi todos hombres; un tiempo en el que sólo se hablaba de los mismos temas que en las reuniones de trabajo o, todavía peor, de asuntos masculinos que a ella nada le interesaban. «Todos extraños, como habitantes de otro planeta», pensaba Sara, a veces. Aunque quizá, como ocurría en *Soy leyenda*, aquel desasosegante libro de Richard Matheson, era ella la distinta, la única alienígena de la comunidad.

No la visitó el día de la inauguración, pero, el lunes siguiente, Sara adelantó algo la hora del café y, en vez de dirigirse al lugar donde siempre se reunía con los compañeros del banco, cruzó la calle y entró

en la librería. Se sorprendió al comprobar la amplitud del local y el gusto con el que estaban distribuidos los espacios. Pero aún se sorprendió más cuando descubrió que, al fondo, habían instalado una pequeña cafetería, con una barra mínima y cuatro mesas colocadas en un área limitada por las estanterías que, como radios de un círculo imaginario, parecían converger hacia una de las esquinas. Era una idea magnífica, que Sara ya había visto en algunas ciudades, pero que hasta entonces nadie se había atrevido a trasladar a la suya. Y era también la solución ideal para ella. Todos los días, podría tomar allí el café de media mañana y, al tiempo, perderse entre tantos volúmenes que se ofrecían tentadores en las estanterías y en las mesas.

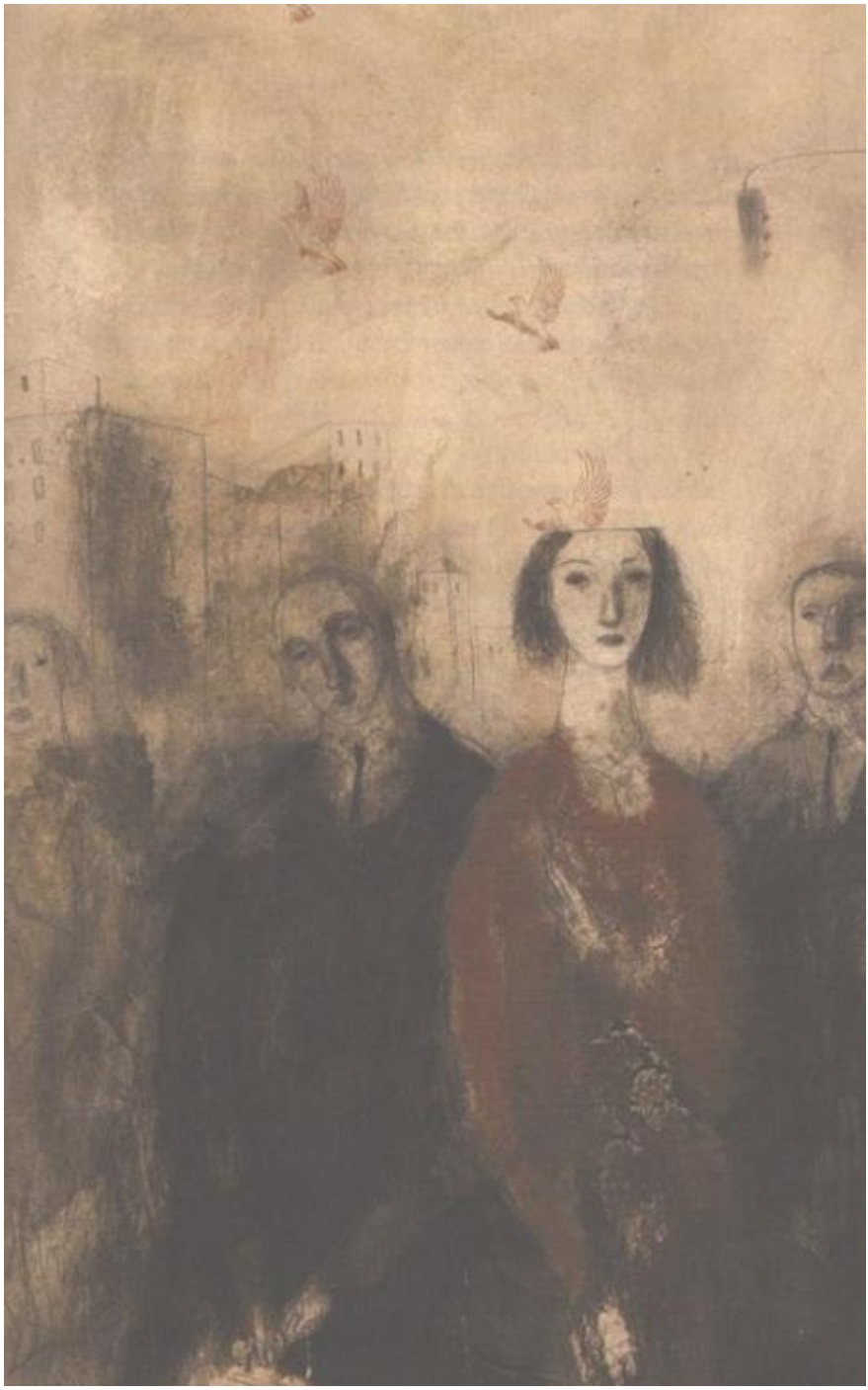
Además, la librería parecía pensada para que los visitantes pudiesen recorrerla con la tranquilidad de saber que nadie los molestaría. Sólo dos personas atendían el negocio: un hombre encargado de la caja, que también se movía entre los estantes colocando los libros y atendiendo las peticiones de los clientes, y una mujer algo mayor que se ocupaba de la cafetería y que, como pronto comprobó Sara, también se responsabilizaba del ordenador donde debían de estar catalogados todos los volúmenes.

Sara se sentó en una de las mesas y pidió un café con leche y una tostada. Desayunó con una desconocida sensación de calma, mientras observaba todo lo que ocurría a su alrededor. Aquel día, quizá por ser lunes, los clientes eran pocos: seis o siete personas que se movían abstraídas por los pasillos que se abrían entre los expositores. También Sara los recorrió, entusiasmada ante lo que iba descubriendo. Parecía evidente que habían montado la librería con la pretensión de atender las necesidades que otras no cubrían. En las mesas estaban las novelas de éxito, esas que no podían faltar ni en la librería más sencilla, pero también encontró las colecciones minoritarias que siempre echaba de menos en otras. Le fascinó, sobre todo, la sección dedicada a la poesía, una amplia estantería que ocupaba una buena parte de la pared del fondo, repleta de títulos y autores que sus ojos recorrieron con emoción. Le había gustado desde siempre, aunque era una faceta de su vida que nunca se había atrevido a compartir con nadie, ni durante los estudios en la universidad, ni mucho menos en los trabajos que había tenido. «Rapunzel, en su soledad, entretenía el tiempo dejando sonar su dulce voz». Eso era para ella la poesía, la canción que le permitía sentirse viva, como un vicio o pasión secreta que la ayudaba a no caer en la desesperanza.

Aquel día salió de la tienda con dos libros, una edición de las cartas que Kafka le había escrito a Milena Jesenská, un título que ella creía agotado, e *Instante*, la última obra de Wislawa Szymborska, la

escritora polaca que tanto la había impresionado cuando leyó *Paisaje con grano de arena*, uno de los pocos libros que tenía siempre a mano, pues poseía la virtud, por cualquier página que lo abriese, de devolverle al instante las ganas de vivir; tal era el optimismo que desprendía. Deseó llevarse algunos más, eran muchos los títulos que le interesaban, pero su parte racional pronto se impuso: si iba a visitar la librería a diario, lo adecuado sería comprar un solo libro cada vez y dilatar así el placer de la selección.

Los siguientes días, quizá por complacerla, quizá por curiosidad, la acompañaron algunos de sus colegas. Pero pronto se cansaron de la novedad y volvieron al abrigo del grupo. Para Sara, las visitas a la librería acabaron por convertirse en una feliz rutina. Ahora ya saludaba con familiaridad al hombre de la caja, y la señora de la cafetería siempre le preparaba el café con leche y la tostada en cuanto la veía entrar. Casi todos los días consumía la mayor parte del tiempo embebida en la sección de poesía, ocupada en seleccionar el título que se llevaría esa mañana. Más tarde, ya de vuelta en su despacho, siempre encontraba algunos momentos para olvidarse del trabajo y, sentada frente a los cristales, dejarse llevar por las palabras tan llenas de vida que, aunque sólo fuese por unos momentos, le hacían olvidar la alta torre en la que, a su modo, también ella se sentía secuestrada.



Una mañana, cuando se dirigía a la sección de poesía, como

acostumbraba a hacer después de tomar el café, reparó en algo que le llamó la atención. Allí, sobresaliendo encajada entre dos libros, había una pequeña cartulina de color azul que destacaba de un modo llamativo. La cogió, intrigada. Era una tarjeta alargada que tenía por una de sus caras unos pocos versos escritos a mano:

Tu cuerpo puede
llenar mi vida,

como puede tu risa

volar el muro opaco
de la tristeza.

Una sola palabra tuya quiebra
la ciega soledad en mil pedazos.

La lectura de aquellos versos la dejó paralizada por la emoción; pocas veces se había encontrado con una carga tan intensa en unas pocas palabras, una carga concentrada en ellas como dicen que está la materia en el núcleo de algunas estrellas. Los releyó una y otra vez, conmovida, mientras miraba a un lado y a otro para comprobar si alguien se había dado cuenta de su azoramiento. Pero nadie parecía fijarse en ella, ni en la tarjeta que sostenía temblorosa entre sus manos.

Cuando le dio la vuelta, comprobó que en la otra cara aparecían escritos el título de un libro y el nombre de su autor. Tenía que tratarse, sin duda, del volumen del cual habían sido extraídos aquellos versos. Examinó ansiosa el estante donde estaba el espacio correspondiente a la letra V y no tardó en localizar el ejemplar que buscaba: *Punto cero*, de José Ángel Valente. Lo hojeó con manos nerviosas, buscando la página indicada entre paréntesis al final de los versos: allí estaba el poema completo, «Sé tú mi límite», aún más intenso y hermoso que las primeras líneas que lo anunciaban, una delicada mezcla de pasión y belleza que iba ganando en intensidad hasta estallar en los maravillosos versos finales, imposibles de olvidar una vez leídos.

Apretó el libro contra su pecho, quizá para ocultar los súbitos latidos desbocados de su corazón. Antes de marchar, examinó los estantes para comprobar si había otras cartulinas similares; quizá se trataba de una nueva técnica de venta, bien efectiva, por cierto. Pero no, no había más tarjetas, y tampoco en los otros estantes que fue mirando mientras se encaminaba hacia la caja. Pagó el libro sin atender a las palabras amables que le decía el empleado y se marchó de la librería con la sensación de que, aunque el espacio que la rodeaba era el mismo que el de otros días, había en el aire algo distinto que le hacía ver todo con nuevos ojos.

Ya en el despacho, abrió el libro y examinó con más atención la tarjeta. Allí estaban los versos que la habían conmocionado, escritos a mano con una caligrafía elegante, con las letras dibujadas con tanta delicadeza como si fuese un ideograma chino. La sorpresa de Sara fue enorme cuando, al examinarla una vez más, descubrió que, en una de las esquinas de la parte de atrás, su nombre aparecía escrito a lápiz

con letras diminutas, tan diminutas que le habían pasado inadvertidas en las primeras observaciones. ¡Aquella tarjeta estaba dirigida a ella; alguien la había colocado para que fuera precisamente ella quien la descubriese!

Tras unos momentos de desconcierto, Sara trató de desenredar los hilos de aquel misterio. Tenía que ser alguien que la conocía, que sabía bien sus costumbres, las rutinas que seguía en la librería. ¿Quién podría ser? Había personas que, como ella, también entraban casi a diario en el local; personas con las que había acabado por establecer una cierta relación de complicidad, aun sin haber cruzado nunca una palabra con ellas. ¿Podría ser el hombre que cada día se sentaba en una mesa próxima a la suya? Se había fijado en él más de una vez, pues era muy atractivo; imposible no reparar en su cabello que ya empezaba a encanecer y, sobre todo, en sus ojos de un azul casi gris, unos ojos vivos en los que Sara había creído percibir en ocasiones un cierto fondo de tristeza. Claro que también podría ser el hombre joven que se sentaba siempre en uno de los taburetes de la barra. Vestía de modo informal y, para leer, usaba unas pequeñas gafas sin montura que, a los ojos de Sara, lo hacían muy atractivo. Lo había sorprendido mirándola varias veces, e incluso habían intercambiado una fugaz sonrisa en ciertas ocasiones. Había también otros hombres que visitaban la librería a aquella hora, pero sólo éstos eran los asiduos. Sara, a falta de más datos, concluyó —o, mejor, deseó— que alguno de aquellos dos desconocidos tenía que ser quien le había enviado una tarjeta así.

A la mañana siguiente, al entrar en la librería, fue directa a los estantes del fondo. Desde el día anterior, una alegría nueva luchaba por abrirse paso dentro de ella, a pesar de saber que era una sensación ridícula, sostenida sólo por unos hilos muy débiles. Pero en cuanto se vio frente a los libros se olvidó de todos sus reparos, pues su mirada se sintió atraída sin remedio como por un imán: en el extremo derecho de uno de los estantes aparecía una nueva tarjeta, esta vez de pálido color rosa. También traía unos pocos versos, escritos con la misma caligrafía cuidada de la anterior:

Si solamente me tocaras el corazón,
si solamente pusieras tu boca en mi corazón,
tu fina boca, tus dientes,
si pusieras tu lengua como una flecha roja
allí donde mi corazón polvoriento golpea…

Aunque le parecía haberlos escuchado o leído alguna vez, también aquellos pocos versos alborotaron los sentimientos de Sara; quien los había seleccionado conocía bien sus gustos. Y también por la otra cara de la tarjeta estaba escrito el título del libro y su autor, aunque ella, antes de nada, se fijó en las tenues y diminutas letras de su nombre, que volvían a aparecer en una de las esquinas. Con la cartulina en la mano, miró en dirección al pequeño espacio de la cafetería. Su mirada se cruzó con la del hombre joven, que desvió la vista y enrojeció de repente, sin duda porque ella lo acababa de descubrir mirándola. En cambio, el hombre de los ojos azules continuaba leyendo el periódico, ajeno a todo lo que pasaba a su alrededor.

Desconcertada, buscó el libro. Pronto lo encontró: *Todo el amor*, de Pablo Neruda. Fue a la página indicada en la tarjeta, aunque ya sospechaba que el poema completo sería mucho más intenso y emotivo que los versos que lo iniciaban. Así era, así era. A Sara le temblaban las piernas mientras leía aquel torrente de imágenes que parecían creadas para sacudir como un vendaval su corazón. ¿Cómo había sucedido, tantos años ignorando un poema así? Y, seguramente, como le había pasado con el anterior, dentro del libro le aguardarían otros poemas tan memorables como aquél. Una fiesta, una cascada de palabras y emociones que habrían de ayudar a diluir los fríos cristales de su asfixiante torre.

Cogió el ejemplar y se marchó decidida en dirección a la caja. A medio camino se detuvo, desconcertada. Acababa de descubrir, al lado de una de las mesas de novedades, a uno de sus compañeros del banco, quizá el único que todavía guardaba dentro de sí algún interés más que la acumulación de riqueza como único objetivo de realización personal. ¿Y si fuera él, precisamente él, quien le dirigía los mensajes? Quizá también se veía obligado a ocultar su sensibilidad en un trabajo que despreciaba valores así. Animada, Sara se dirigió a su compañero:

—¡Hola, qué sorpresa! ¿Qué haces por aquí?

—Pues ya ves, mirando libros, como tú.

—Yo he elegido éste, ¿qué te parece? —La pregunta de Sara estaba cargada de esperanza; era el pretexto ideal para que se descubriese, si es que sus sospechas eran ciertas. Pero la respuesta no pudo ser más desilusionadora:

—¿Qué es, de poesía? La verdad, a mí la poesía no me interesa, nunca he conseguido entenderla. Prefiero las novelas, siempre que no sean muy difíciles.

Sara se despidió de modo apresurado, no quería que se le notase la desilusión, y se acercó al librero que se ocupaba de la caja. Pagó el libro y se marchó de allí, impaciente por explorar el tesoro que llevaba

en la mano. No lo pudo hacer hasta llegar a su casa, ya al anochecer, pues, aquel día, el trabajo en el banco se complicó de un modo absurdo, obligándola a concentrarse en sus asuntos hasta bien entrada la tarde.

En casa, al lado del amplio ventanal desde el que podía contemplar el mar oscuro, comprobó que se encontraba ante otro libro extraordinario. ¿Cómo había podido vivir hasta ese día sin leer unos poemas que parecían escritos para ella? ¿De quién era la mano que la estaba guiando por aquellos textos deliciosos? ¿Qué sentido tenía? Sólo podía obedecer a alguien que se había enamorado de ella y estaba haciéndoselo saber de un modo tan hermoso y original. ¿Cuánto tendría que aguardar hasta que su anónimo admirador entendiera que los mensajes habían conseguido ya su propósito?

Durante los días siguientes visitó la librería con una emoción secreta que le costaba trabajo contener. No sabía qué, pero esperaba que ocurriese algo: una nueva tarjeta, una mirada distinta, alguien que se acercase a ella con algún pretexto. Una mañana, el corazón se le alborotó de repente cuando descubrió que el hombre de los ojos azul grisáceos tenía a su lado, posadas sobre la mesa y delicadamente envueltas, tres rosas rojas. Incapaz de reprimir la emoción, Sara atravesó rápida el espacio de la cafetería y se dirigió a los estantes del fondo. Y allí estaba una nueva tarjeta aguardando por ella; una tarjeta de intenso color verde que también esta vez contenía unos versos maravillosos:

Pero como soy tan pobre sólo tengo mis sueños;
He desplegado mis sueños bajo tus pies;
Pisa suavemente, porque pisas mis sueños.

Los releyó varias veces antes de darle la vuelta y comprobar el título del libro y el nombre del autor, y también su nombre escrito a lápiz con una presión tan leve que casi parecía invisible. ¡Los *Poemas escogidos*, de William B. Yeats! Recordaba haber leído, hacía ya tiempo, algunos poemas del autor irlandés que le habían gustado mucho, lo había tenido que estudiar en uno de los cursos que había pasado en Dublín perfeccionando su inglés. Buscó la página señalada en la tarjeta y leyó entero el poema, que finalizaba con los versos que había copiado su desconocido admirador. La emoción casi no le dejaba respirar, aquélla era la declaración de amor más hermosa que

nunca había leído. Y, de algún modo, a pesar de los años transcurridos desde que Yeats las había escrito, sabía que eran palabras dirigidas también a ella.

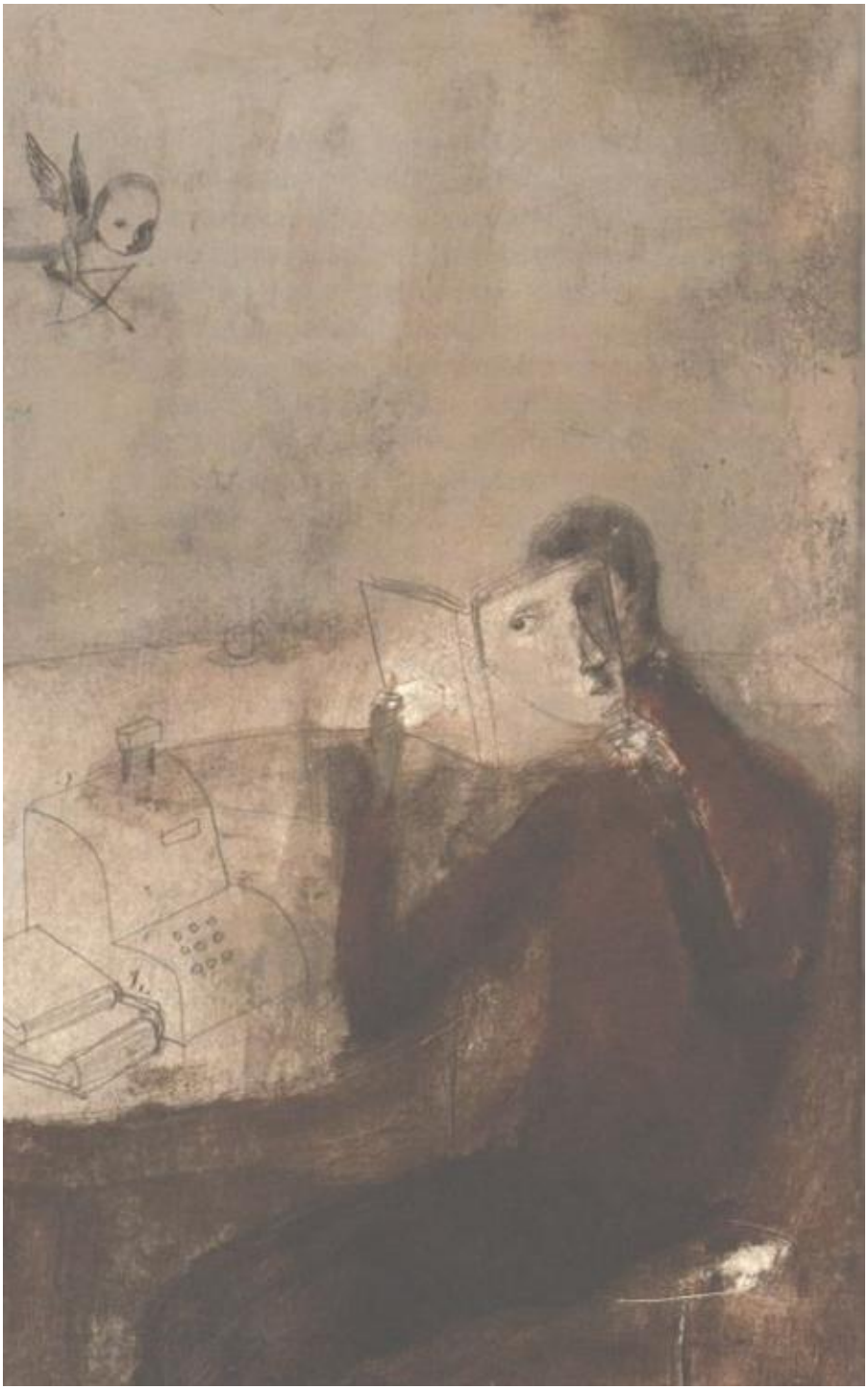
Tomó el libro y, con él en la mano, entró en el espacio de la cafetería. El hombre de los ojos grises levantó la vista del periódico que estaba leyendo y, por unos instantes, su mirada se cruzó con la de Sara. Pero fueron sólo unos segundos fugaces, porque los ojos del hombre pronto se centraron en un punto situado más atrás. Entonces, sonrió abiertamente y se levantó para salir al encuentro de una mujer con vestido rojo y melena lisa que acababa de entrar en la librería. Sara retrocedió unos pasos y se apoyó en la barra. Desde allí pudo ver como los dos se sentaban a la mesa, con la alegría del encuentro iluminando sus rostros. Se dieron un beso cargado de ternura, y las manos volaron unas en busca de otras como pájaros que se procuran ansiosos. Después, él le entregó las flores y allí siguieron, hablando en voz baja, ajenos a todo lo que no fuesen ellos dos, como si una burbuja invisible los aislase del mundo real. En ese momento, Sara deseó desaparecer, hacerse invisible, cualquiera podía percibir la tristeza y la desazón que sentía. Pagó el libro con la cabeza baja, sin tan siquiera mirar al librero, y se marchó de allí. Decidió no volver al banco, lo único que necesitaba en aquel momento era regresar a su casa, ya llamaría después para explicar que se había sentido súbitamente indispuesta.

Refugiada ya en su casa, releyó una y otra vez el poema de Yeats, lo releyó hasta aprenderlo de memoria. Sentía que aquellas palabras también podían ser suyas, también ella había puesto sus sueños a los pies de aquel desconocido que parecía conocerla tan bien. De repente, un pensamiento terrible se abrió paso en su cerebro. ¿Y si todo no era más que una broma, una burla cruel organizada por sus compañeros del banco? Quizá estaban molestos porque había dejado de ir con ellos, quizá habían utilizado a alguien que ella no conocía para dejarle los mensajes y reírse de su desconcierto. ¿Acaso era aquél un modo sutil de marginarla?

Pasó dos días sin aparecer por el banco, con el pretexto de una indisposición repentina. Al tercer día, cuando se reincorporó, volvió a compartir el tiempo del café con sus compañeros de trabajo, como siempre había hecho. La recibieron con alborozo, aparentemente nadie podría decir que no se alegraban de recuperar su compañía. Aquel día, Sara pasó todo el tiempo estudiando sus rostros, tratando de detectar alguna señal de que sus sospechas eran ciertas. Quizá alguna mirada, algunas frases que bien podrían ser de doble sentido… Pero no notó nada concreto, sólo las sospechas absurdas que fabricaba

su imaginación.

Y así siguió en días sucesivos. No volvió por la librería, no se sentía capaz de hacerlo, como si fuese uno de esos lugares prohibidos que tratamos de desterrar inútilmente de nuestra memoria. Por las noches, cuando regresaba cansada a su casa, se refugiaba en los libros de poemas que había ido reuniendo durante aquella breve temporada, en especial, en los que habían llegado a ella por medio de las tarjetas. Eran el refugio secreto en el que se guarecía cada noche, un refugio de palabras para conjurar la tristeza que a veces crece en nosotros y nos inunda por dentro.



A las nueve de la noche, Pablo cerró las puertas de la librería y bajó la reja que protegía los escaparates. Tampoco ese día había aparecido Sara, ya llevaba casi dos semanas sin venir. Los primeros días pensó si estaría enferma, pero una mañana la había visto salir del banco y dirigirse con otros ejecutivos a una cafetería próxima. Su ausencia durante tanto tiempo le había hecho comprender que ya no volvería, que nunca más podría tenerla tan cerca como cuando ella se acercaba al mostrador para que le cobrase los libros elegidos. Sara casi siempre pagaba con tarjeta, y eso le había servido algún día para rozar con la yema de los dedos la piel de su mano cuando se la devolvía, en un movimiento que aparentaba ser casual y que siempre le producía una sensación tan intensa como imposible de olvidar. Se había enamorado de ella cuando la vio entrar por primera vez en la librería, nunca hasta aquel día había sentido nada igual, era mucha la dulzura que se adivinaba bajo aquellos movimientos que parecían tan seguros. Y luego, cuando había ido comprobando los libros que compraba, había sentido la certeza de que aquélla era la mujer con la que siempre había soñado.

Al llegar a su casa, contempló con melancolía las tarjetas que había preparado para colocar en los días siguientes. Ahora permanecían extendidas sobre la mesa, como cartas de amor dirigidas a nadie, papeles que un día habían sido maravillosos y aparecían ahora cargados de tristeza. Decidió quemarlas, no necesitaba que pasasen más días para tener la certeza de que Sara nunca volvería. Buscó una bandeja metálica y depositó en ella las tarjetas. Después, encendió una cerilla y les prendió fuego. Y permaneció allí, inmóvil, mientras leía algunos de los versos que se retorcían entre las llamas, en un intento inútil de evitar su combustión; los mismos versos que él había seleccionado pacientemente en algunos de sus libros más queridos, a la búsqueda de palabras que también pudiesen ser suyas:

hago rojas señales sobre tus ojos ausentes

debajo de tu piel vive la luna

la curva de tus ojos mi corazón rodea

No quiero más que estar sobre tu cuerpo
como lagarto al sol los días de tristeza

quiero hacer contigo lo que la primavera hace los cerezos

Tan sólo salvó de la destrucción una tarjeta distinta, la que había pensado darle a Sara el día en que reuniese las fuerzas suficientes para deslizaría dentro de algún libro que ella comprase. De ese modo, cuando la descubriera, se daría cuenta de que sólo podía ser él quien las había estado colocando. Eran unas pocas líneas de una novela maravillosa, unas líneas que le habían parecido tan intensas como los mejores versos, y que describían con toda exactitud la conmoción que había sentido cuando vio a Sara por primera vez. Una Sara que quizá no volviese nunca más a la librería, la misma Sara que, contra toda esperanza, permanecería ya para siempre en su corazón:

Y entonces Grace Tebbets hizo acto de presencia en el despacho. Al cabo de cinco minutos se quitó la chaqueta y la colgó en el respaldo de su silla, y cuando le vi los brazos, aquellos brazos largos, suaves, infinitamente femeninos que tenía, supe que no descansaría hasta poder tocarlos, hasta conquistar el derecho de poner las manos sobre su cuerpo y acariciarle la piel desnuda.

Grace tenía los ojos azules. Eran ojos intrincados, ojos que cambiaban de color según la intensidad y la inflexión de la luz que recibieran en un instante determinado, y cuando la vi por primera vez aquel día en el despacho de Betty, se me ocurrió que nunca había conocido a una mujer que irradiara tal serenidad. Sentado frente a ella aquel primer día, mirándola a los ojos y estudiando los contornos de su cuerpo esbelto y anguloso, de eso es de lo que me enamoré: la sensación de calma que la envolvía, el radiante silencio que ardía en su interior.

PAUL AUSTER*: La noche del oráculo.*

Amor de agosto

La besarás. Y el beso que le des será por el que medirás todos los demás besos de tu vida.

SCOTT HICKS: *Corazones en Atlántida*.

Lo que quiero contar ocurrió en el verano de 1968, tenía yo entonces diecisiete años. Trabajaba en el negocio de los Bordelle, el único taller de coches que había en el pueblo merecedor de tal nombre. Llevaba ya más de un año en él, y me sentía muy orgulloso de poder ayudar en casa con mi paga semanal. Ahora sé que aquel año sucedieron muchas cosas importantes en el mundo, y que en ciudades como París o Praga la gente de mi edad estaba haciendo la revolución por las calles, pero en aquel tiempo yo ignoraba todo eso. Vilarelle era un lugar donde todo resultaba tan previsible e inmutable como el paso de las estaciones. Un lugar en el que el tiempo transcurría de otro modo, si es que transcurría, pues ahora pienso si no estaría estancado como el agua en la presa del molino, donde nunca nos bañábamos porque la superficie aparecía cubierta por una capa de verdín que se pegaba a la piel como una enfermedad.

Abandoné la escuela a los trece años, pues en mi casa dijeron que ya no era un niño y no necesitaba aprender más. El maestro de la clase de los mayores estaba medio sordo, pero era una buena persona y me tenía aprecio. Siempre me decía que debía seguir con los estudios y matricularme en bachillerato por libre, tal vez porque veía que me gustaba mucho leer y no se me daba mal escribir. Pero, tal como estaban las cosas, era como si ahora le dices a un niño que tiene que viajar a la Luna en un cohete espacial. ¡Una locura! En aquella época, los pobres teníamos claro lo que nos esperaba, y a estudiar sólo iban los pocos que eran de casa rica. La mayoría de los chicos, al cumplir los quince años, buscábamos un lugar donde ganar algún dinero y aprender un oficio, así estaban las cosas. No es que me queje; el pasado, pasado está, y no se arregla nada con lamentaciones. Bien mirado, no me puedo quejar de mi suerte; si me comparo con otros que acabaron de albañiles o trabajando las tierras por un jornal, me considero una persona afortunada. A mí siempre me habían gustado los coches y me encontré a gusto en aquel trabajo desde el primer día, pues era hábil y aprendía rápido. Y el señor Ramón, el mayor de los Bordelle, que dirigía el taller, estaba cada día más satisfecho con mi trabajo. Ya hablaba de pagarme como a los otros mecánicos, y no dejaba de repetirme que «tenía futuro» en el negocio de los coches.

Laura era la hija más joven del señor Ramón. Tenía un año menos que yo y la conocía de toda la vida; estaba harto de verla por la calle desde que era una niña con las piernas tan delgadas que la llamábamos «La Popotitos», por una canción que cantaban los Teen

Tops y que entonces sonaba con frecuencia en la radio. Al cumplir once años, la mandaron interna a Coruña, con las monjas, a estudiar bachillerato; debió de ser la primera chica del pueblo que se marchó a estudiar fuera. Fue entonces cuando le perdí la pista. Supongo que volvería en vacaciones, pero alternaría con el grupo de los veraneantes; los que éramos pobres no teníamos ningún tipo de roce con esa gente. Lo cierto es que no volví a fijarme en ella hasta aquel verano, cuando su cuerpo cambió y se transformó en una chica tan deslumbrante que llevaba tras ella todas las miradas.

Algunas veces venía por el taller, casi siempre para pedirle dinero a su padre, y a mí me resultaba imposible apartar los ojos de ella, me parecía la chica más hermosa que había visto nunca. Debía de haber pasado el mes de julio en la playa, una costumbre que entonces comenzaba a ponerse de moda entre la gente rica, y estaba bronceada como las chicas que sólo se veían en el cine o en las revistas. Ella ni se fijaba en mí, por supuesto; yo no era más que un simple empleado que se movía entre los coches con las manos manchadas de grasa.

Las fiestas del pueblo se celebraban siempre a mediados de agosto y duraban varios días. Los chicos las esperábamos con un ansia que hoy resulta difícil de entender. Los jóvenes de ahora disfrutan de unas libertades que nosotros ni podíamos soñar: bailan y pasean con las chicas cualquier día del año, mientras que para nosotros las fiestas eran nuestra única oportunidad. Entonces todavía se hacían verbenas en la calle, y todo el mundo acudía, pobres y ricos, aunque seguía existiendo una barrera invisible que mantenía a cada uno en su lugar.

La última noche de verbena vi a Laura con sus amigas, sentadas en la terraza del casino. Resplandecía, no exagero, todavía la estoy viendo con aquel vestido blanco que llevaba y que hacía resaltar tanto su piel morena. El casino era un territorio que no me correspondía, sabía perfectamente que las chicas de buena familia o las veraneantes no se relacionaban con nosotros. Aun así, me armé de valor y me acerqué a donde estaban. Las amigas intercambiaban miradas de asombro, pues también ellas eran conscientes de que yo estaba violando una ley no escrita, pero no les hice caso y concentré mi mirada en los ojos de Laura.

—¿Quieres bailar? —le pregunté.

Antes de que abriera los labios ya supe que me iba a decir que sí, se lo noté en la mirada que me dirigió. Yo entonces era un joven guapo y apuesto; vestido con mi mejor ropa, como la que llevaba aquel día, no tenía nada que envidiar a los señoritos que se pasaban todo el día sin dar golpe.

Abandonamos la terraza y bajamos a la alameda. Bailamos una

canción, y otra, y otra más, perdiéndonos entre las parejas que llenaban el espacio de la verbena. Los dos éramos bastante habladores, y no tardamos en sentirnos atraídos. Se acordaba de mí, me sorprendió saber que guardaba la imagen de cuando yo era un niño. No hizo ninguna referencia a mi trabajo en el taller, del que quizá nada sabía. Tampoco yo le dije nada, nos sobraban temas de los que hablar. Además, me daban vergüenza mis manos endurecidas, tan distintas a la piel suave de las suyas.

En algún momento le comenté lo de la lluvia de estrellas fugaces. Por la mañana había leído en el periódico un reportaje que me había llamado mucho la atención, pues explicaba lo que sucedería con todo detalle. Aquella noche era la del once de agosto, cuando se produce ese fenómeno que la gente conoce como «las lágrimas de San Lorenzo». Las llamamos estrellas fugaces, pero no son más que partículas abandonadas por un cometa en su viaje eterno por el espacio. Polvo de cometa, diminutos fragmentos que se ponen incandescentes al entrar en la atmósfera y brillan por unos instantes, mientras se queman hasta desintegrarse. Laura, que nunca las había visto, se mostró interesadísima e insistió una y otra vez en que le encantaría verlas.

Así que nos alejamos de la fiesta y nos fuimos hasta la robleda que está a la orilla del río, un lugar al que no llegaban las luces de la verbena. Y sí, aquella noche vimos las estrellas fugaces que cruzaban el cielo oscuro, los dos apoyados en la barandilla, con Laura entusiasmada por el espectáculo y yo fascinado por el aroma dulcísimo que ella desprendía. En algún momento la rodeé con mis brazos y le di un beso, tan fugaz como el paso de las estrellas, y Laura me correspondió con un beso tímido. Tras aquellos besos inocentes, fuimos descubriendo juntos otros más apasionados. Y nos abrazamos, nos abrazamos como si estuviéramos solos en el mundo y la robleda fuera un espacio situado a más de mil kilómetros de cualquier ser humano. Era delicioso sentir el calor y el perfume de su cuerpo, y la presión dulcísima de sus pechos al apretarse contra el mío. Sí, aquella noche fui feliz; cualquiera que se haya enamorado alguna vez conoce bien la felicidad a la que me refiero.

Regresamos a la fiesta varias horas después, cuando la orquesta ya tocaba las últimas canciones y los bares estaban recogiendo las mesas para cerrar. La terraza del casino aparecía desierta, sus amigas debían de haberse marchado hacía tiempo. Acompañé a Laura hasta su casa, sin parar de hablar en ningún momento. Nos sentíamos felices y a los dos nos brillaban los ojos, como si aún se reflejase en ellos la luz de las estrellas que habíamos visto poco antes. Nos despedimos con un

beso, y con la promesa de volver a vernos al día siguiente.

Dormí poco aquella noche, pues me levanté temprano para ir a trabajar. Cuando apenas llevaba una hora en el taller, el señor Ramón me llamó a su despacho. Pensé que sería para algún trabajo que me querría encargar, pero en cuanto vi cómo cerraba la puerta, me di cuenta de que el asunto iba a ser más serio. Me miraba fijamente con expresión dura y con un brillo raro en los ojos.

—Me han contado que ayer estuviste en la verbena con mi hija. ¿Es eso cierto?

Respondí que sí. No tenía sentido negarlo, debía de habernos visto juntos más de medio pueblo.

—Pues como te vuelva a ver con ella, te doy tal ración de hostias que no te va a reconocer ni la madre que te parió. ¡Estás avisado!

Me quedé sin habla, lo que menos me esperaba eran aquellas palabras. Estaba tan cortado que no supe cómo reaccionar. Cuando ya me retiraba, avergonzado y confuso, el hombre añadió con clara voz de desprecio:

—Recoge ahora mismo tus cosas. Pasa por la oficina y que te den la paga que te corresponde de lo que llevamos de mes. Y mañana no vuelvas, no quiero volver a verte nunca más por el taller.

Aquel otoño me marché a Barcelona. Un primo mío, que llevaba tres años en la ciudad, siempre contaba en sus cartas que allí las cosas eran muy distintas y que había todo el trabajo que uno pudiera desear. Emigrar tan joven fue una experiencia muy dura; si bien se mira, yo no era más que un niño. Las interminables horas en el tren, que entonces tardaba día y medio en llegar; el barullo de la ciudad y los ríos de gente por las calles; la sensación de ahogo al sentirme tan lejos de casa y descubrir de golpe que la vida iba en serio… Lo único que deseaba era trabajar, fue una bendición poder hacerlo desde el primer día. Me empleé en el mismo taller que mi pariente; era cierto lo de la abundancia de trabajo. Enseguida me gané la confianza del encargado, que no tardó en reservarme los arreglos más delicados. Ya he dicho que tenía la cabeza despierta y buenas mañas para la mecánica, allí fue donde aprendí el oficio de verdad.

Durante los dos primeros años, en vez de salir de bares, me pasaba las horas de los domingos encerrado en la habitación que compartía con mi primo, leyendo novelas que compraba en las librerías de viejo del mercado de Sant Antoni y escribiéndole a Laura cartas larguísimas en las que le desnudaba mi corazón. Ella me respondía de vez en cuando; aunque sus cartas solían ser más breves y no había en ellas el

entusiasmo que a mí me hubiera gustado encontrar, me servían para alimentar la ilusión que tanto me ayudaba a sobrellevar el paso de los días.

Llegó el tiempo de la mili; entonces era una obligación de la que casi nadie se libraba. Me mandaron a Cáceres, lejos de casa y lejos del trabajo. Seguí escribiendo a Laura desde el cuartel, con la misma ilusión con la que lo hacía en Barcelona. O incluso más, pues las horas se me hacían interminables, a pesar de mis esfuerzos por estar siempre ocupado. Me llegó alguna carta suya durante los primeros meses, pero después se fueron espaciando cada vez más hasta que dejaron de llegar.

Cuando me licencié, regresé a Barcelona, pero no al mismo trabajo. Mi primo y yo tomamos la decisión de abrir nuestro propio taller, junto con otro compañero que era de la zona de Vilalba y que también conocía el oficio. Trabajamos muy duro, nunca es fácil abrirse camino si no cuentas con ayudas. Pero el negocio comenzó a funcionar bien al poco tiempo de abrir, y por primera vez pudimos permitirnos hacer turnos durante los meses de verano y tomarnos unas semanas de vacaciones, algo que en aquella época todavía era un lujo para la mayoría de la gente.

¡Mis primeras vacaciones, nunca había soñado tal cosa! Vine a pasarlas al pueblo, por supuesto, con un Renault 5 de segunda mano, el primer coche que tuve en mi vida. Nada más llegar, llamé a casa de Laura. No miento si digo que se alegró al oírme y al saber que había vuelto a Vilarelle. Nos citamos en el bar de la plaza, que por entonces era la única cafetería decente que había aquí.

Cuando la vi llegar, todas las ilusiones que permanecían dormidas se reavivaron de golpe. Laura seguía siendo muy guapa, todavía más que en alguna de las fotos que me había enviado, y a eso se le sumaba la sensación de plenitud que había adquirido con el paso de los años. Me sentía feliz de tenerla a mi lado, tan alegre y tan viva como en mis sueños, aunque me desasosegaba percibir en ella un aire distante y reservado.

—¿Sabes? —me dijo, cuando ya llevábamos algún tiempo hablando—. Quemé todas tus cartas, espero que no te parezca mal. Miguel es muy celoso, no quiero ni imaginar la que me montaría si algún día las llegase a descubrir.

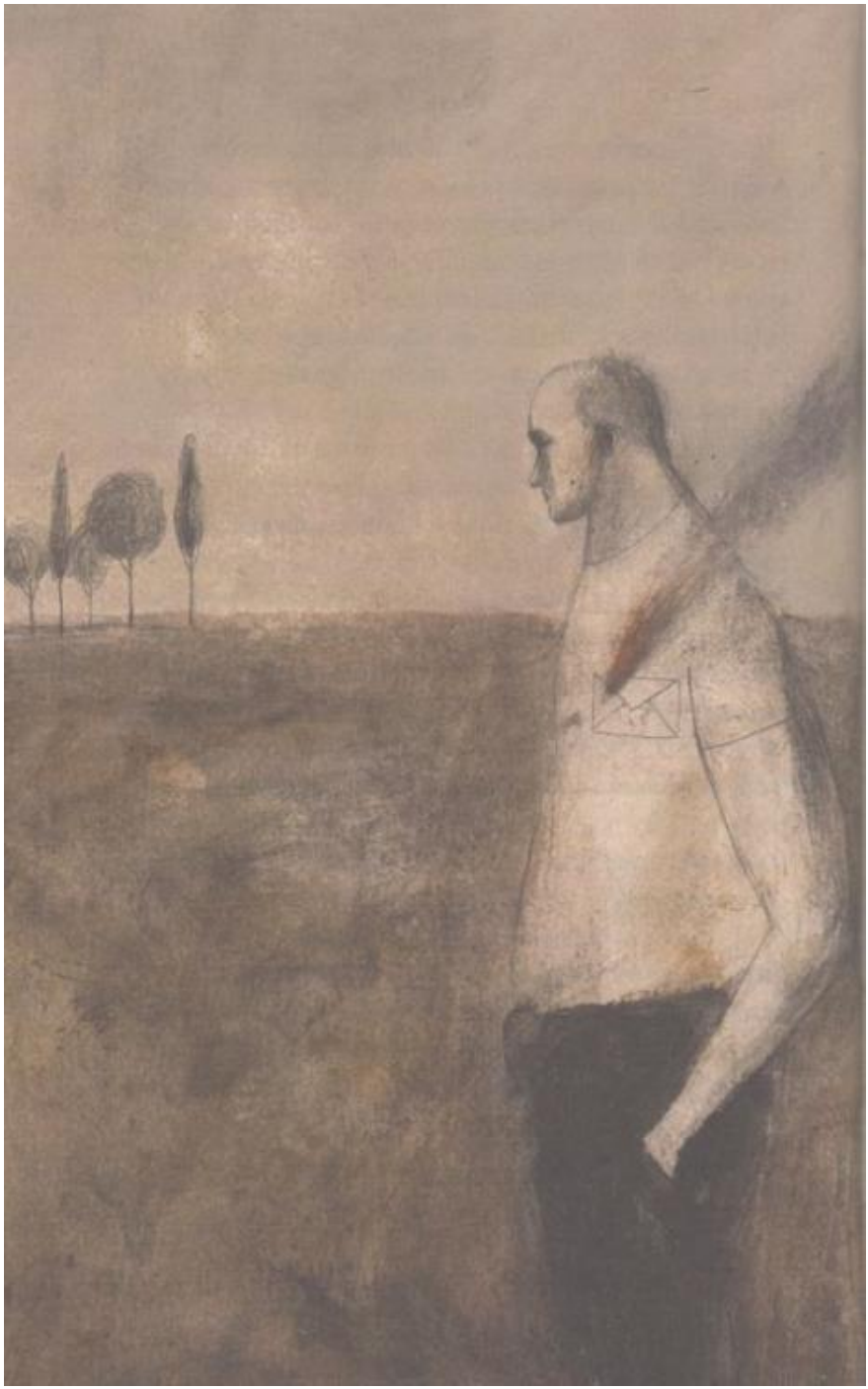
Me quedé callado, sin saber qué decir. Mi cuerpo seguía allí, pero mi ánimo estaba desmoronándose por dentro como un castillo de arena barrido por una ola repentina. Laura, ajena a lo que me ocurría, continuó:

—Miguel es mi novio; seguro que te acuerdas de él, era el hijo

mayor del notario. Estudió Derecho y acaba de montar un despacho de abogados en A Coruña.

Como yo continuaba mudo, abrumado por la pena que me embargaba, añadió:

—Si todavía las guardas, quema tú también las mías. Total, no decían más que tonterías.



No las quemé, claro. Ni entonces, ni cuando me casé con Montse, ni tampoco cuando nacieron mis hijos y se fueron haciendo mayores. Las cartas han estado siempre conmigo, guardadas en una caja

metálica como si fueran un tesoro. Seguí volviendo al pueblo cada mes de agosto, unas veces con la familia y otras solo. Se murió mi padre y después mi madre, y repartí con mi hermana la escasa herencia que nos habían dejado. Yo me quedé con la casa, quizá porque necesitaba algo que tirase de mí y me obligase a regresar. Los años fueron pasando, siempre pasan sin que uno sepa muy bien cómo se nos consume la vida, hasta llegar a este verano de mis cincuenta y seis años.

Hoy es once de agosto, una fecha especial en los veranos de mi vida. Llevo aquí desde principios de mes, en esta vieja y solitaria casa familiar que me resisto a malvender. Estoy solo, ya hace tiempo que ni Montse ni mis hijos quieren acompañarme. Los entiendo perfectamente, no hay nada aquí que les ate al pasado. A lo mejor también ha llegado la hora de que yo corte para siempre los hilos que me unen a Vilarelle. Es hora de olvidar, hora de borrar unos recuerdos que nunca han dejado de obsesionarme.

Esta noche volveré a la robleda, tal vez el único espacio del pueblo que permanece igual que en mi memoria, porque lo demás está completamente cambiado. Buscaré un lugar solitario para poder ver las estrellas fugaces una vez más, como vengo haciendo desde hace tantos años. Y entonces será cuando prenda fuego a las cartas de Laura.

Será hermoso ver cómo las llamas queman las palabras, cómo el humo y las chispas se esparcen cielo arriba, mientras las estrellas pasan sobre mí con su brillo efímero. Estrellas, palabras, humo: es lo único que queda de aquel amor distante que me abrasó el corazón en mis años adolescentes.

Esta extraña lucidez

Llega el tiempo de no esperar a nadie.
Pasa el amor, fugaz y silencioso,
como en la lejanía un tren nocturno.

JOAN MARGARIT: *El primer frío*.

Todas las noches volvemos a este mismo lugar, como marionetas gobernadas por una mano invisible. Él se coloca siempre bajo el magnolio, excepto los días de lluvia; en esos días húmedos busca refugio en la entrada de la droguería, como si aún temiera tener que soportar después el catarro o la molesta neuralgia que siempre le asaltaba cuando se mojaba los pies o la cabeza. No lo critico, son rutinas que acaban por adherírsenos a la piel como si formaran parte de nosotros. Bien mirado, también es una rutina todo cuanto yo hago; si alguien pudiera observarme, comprobaría que, tras estar unos cuantos minutos a su lado, enseguida me impaciento y comienzo a dar breves caminatas por la acera, sin salir nunca del espacio que va desde la frutería hasta el bazar de la esquina. Olfateando aquí y allá, en los troncos de los árboles, en las farolas, en los recodos de los garajes, en las paredes de las casas… Siempre husmeando con el hocico pegado a las cosas, en una absurda búsqueda de rastros, pues sé que ya nada puedo oler, que los olores han desaparecido para siempre y que lo único que me queda es su recuerdo.

Él permanece toda la noche de pie, indiferente a la vida que pasa por nuestro lado. Sólo tiene ojos para el edificio de enfrente; o, mejor dicho, para las ventanas del sexto piso, el lugar donde Ella vive. Como siempre llegamos al caer la noche, no es extraño que alguna de las ventanas esté iluminada. Si es la de la derecha, sé que se encuentra en la sala, quizá cenando frente al televisor; si se trata de la del centro, la supongo sentada a la mesa de su cuarto de trabajo, con la mirada atenta a la pantalla del ordenador; si es la de la izquierda, siempre la última en apagarse, la imagino en el dormitorio, tal vez metida en la cama y leyendo alguna novela, tal como solía hacer siempre Él.

Las luces se apagan pronto, rara es la noche que permanecen encendidas más allá de las doce. Algunos días las ventanas siguen iluminadas hasta muy tarde, y entonces Él se preocupa, se le nota mucho en la expresión de sus ojos. Pero eso sucede pocas veces, lo habitual es que permanezcan apagadas toda la noche. Él no deja de observarlas en ningún momento, como si en el mundo sólo existieran aquellos tres rectángulos oscuros. Mientras, yo dejo que las horas vayan pasando sin apartarme mucho de su lado, tampoco tengo otro sitio adonde ir, y recorro inquieto el trecho de la acera una y otra vez, sin acabar de acostumbrarme a no sentir la variedad de olores que antes tanto me excitaban, a pesar de saber que están en cada palmo del espacio que recorro y que soy yo quien he perdido para siempre la

capacidad de sentirlos.

Los primeros días me costó acostumbrarme a esta transformación.

Aunque intuía oscuramente lo que nos había ocurrido, no resultó fácil entender por qué, de repente, se cegaban los conductos por los que me llegaban todas las sensaciones que sustentaban mi visión del mundo y, en cambio, se me abría una dimensión que antes me estaba vedada. Esta extraña lucidez, esta capacidad para entender lo que antes me era incomprensible, este saber relacionar las cosas y extraer las consecuencias, este poder poner en palabras todo lo que me ocurre. No sabía que sucedía esto, ni tan siquiera me había parado nunca a imaginarlo. Tal vez fue mejor no sospechar nada hasta que llegó el momento, porque entonces todo habría sido más terrible. Es mejor así. Ahora que ya se aproxima su final, y hemos llegado a la última noche, puedo comprender que lo único bueno de esta singular condena es que tiene fecha de caducidad y que en pocas horas todo habrá acabado, por fin.

Así hemos pasado cada una de las noches de este largo año, con las horas deslizándose lentamente a nuestro alrededor, hasta que la oscuridad empieza a disiparse y el aire se va llenando de una claridad que nos obliga a retirarnos a ese lugar desolado donde transcurren nuestros días. Él sentado en el sofá, y yo tendido en la alfombra, inmóviles los dos, cruzando nuestras miradas a cada poco, tal vez para asegurarnos de que seguimos allí y que no estamos solos. Una rutina semejante a la de algunas tardes de invierno anteriores a la condena, con la diferencia de que ahora lo único que hacemos es esperar. Los dos sabemos que todo es distinto y que, aunque estamos rodeados por los mismos muebles y por los objetos que nos resultan tan familiares, aquél ya no es nuestro hogar, sino una tierra de nadie donde esperamos que pasen las horas y vuelva la noche, para poder regresar a la acera y comenzar, un día más, nuestra vigilia frente al edificio donde Ella vive.

A veces, sobre todo en las oscuras tardes de invierno, tenemos la suerte de verla llegar a casa, de regreso del trabajo o de sus paseos. Son los mejores momentos del día, porque a Él se le ilumina el rostro y concentra toda su atención en cada movimiento que Ella hace. También yo me alboroto, e incluso hago por llamar su atención, aunque sé que son esfuerzos inútiles, pues no sale ningún sonido de mi boca. Los dos observamos cómo se detiene ante el portal, cómo busca las llaves en el bolso, cómo a veces vuelve la cabeza y se queda con la mirada fija hacia donde estamos nosotros, como si fuera capaz de vernos o intuyera nuestra presencia. Pero casi siempre se limita a meter la llave en la cerradura y a abrir la puerta, para desaparecer

después en el interior del portal. En ese momento me pongo a contar, muy despacio, y no paro hasta que alguna de las ventanas se ilumina. Suelo llegar a ciento veinte, o a ciento cincuenta, aunque a veces tarda más en subir y, como no sé pasar de doscientos, acabo aburriéndome y cuando me doy cuenta de mi distracción ya están las luces encendidas.

Recuerdo con claridad el primer día que la vimos, fue en el paseo de la playa. Estaba sentada en un banco y leía un libro de tapas amarillas. Yo me detuve a su lado, y Ella empezó a acariciarme. En realidad, no me había detenido por Ella, sino por el intensísimo aroma que empapaba los alrededores de una de las patas del banco. Él venía un poco más atrás, en la playa siempre le gustaba dejarme a mi aire, y se paró cuando llegó a nuestra altura. Comenzaron a hablar, de mí y del libro que Ella sostenía entre sus manos. Al poco rato, lo invitó a sentarse y allí estuvieron un montón de tiempo, olvidados de mí. Pocas veces tuve ocasión de ver a mi amo tan alegre, en aquellos momentos estaba radiante. No quiero decir que habitualmente fuera un hombre triste, sería una injusticia que me quejara de eso; tan sólo señalo que había en Él una alegría nueva que yo nunca le había visto.

Aquella tarde hablaron y hablaron, hasta que el sol desapareció tragado por el mar. Luego, cuando los dos regresamos al coche tras la despedida, Él puso una música más alegre de la que solía escuchar cuando conducía y no dejó de cantar en todo el camino. Y, ya en casa, tras cenar sin apenas hacerme caso, buscó su cuaderno verde y se puso a escribir ansioso. Y así debió de seguir bastante tiempo, porque es la última imagen que recuerdo de aquel día, antes de marcharme para mi cama y quedarme dormido.

A partir de aquella tarde empezaron a verse casi a diario. Al principio se encontraban en el paseo de la playa, pero pronto comenzaron a ir a otros lugares. Ella era muy habladora y me fue fácil cogerle cariño, porque me hacía caso y me trataba bien. Y también porque conseguía que Él estuviera siempre alegre, algo que a mí me ponía de un humor excelente. ¡Días felices! La mayor parte de las veces dábamos largos paseos por sitios que yo nunca había visitado. Recuerdo un camino estrecho, franqueado por robles, en el que el sol se colaba entre las hojas e iluminaba pequeños espacios del suelo, tan brillantes y cálidos que me llevaban a pararme en ellos a cada poco. ¡Qué fiesta de aromas desconocidos! Acostumbrado a los olores de la ciudad, agradables pero siempre previsibles, me sentía desconcertado ante aquellos rastros tan bravíos y penetrantes, rastros de animales que se ocultaban, pero no debían de andar lejos, agazapados entre

aquel silencio. Recuerdo otra tarde junto al río, con el agua corriendo rumorosa, y yo afanándome en perseguir a las mariposas que se posaban en las flores de los prados que descendían hasta la orilla. Era la primera vez que veía tantas, y de colores tan distintos, y no sabía a cuál de ellas atender; me pasé media tarde persiguiéndolas inútilmente, pues siempre echaban a volar cuando estaba a punto de alcanzarlas. De ese día recuerdo también el coro de los grillos y los saltamontes que se apartaban a mi paso, cuando yo corría entre la alta hierba. Mientras, Él y Ella permanecían sentados en un tronco caído, con las manos entrelazadas y con una tierna sonrisa en los labios, como si estuvieran solos en el mundo y ninguna otra cosa les importase. Y recuerdo otra mañana subiendo monte arriba por senderos que se abrían entre retamas y espinosos tojos silvestres, los tres jadeando por el esfuerzo. Luego, desde la cima, mi asombro ante la inmensidad del mundo que se extendía por los valles de allá abajo, como un puzle de prados, arboledas y tierras de labor. ¡Tiempos felices! También yo los recordaría ahora con una punzada de nostalgia si me fuera posible sentirla en estas condiciones en las que me encuentro.

Un día, Ella vino a comer a nuestra casa. Desde por la mañana, muy temprano, la rutina se deshizo en mil pedazos, lo único que no varió fue nuestro habitual paseo por el barrio nada más levantarnos. Al volver, desapareció la tranquilidad que solía haber los días que Él no iba a trabajar. Del jarrón de la entrada habían desaparecido las flores artificiales y en él lucía ahora un ramo de rosas blancas. La sala aparecía más limpia que nunca, incluso mi alfombra preferida, en la que pasaba tumbado tantas horas. La mesa estaba cubierta por un mantel de color azul pálido que yo nunca había visto y dos servicios completos sobre él, con platos y copas cuidadosamente colocados, además de un búcaro con una rosa amarilla. El olor que salía del horno de la cocina, un aroma de carne que me enloquecía, me mantuvo impaciente y nervioso durante toda la mañana.

Me extrañó que volviéramos a salir a la calle antes de la hora de comer, pero olvidé mi desconcierto en cuanto me vi otra vez al aire libre y adiviné que nos dirigíamos al parque de los bancos amarillos. Siempre me gustaba ir, pero más en días como aquél, cuando había menos coches y todo el mundo parecía ponerse de acuerdo en salir de paseo con sus perros. Mientras caminábamos entre los árboles y los setos que protegían los espacios con flores, yo buscaba ansiosamente a la perrita de pelo marrón que tanto me gustaba. Había *setters,*

mastines, westies y cockers, pero aquella mañana ella no estaba por allí. Lo sentí, naturalmente, pues no tenía demasiadas ocasiones de olería y de correr a su lado, pero enseguida me olvidé y me lancé a jugar con todos los perros con los que me cruzaba, así de irreflexivo era yo en aquel tiempo.

Volví a casa con la lengua fuera, pues habíamos dado un paseo larguísimo. Acabábamos de entrar cuando llegó Ella, con esa alegría en el rostro que la hacía distinta, una alegría que siempre le contagiaba a mi amo. Pronto descubrí que el tesoro que se escondía en el horno no era para mí. Tras poner la fuente de carne en la encimera, Él la fileteó en lonchas delgadas que fue disponiendo en una bandeja, regándolas después con una salsa dorada de aroma intensísimo. Pero el destino de la fuente era la mesa de la sala, y a mí sólo me tocaron las albóndigas que comía a diario. Aun así, las devoré con ansia, me sentía hambriento tras un paseo tan largo. Y después, como solía suceder a diario, me quedé dormido.

Cuando me desperté, en la sala no había nadie. Los restos de la comida seguían en la mesa, y tuve que resistir el impulso de subirme a robar un pedazo de carne, sabía que Él se enfadaría. Además, atrajeron mi atención los ruidos y las risas apagadas que procedían del dormitorio de mi amo. Corrí hasta allí, pero encontré la puerta cerrada. Me quedé sorprendido, en nuestra casa no acostumbrábamos a cerrar las puertas. «¡Márchate, Argos, vete a la sala!»; la orden me llegó mezclada entre las risas de Ella. Me marché, con el rabo entre las piernas; por primera vez me sentí relegado, nunca Él me había hecho nada así. Tardaron bastante tiempo en salir y cuando lo hicieron, los dos traían un brillo nuevo en los ojos, un brillo cómplice en el que pronto comprendí que yo no estaba incluido.

Hubo muchos más días como aquél. Y hubo también otros en los que Él, después de dar conmigo un paseo más largo del habitual, me dejaba en casa. No debería dolerme, ya estaba acostumbrado a quedarme solo cuando se marchaba al trabajo, pero me disgustaba que sucediera en días como aquéllos, que antes compartíamos enteros. No resultaba difícil imaginar dónde pasaba las horas, porque los ojos que tenía cuando volvía eran los mismos que los de las tardes en que los dos se encerraban en su cuarto. Así que, aunque me doliera pasarme tantas horas sin su compañía, también es cierto que el dolor quedaba compensado con la alegría tan grande con la que Él regresaba, una felicidad que lo impulsaba a jugar conmigo como en los primeros tiempos en que estábamos juntos.

Ahora que comprendo mejor las cosas y soy capaz de reflexionar sobre mi vida anterior, acude a mi memoria la gran cantidad de horas que he pasado solo en casa. En aquel tiempo me parecían aburridas, y aguardaba ansioso la llegada de mi amo, pero ahora me doy cuenta de que pudieron ser horas tan interesantes como las de nuestros mejores paseos, aunque todo transcurriera entre las paredes del edificio.

Siempre nos levantábamos muy temprano, tanto que en invierno todavía era de noche, y salíamos pronto a la calle. Dábamos un pequeño paseo por los alrededores, lo más lejos que llegábamos era hasta las proximidades del parque. A mí me gustaban especialmente esas caminatas; a aquellas horas había un montón de perros por la calle, pues, igual que hacía Él, muchas otras personas del barrio sacaban a pasear a los suyos. Era el único momento del día en que coincidía con la perrita marrón que olía tan bien. Algunas mañanas, dependiendo de si nos soltaban o no, podíamos olfatearnos sin que nada nos interrumpiese, e incluso echar unas carreras por la acera. Pero eran momentos fugaces, o eso me parecía a mí, como si en la vida los instantes felices sólo se presentaran en dosis mínimas que siempre nos saben a poco.

Luego regresábamos a casa. Poco después Él se iba al trabajo y yo me quedaba solo. Como nunca dejaba ninguna puerta cerrada, podía ir y venir por todas las habitaciones. Algunas mañanas venía la Señora y entonces, durante unas cuantas horas, todo era más divertido, porque aquella mujer era un vendaval que no paraba de moverse ni de cantar. «Maldito perro», decía a veces, «en esta casa no hay más que pelos». Yo sé que lo decía con cariño, eso se nota perfectamente en el tono de la voz; así que iba siempre pegado a su falda, de habitación en habitación, hasta que me cansaba y me iba a tumbar en mi alfombra. Me tranquilizaba saber que estaba por allí, los de mi raza no llevamos bien la soledad. Quizá por eso, por no saber estar solo, se me hacían tan duras las mañanas en las que la Señora no venía. Entonces eran demasiadas horas con la casa silenciosa, había días en que el tiempo parecía detenerse.

Ahora pienso en lo tonto que era, porque sobraban cosas a las que atender. El piso estaría en silencio, sí, pero no ocurría lo mismo en el edificio. Hasta mí llegaban los ruidos de otras viviendas, que poco a poco fui aprendiendo a identificar. Los llantos del niño que vivía en el piso de arriba, el rumor apagado de la televisión que siempre estaba encendida en la habitación contigua con nuestra sala, los trinos de un canario que llegaban desde los apartamentos de abajo, la música que nacía en alguna de las ventanas interiores… Todos estos ruidos eran muy nítidos si me situaba en la cocina o en el dormitorio vacío, los

dos cuartos que daban al patio de luces. ¡Patio de luces!, qué ironía, pues la luz era lo único escaso en aquel estrecho espacio. Tal vez por eso me gustaba más estar en la sala, desde la que se escuchaban los ruidos de la calle, que eran mucho más monótonos. Los coches, los cláxones, los frenazos. El estrépito de una máquina, el bullir de la gente. Ruidos que, en los días de invierno, quedaban apagados por el ulular furioso del viento y por la lluvia que batía con furia contra los cristales.

Los del edificio eran los ruidos de las vidas de las personas que, como yo, estaban en casa mientras otras se marchaban a trabajar. Ruidos de mujeres, casi siempre. Las mismas que se afanaban en cocinar cuando el sol ya estaba alto, provocando el torrente de aromas que, a pesar de estar cerradas las ventanas, llegaban hasta mí y me mantenían en una permanente inquietud hasta el regreso de mi amo. También ahora siento nostalgia de aquellos días, si volviera a vivirlos estaría más atento a tantos sonidos de la vida que dejé pasar sin prestarles la atención que merecían.

Un día, Él llegó a casa hundido en la tristeza. Creo que fue la única vez que no me hizo caso, ni siquiera se fijó en mí. Se encerró en su habitación y estuvo allí durante mucho tiempo, mientras yo, preocupado y desconcertado, no sabía qué hacer. Intuía que algo grave había pasado, pero no era capaz de imaginar qué podría ser. Acabé gimiendo junto a su puerta, no me sentía con fuerzas para soportar más tiempo aquella situación. La abrió poco después y entonces sí que se fijó en mí. Me abrazó y lloró, lloró todo cuanto quiso, era la primera vez que lo veía así.

Fueron días terribles. Nunca supe con certeza qué había sucedido, pero sí llegué a entender que aquella relación con Ella se había roto, que Ella nunca más vendría a casa, que nosotros tampoco volveríamos a visitar la suya, que no habría más paseos por la playa o por el campo. La tristeza se instaló de manera permanente en nuestro piso, la música dejó de llenar el aire, los paseos se hicieron más cortos y más aburridos. ¡Cuántos días amargos! Ahora Él estaba más pendiente de mí, me dejaba estar cuantas horas quisiera tendido a su lado, pero yo no me sentía más contento, pues su tristeza se expandía por toda la casa y me alcanzaba también a mí.

La pena se fue moderando con el paso de las semanas; quizá haya algo de cierto en ese dicho de que el tiempo todo lo cura. Una tarde comenzó a sonar de nuevo la música, aunque eran siempre canciones tristes y melancólicas. Los paseos se fueron haciendo más largos, y

sospecho que en esa época Él agradecía más que nunca tenerme a su lado y verse en la obligación de sacarme a la calle todos los días.

Durante los meses siguientes, tres mujeres más entraron en su vida. Una de ellas era muy simpática, cada vez que venía a casa era como si un terremoto hiciera vibrar hasta el objeto más pequeño. ¡Cuánto anhelé que también con esta mi amo se encerrara en su cuarto! Deseaba escuchar de nuevo las risas y ver en sus ojos los destellos de felicidad de la otra vez. Pero no ocurrió así, y ninguna de aquellas mujeres duró mucho tiempo a su lado. De nuevo estábamos los dos solos.

Tras su última relación, Él retomó la costumbre de ir al Pueblo, como hacíamos cuando yo era sólo un cachorro. A mí me encantaba viajar en el coche, aunque fuera molesto permanecer sujeto en el asiento de atrás. Era agradable la sensación de ver pasar las cosas, vivir la experiencia de saber que había mucho más mundo del que nunca había imaginado. Nuestro destino era la casa de la Madre, una mujer de pelo blanco que me trataba con mucho cariño. Siempre me ofrecía bocados sabrosos, era imposible no quererla. Y al atardecer regresábamos a la Ciudad, felices los dos por las horas tan bonitas que habíamos pasado juntos.

Recuerdo bien el último de aquellos días, cómo podría olvidarlo. Era un domingo de otoño que nos regaló una mañana magnífica. Paseamos por la orilla del río y luego fuimos a comer a casa de la Madre. Y más tarde, cuando veníamos ya de regreso, Él decidió apartarse de la ruta de siempre y meterse por una carretera estrecha, en busca de un lugar al que iba cuando era niño. Al bajarnos del coche, comprobé que se trataba de un soto de viejos castaños, bajo los cuales la hierba del suelo aparecía cubierta de hojas secas y de una gran cantidad de erizos. Unos erizos que yo veía por primera vez y que me hacían caminar con cuidado, pues la punzada de sus espinas era muy dolorosa. Algunos estaban medio abiertos y dejaban ver las castañas que guardaban en su interior. Mi amo regresó al coche y volvió con una bolsa de plástico, en la que fue introduciendo las castañas que recogía. Hacía tiempo que no lo veía tan alegre, era como si aquella actividad infantil le devolviera la sonrisa que había perdido con la ausencia de la mujer que todavía amaba tanto. También yo me dejé llevar por el entusiasmo y no paré de brincar a su alrededor, ya he dicho que siempre me dejaba contagiar por su alegría.

Comenzaba a anochecer cuando nos montamos otra vez en el

coche. El cielo azul de la mañana había desaparecido y ahora se presentaba cubierto de densas nubes negras. A lo lejos, los relámpagos brillaban a cada poco e iluminaban fugazmente el cielo con una luz inquietante. Y tras ellos llegaba enseguida el ruido del trueno, un estruendo prolongado y amenazadoramente próximo que conseguía encogerme el corazón. Se puso a llover de repente, cada vez con mayor intensidad. Las escobillas del limpiaparabrisas no conseguían despejar toda el agua que golpeaba contra el cristal. La carretera estaba sin pintar y costaba trabajo saber por dónde debíamos seguir, mi amo no hacía más que quejarse de que no se veía nada. De pronto, unas luces intensísimas aparecieron frente a nosotros e inundaron el interior del coche. Sólo tuve tiempo de escuchar un ruido terrible, un poco antes de sumergirme en una oscuridad que hizo desaparecer las luces, y el coche, y la lluvia, y todo cuanto me rodeaba. Todo lo devoró aquella negrura, también a Él.

Pronto amanecerá. La luz del dormitorio acaba de encenderse; Ella despierta un día más, aunque ésta sea una fecha tan especial. Tal vez, en algún momento se acordará de qué día es hoy, de que hace un año que Él y yo abandonamos este mundo. Aunque será más justo decir que comenzamos a abandonarlo, pues también hay que sumar este aplazamiento con el que ninguno de los dos contábamos, estos trescientos sesenta y cinco días de la extraña vida que se nos concede para despedirnos de los seres queridos antes de desaparecer definitivamente.

Contemplo a mi amo, que permanece inmóvil como una estatua, con la mirada puesta en el rectángulo de luz. Como le veo mover los labios, sé que está pronunciando sus últimas palabras, quizá algunos de aquellos versos que tanto le gustaban y que a veces me leía: «Gracias quiero dar *por los días que compartes conmigo,* por la caricia y por el beso». Y observo cómo algo semejante a una lágrima resbala a cámara lenta por la piel de su rostro, acentuando así la expresión de infinita tristeza que desprende.

Por la acera se acerca una mujer ya mayor, acompañada de su perro, un *fox terrier* de color negro. Al llegar a nuestra altura, el animal se para y olfatea una y otra vez el lugar donde me encuentro. Noto su expresión de desconcierto; seguramente intuye mi presencia, pero no me ve y tampoco me puede oler. Es una señal de que todavía queda algo de mí en este mundo, aunque sea ya tan poco. Quiero ladrar, corresponder a su atención, pero no me sale ningún sonido, porque los fantasmas tampoco podemos ladrar y, ahora lo sé con

certeza, nuestra presencia es una condena atroz que nos hace recordar a cada momento todo lo que perdimos para siempre.

El *fox terrier* continúa su camino: los tirones de la correa son cada vez más enérgicos y lo obligan a avanzar. Mis ojos lo buscan otra vez a Él, que ahora se me aparece con la figura borrosa, como si su cuerpo fuera desvaneciéndose. Observo cómo se deshace en jirones de una extraña niebla que se van mezclando con el aire de la madrugada. Aún le da tiempo a desviar la vista de la ventana y a mirarme un instante brevísimo, el tiempo suficiente para que nuestras miradas se crucen por última vez.

Entonces percibo que no sólo Él desaparece. También todo lo que me rodea se va convirtiendo en una niebla uniforme y gris en la que cada vez resulta más difícil aislar los contornos de las cosas. Los árboles, las casas, las farolas, los coches, las nubes, todo se deshace. Y por fin, en el instante final de esta extraña lucidez que me acompaña desde hace un año, comprendo que lo que ocurre en realidad es que también mi cuerpo comienza a desvanecerse, dispersándose en hilos que se liberan de los nudos que los mantenían unidos y se van haciendo invisibles conforme avanza la claridad del día. Comprendo que el año de esta extraña vida también finaliza para mí y que ya nunca más volveré a tener presencia en este mundo que tanto quise. La cabeza se me vacía de palabras, no soy capaz de construir unas frases que den fe de lo agradecido que le estoy a todos los días que he vivido. Y las únicas que vienen a mí son las de algunos versos sueltos de aquel poema que mi amo leía tantas veces en voz alta: «Gracias por la juventud y por los sentidos… gracias por el viento, que nos hace extraños de nosotros mismos… gracias por el mar, absoluto y poderoso… gracias por el silencio y por el verso».

Una historia de fantasmas

Un día nos veremos
al otro lado de la sombra del sueño.

JOSÉ ÁNGEL VALENTE: *Interior con figuras*.

Lo que quiero contar sucedió hace ya algún tiempo. Si hasta el día de hoy nunca he dicho nada sobre la experiencia que viví aquella noche de verano en una posada perdida de Navarra, fue por ese temor que me produce todo lo que, de alguna manera, nos hace recordar que el mundo real no es algo tan sólido y organizado como nos gusta pensar. Quizá existen zonas de sombra de las que nada sabemos, misterios que se resisten a ser desvelados, espacios que sólo por azar alcanzamos a veces a entrever. En la biografía de cualquier persona hay momentos desconcertantes, brevísimos destellos que iluminan la vida de otra manera distinta y nos descubren que es mucho lo que todavía ignoramos sobre nosotros mismos.

Mi historia ocurrió, como ya he dicho, en tierras navarras. Si he de ser más concreta, diré que fue en una casa de turismo rural —El Descanso, creo que se llamaba—, situada en las afueras de la villa de Obanos, a un lado de la ruta que sigue el Camino de Santiago. Obanos es el lugar en el que se unen los dos ramales del camino francés, el que nace en Somport y el que se inicia en Saint Jean Pied de Port. Se trata de una villa pequeña, con edificios que aún conservan muchas huellas de su pasado esplendor medieval. Cuando uno se aproxima a ella por los caminos que cruzan la comarca de Valdizarbe, después de dejar atrás las duras laderas del Monte del Perdón, ya ve desde lejos la alta torre gótica de la iglesia de san Juan Bautista, símbolo de un pasado que permanece vivo en muchos lugares del Camino. La vida fluye año tras año a través de él, como un río secreto que alberga en su lecho la memoria de los peregrinos muertos. Pasos sobre pasos invisibles.

Yo, como la mayoría de las personas que aquella noche nos reunimos en la amplia terraza que el hostal tenía en la parte de atrás, había iniciado el Camino en Roncesvalles hacía ya seis días, con la intención de pasar todo el mes de junio caminando en dirección a Compostela. Las razones que me llevaban a hacer la peregrinación no vienen ahora a cuento; sólo diré que tenían que ver con una etapa amarga de mi vida que deseaba dejar atrás, pero son ajenas a la historia que voy a contar.

Aunque ya no lo recuerdo con exactitud, debíamos de ser diez o doce personas en aquella reunión informal. La mayoría nos habíamos ido conociendo en días anteriores, siempre en encuentros casuales durante nuestra marcha, favorecidos por esa camaradería que parece existir entre los peregrinos; la creencia de que el Camino ayuda a

hacer nuevas amistades es una realidad, si he de juzgar por mi experiencia. Aunque la mayor parte del tiempo algunos de nosotros caminábamos en solitario por voluntad propia, solíamos planificar juntos la etapa del día siguiente y así ponernos de acuerdo sobre el lugar en el que debíamos hacer noche.

Aquella tarde yo había llegado muy cansada al hostal, el trayecto desde Pamplona me había resultado más duro que el de jornadas anteriores. Después de ducharme y ponerme ropa limpia, lo que más me apetecía era tumbarme en la cama y dormir hasta el día siguiente, pero resistí la tentación y bajé a cenar. En el comedor, me senté con un matrimonio de Vitoria que hacía el Camino acompañado por su hija, una chica reservada que no parecía encontrarse nada a gusto entre tanta gente mayor y que se limitó a responder con monosílabos cada vez que se le preguntaba algo. Acabada la cena, Pere, un abogado catalán que era el alma del grupo, propuso tomar un café en la terraza. El hostal estaba situado a las afueras de la villa, cerca de un extenso pinar, y tenía en la parte de atrás una terraza en la que de día debía de abrasar el sol, pero de noche resultaba de lo más agradable, pues corría una brisa fresca que traía hasta nosotros el intenso aroma de la resina de los pinos.

Nos sentamos alrededor de cuatro mesas que unimos para la ocasión. Me sentía bien allí, reunida con aquellas personas de las que sabía tan poco, pero que, por encontrarse en circunstancias semejantes a las mías, me despertaban sentimientos de simpatía y complicidad. Aunque nunca hablábamos de cuestiones tan personales, estaba segura de que todas tenían una razón poderosa para emplear el mes de junio en atravesar la Península a pie, en busca de ese Finisterre de Europa que sólo me era familiar a mí.

Recuerdo que la reunión transcurría de manera previsible. A veces la conversación decaía, pero, igual que la lumbre cuando le echas otra brazada de leña, se volvía a avivar cada poco tiempo con alguna nueva intervención, como si ninguna de las personas que estábamos allí deseáramos que aquellas horas acabasen. Cuentos, sucedidos, anécdotas… Los temas habituales de la vida cotidiana no surgieron en ningún momento, pues parecían sobrar en un ambiente como aquél. Si no fuese por nuestras ropas y por los objetos que nos rodeaban, podríamos pasar perfectamente por una reunión de peregrinos de hacía varios siglos. Al fin y al cabo, las estrellas que brillaban sobre nosotros eran las mismas que acompañaban a los caminantes desde que, hacía más de mil años, habían comenzado a ver en la Vía Láctea el camino trazado en el cielo para guiarlos hasta Compostela.

Cuando ya llevábamos bastante tiempo bajo las estrellas y la

conversación amenazaba con decaer de una vez por todas, una de las personas de la reunión se atrevió a confesar que era poeta. Se trataba de una mujer delgada, de pelo negro muy corto, que era de las más habladoras del grupo. En cuanto lo dijo, varios de los presentes se empeñaron en que tenía que recitarnos algunas de sus composiciones. Y, tal como yo temía, no hizo falta mucho esfuerzo para convencerla. Recitó cuatro o cinco poemas que me parecieron mediocres, como hechos con palabras gastadas, pues recordaban a otros ya oídos muchas veces. Sin embargo, también yo me uní a los aplausos del grupo, no era cuestión de estropear el encanto de una noche como aquélla.

Cuando acabó, Pere, el catalán, propuso que cada uno de nosotros recitásemos nuestro poema preferido. Una parte del grupo acogió la idea con entusiasmo, quizá porque el anonimato que propicia el Camino también ayuda a liberarse de las inhibiciones. Hubo de todo en aquel improvisado recital; desde una ridícula escenificación de la «Canción del pirata» de Espronceda, aprendida probablemente en los años escolares, hasta los inevitables versos románticos del Neruda de *Veinte poemas de amor y una canción desesperada*. Cuando me tocó la vez, aunque no tenía ninguna gana de intervenir, anuncié que mi poema era muy triste y que quizá no valía la pena recitarlo allí. Como insistieron, les expliqué que se trataba de un texto de José Ángel Valente, mi poeta preferido. Es un poema que todavía me sigue gustando hoy; pertenece a *Fragmentos de un libro futuro*, su obra póstuma, escrita cuando ya sabía que la muerte lo rondaba muy de cerca:

Qué dolor el morir, llegar a ti, besarte

desesperadamente

y sentir que el espejo

no refleja mi rostro
ni sientes tú,

a quien tanto he amado
mi anhelante impresencia.

Tras mi recitado, hubo un largo silencio. Por un momento, me sentí culpable de estropear aquella velada en la que tan a gusto me sentía, era evidente que mis versos no encajaban bien en el juego festivo que habíamos iniciado. Entonces, un hombre que había permanecido en silencio toda la noche habló por primera vez. No puedo decir aquí nada de él, porque nunca lo había visto hasta aquel momento. Pero tampoco me extrañó su presencia, debía de ser un caminante solitario que se había unido durante el día a alguno de los componentes de la tertulia.

—También le habrían gustado a una amiga mía esos versos de Valente —dijo con voz apagada—. Es curioso, si no fuese porque no nos conocemos de nada, pensaría que esos versos nacieron a partir de lo que a ella le ocurrió. Una historia muy triste, como en el fondo son todas las historias de amor.

Calló y bajó la cabeza, como pidiendo disculpas por sus palabras. Si contaba con atraer la atención del grupo, lo consiguió por completo, porque muy pronto se alzaron varias voces pidiéndole que relatase aquella historia. Tras algunas vacilaciones, acabó por atender a los insistentes ruegos de los presentes. Esperó a que todos nos fuésemos callando y, con la misma voz pausada que había empleado antes, inició su relato.

Esta historia, como os acabo de decir, le ocurrió a una amiga mía muy querida. No os voy a cansar con detalles superfluos; os diré sólo que pasó hace unos cuatro años y que, de alguna manera, también tiene que ver con el Camino, pues todo nace de lo que sucedió en un lugar muy próximo a donde nos encontramos. Diana, mi amiga, se había casado hacía poco con un joven del que estaba enamorada desde la adolescencia. El suyo fue uno de esos amores casuales que nacen de forma idealista, y que el tiempo, a veces, va consolidando hasta hacerlos fuertes y sólidos como un árbol centenario.

Vivían en Puente la Reina, a unos pocos kilómetros de aquí, aunque ella trabajaba en Pamplona, la ciudad por la que pasamos ayer. Un trayecto corto, que hacía a diario en un autobús de línea. Una tarde que su marido tenía el día libre, Diana lo animó para que fuese a buscarla a la salida del trabajo. Podrían ir al cine y después

cenar fuera, era una oportunidad para romper la rutina cotidiana. Él se sumó a la propuesta de inmediato, pues nada le alegraba más que ver la felicidad en los ojos de su mujer.

Cuando regresaban a su casa, ya bien entrada la noche, el coche derrapó en una mancha de aceite que un camión había derramado en la carretera unas horas antes, justo en el inicio del puente que cruza el río Arga. Perdido el control, el vehículo fue a dar contra el pretil, con tan mala fortuna que lo rompió y cayó al río. El puente no es muy alto, el accidente podía haber quedado tan sólo en un susto, pero hay veces en que el azar juega en nuestra contra. Él se golpeó la cabeza con el volante, a pesar de llevar puesto el cinturón; los informes explicaron que la muerte debió de ser casi instantánea. Ella tuvo más suerte: quedó aturdida por el impacto contra el parabrisas, pero el frío del agua la reanimó enseguida. Guiada por el instinto, consiguió desprenderse del cinturón de seguridad, bajar el cristal de la puerta y salir por el hueco, para nadar después hasta la orilla.

Diana salvó la vida, pero su marido, no. Bien se puede imaginar la pena de mi amiga, una pena que la llevó a abandonar el trabajo y a refugiarse en la casa que habían elegido entre los dos cuando decidieron vivir juntos, una vivienda sencilla situada a las afueras. No tenía ganas de ver a nadie y dejaba pasar las horas hundida en la inmensa pena que sentía. Su única compañía era Dédalo, un setter irlandés que habían comprado al poco tiempo de casarse. Antes, era su marido quien lo cuidaba; ahora, le tocaba a Diana ocuparse de él, una tarea que hacía con especial ternura, como si fuese una forma de conservar viva la memoria del amor truncado por el accidente.

Tras dos meses de aislamiento, decidió que debía seguir adelante con su vida, no podía dejar que la tristeza la venciera. Consiguió un trabajo de media jornada en unas oficinas de la ciudad y trató de adaptarse a algunas rutinas cotidianas, con la tenue esperanza de que los cambios le ayudasen a recuperar algún día las ganas de vivir.

Durante las primeras semanas trató de superar el dolor y encarar la vida con ánimos renovados. El trabajo le ocupaba las mañanas; por las tardes, solía dar largos paseos por el campo, siempre acompañada por Dédalo. Eran unas caminatas que la dejaban exhausta y le ayudaban a conciliar el sueño en las horas difíciles de la noche. Cuando estaba en casa, acostumbraba a hablar en voz alta, como si su marido aún estuviese a su lado, a pesar de ser muy consciente de que se encontraba sola y de que aquellas palabras dirigidas a nadie sólo buscaban romper un silencio que la oprimía. Le gustaba dejarse llevar por esa sensación de que su marido estaba en casa, ocupado en cualquier asunto, mientras ella se encontraba en la cocina o en la sala

que le servía de biblioteca. A veces, cuando subía a las habitaciones de arriba, cualquier ruido familiar —una puerta que se cerraba, un crujido, el ruido de un coche que se detenía cerca— le hacía renacer la ilusión de que él aún estaba vivo y de que aparecería ante ella en cualquier momento.

Buscó refugio en la lectura, como tantas personas acostumbran a hacer en las etapas difíciles. Las novelas le ayudaban a distraerse, sobre todo en las horas larguísimas de la noche, cuando el sueño tardaba en llegar. Pero durante el día prefería la poesía, siempre tenía a mano algún título de sus autores favoritos. Echaba de menos uno de sus libros más queridos, *Punto Cero*, un volumen del año 1972, en el que José Ángel Valente había recopilado toda la poesía que había escrito hasta el momento. Era una edición preciosa, como todas las que hacía la editorial de Carlos Barral, con una portada en la que aparecía varias veces, en recuadros repetidos como fotogramas de una película, la imagen de un cuervo posado sobre un libro, picoteando en la tinta derramada de un tintero. Se lo había regalado su marido, después de haberlo encontrado en una tienda de libros de segunda mano, sabedor de sus debilidades literarias. Durante los últimos días lo había buscado por toda la casa, pero no lo encontraba por ningún sitio. Podría comprar una edición nueva, sabía que otra editorial había reeditado el libro hacía poco tiempo, pero la que ella quería era aquélla a la que se sentía tan unida, llena de notas y de marcas que le había ido haciendo a lo largo del tiempo.

Diana pensaba que era normal experimentar aquella sensación de que su marido seguía a su lado. ¿Acaso no se dice que cuando se pierde un miembro seguimos sintiéndolo como si todavía lo

conservásemos? Pues con más razón una persona querida, sobre todo si la unión era tan intensa como la de ellos dos. Una ausencia es difícil de llenar, había que darle tiempo al tiempo, era el consejo que sus amigos le repetían. Pero, conforme pasaban las semanas, en vez de disminuir, la sensación de que él rondaba por la casa iba en aumento. Lo atribuía a la soledad, quizá hacía mal empeñándose en seguir en aquella casa demasiado grande para ella. Muchas veces se sorprendía subiendo a los dormitorios de arriba, o bajando deprisa las escaleras, con una mezcla de deseo y de temor, pero siempre con la esperanza de que su marido estuviese aguardándola en algún lugar de la vivienda. A veces, mientras preparaba algo en la cocina, sentía su presencia detrás de ella, y entonces se daba la vuelta, con la fugaz ilusión de poder besarlo. Pero nunca había nadie, sólo el vacío con el que convivía desde el día del accidente.

Algunas noches se despertaba sobresaltada en medio de la oscuridad, porque le parecía que había alguien más en la habitación, sentado en la silla o junto a la cama. Inmóvil, sin atreverse a encender la luz, contenía la respiración y aguzaba el oído, intentando captar algún sonido —un suspiro, un roce— que delatase una presencia extraña. Pero cuando se atrevía a encender la lámpara nunca había nadie, estaba tan sola como cuando se había acostado.

Un día, al volver del trabajo, vio que en el florero de cristal de la sala había un ramo de rosas rojas, delicadamente distribuidas. Al momento pensó en la señora que, dos días a la semana, le venía a hacer la limpieza de la casa. ¿A qué se debía aquella amabilidad? Además, no recordaba haber hablado nunca con ella de su preferencia por las rosas rojas. De todos modos, era la única explicación lógica, aunque no pudo evitar que otra, más absurda pero más poderosa, se abriese paso en su mente. Sabía de sobra que no podía ser, que las únicas personas que podrían haber colocado allí aquellas flores eran la señora de la limpieza o ella misma. Pero, si hubiese sido ella, lo recordaría. ¿O no? Tenía miedo a desvariar y a perder el sentido de la realidad, sabía que la soledad y la pena pueden alterarle la cabeza a cualquiera.

Intentó no obsesionarse con aquel suceso, incluso decidió anotar en un cuaderno, a partir de aquel momento, las compras y los cambios que hacía en casa. Sería la manera de que la memoria no le jugase malas pasadas nunca más.

Una tarde, al volver del paseo diario por el campo, Dédalo echó a correr alborozado hacia la casa, cuando aún estaba a unos cincuenta metros de ella. Corría y ladraba con una súbita alegría, como si alguien muy querido lo esperase dentro. Se paró en la puerta, ansioso,

mientras ella, desconcertada, buscaba la llave en los bolsillos. Cuando finalmente consiguió abrir, el perro se lanzó como una flecha en dirección a la sala, con tanto entusiasmo como cuando su marido todavía estaba con ella. Desde la entrada, donde Diana se había quedado parada sin saber qué hacer, vio cómo Dédalo salía de la sala y se dedicaba a recorrer todas las habitaciones de la casa, alterado por el contraste entre la realidad y lo que sus sentidos le decían.

También ella recorrió las habitaciones, una a una, a pesar de saber bien que no había nada en ellas, que nadie podría haber entrado en la vivienda durante su ausencia. Aquella misma tarde un impulso súbito la llevó a buscar de nuevo el libro de Valente. Deseaba intensamente releer algunos de sus poemas, sabía por experiencia que la ayudarían a tranquilizarse. Tenía que estar escondido en algún estante de la biblioteca; no era la primera vez que le ocurría, tener un libro delante de los ojos y no verlo. Volvió a revisar minuciosamente los estantes, desde los más altos a los más bajos. ¡Nada! Después fue al garaje, en donde guardaba todavía precintadas algunas de las cajas del traslado. Las abrió y las vació todas, pero su búsqueda fue infructuosa. Claro que también podía estar en casa de sus padres, pues había dejado allí una parte de su biblioteca cuando se casó.

El sábado siguiente decidió ir a visitarlos, hacía ya semanas que no los veía. Durante la comida, y también en la sobremesa, procuró aparentar una alegría que no sentía, por nada del mundo quería que le notasen la tristeza que la acompañaba. Después, mientras su madre arreglaba la cocina y su padre dormitaba frente al televisor, revisó a conciencia su dormitorio, y también los estantes de la sala, en busca de la edición de *Punto cero* que tanto deseaba recuperar. Pero el libro tampoco estaba allí. No sabía cómo se había perdido, no se acordaba de habérselo prestado a nadie, nunca dejaba libros tan personales como aquél. Pero tenía que aceptarlo, resignarse a comprar una edición nueva, aunque sabía que nunca sería lo mismo, pues los libros que amamos llevan también nuestra memoria y nuestros sueños entre sus páginas.

A media tarde, Diana se despidió de sus padres. Ya había comenzado a oscurecer, no quería verse obligada a conducir de noche. Hizo el viaje con el corazón más oprimido que otros días, no le había sentado nada bien tener que disimular tantas horas su dolor. Cuando entró en su casa, Dédalo la recibió alborozado. Pero, más que las carantoñas del perro, lo que llamó su atención fue el tenue olor a perfume que se extendía por todo el aire de la vivienda. Era el mismo que solía usar su marido, una fragancia masculina que ella conocía bien. ¿Cómo era posible?

Fue hasta el cuarto de baño. La puerta del armario de abajo, el lugar en donde había guardado todas las pertenencias de aseo de su marido, pues se había sentido incapaz de tirarlas, estaba abierta y el frasco de perfume aparecía sin el capuchón que lo cerraba. De nuevo la asaltó la sensación de que no estaba sola, y no únicamente por el perfume; algo, ese extraño sentido que parecía crecer en su interior desde el accidente, la avisaba de que había alguien más en la casa. Pero sabía que era imposible, debía controlar su alocada imaginación, que parecía dominarla en los últimos tiempos.

Cuando salió del cuarto de baño, se dio cuenta de que no era allí donde el perfume se notaba con mayor intensidad. Como parecía venir del piso de arriba, subió las escaleras a toda prisa, con el corazón reventándole en el pecho. A medida que avanzaba por el pasillo, la fragancia iba haciéndose más fuerte. Decidida, abrió la puerta del dormitorio. Entonces el olor se hizo intensísimo, como si todo el perfume estuviese concentrado allí dentro y ahora, liberado por fin, se sintiese libre para expandirse por toda la casa.

Pero Diana no hizo caso del perfume, no podía hacerlo, porque todo su ser quedó atraído por un objeto que estaba sobre la colcha, la misma colcha que ella había extendido cuando había hecho la cama

por la mañana, antes de salir. Se acercó con pasos rápidos para cogerlo, aunque, desde el momento en que lo vio por primera vez, ese sentido interior ya le había advertido de lo que iba a encontrar. En efecto, el ejemplar de *Punto cero*, el viejo volumen con los poemas de Valente que la había acompañado durante tantos años, estaba allí, sobre su cama. Lo cogió, desbordada por la emoción. Sus manos apenas podían sostenerlo, pues temblaban de una manera que no era capaz de controlar. El libro tenía un marca páginas que sobresalía por la parte superior. Lo abrió por el lugar señalado. Allí, en la página 269, estaba el poema que tantas veces le había leído a su marido, aquellos pocos versos que algún día les habían ayudado a sentirse más unidos:

El amor está en lo que tendemos
(puentes, palabras).
El amor está en todo lo que izamos
(risas, banderas).

Y en lo que combatimos
(noche, vacío)
por verdadero amor.

El hombre se calló y bajó la cabeza, dando por acabado el relato. A mí me había impresionado mucho, dejándome con preguntas que quizá ni él supiese responder, posiblemente porque no había respuestas para ellas. Algo parecido debieron de sentir las otras personas de la tertulia, porque nadie comentó nada, como si cada uno estuviese dándole vueltas a las circunstancias de la historia que acabábamos de escuchar.

—Es tarde. Si mañana queremos salir temprano, tenemos que pensar en dormir algunas horas —dijo Pere, al tiempo que se levantaba y se dirigía al interior de la posada.

Uno por uno fueron marchándose todos, hasta que sólo quedamos el hombre y yo. Durante un tiempo permanecimos en silencio, con la mirada perdida en la zona de sombra que nos rodeaba. Quería preguntarle muchas cosas, pero la expresión de su rostro no invitaba a hacerlo, era como si todavía rondase en su cabeza la historia que nos había contado. Finalmente, yo también me levanté y, tras desearle buenas noches, me fui a mi cuarto.

Tardé en dormirme, pues la historia me había dejado desazonada y no se me iba de la cabeza. Y tampoco los poemas de Valente, el que había recitado yo y el que le había servido a aquel hombre para acabar su relato. Sentía que había actuado como una tonta y que mi timidez me había ganado la partida una vez más. Desearía haber hablado más con él, no es fácil encontrar personas que amen los mismos poemas que una ama. Finalmente, conseguí tranquilizarme con el pensamiento de que todavía había remedio para mi deseo. Tenía que conseguir hablar con el desconocido a la mañana siguiente; tal vez podríamos caminar juntos alguna etapa del Camino, con él no me importaría abandonar mi voluntaria soledad.

Al día siguiente me levanté temprano, quería ser la primera en bajar al comedor. Cuando entré, aún no había nadie y tuve que desayunar sola. Después, cogí los periódicos del día y me dispuse a esperar la llegada de los otros huéspedes. Mi intención era invitar al hombre desconocido a sentarse conmigo, no me costaría mucho iniciar allí mismo una conversación con cualquier pretexto.

Y sí, todas las personas de la noche anterior fueron bajando. Todas, salvo la única que me interesaba ver.

Intrigada, me acerqué al encargado y le pregunté si alguien había abandonado el hostal de madrugada. «Nadie», fue su respuesta. «Ahora mismo están en el comedor todas las personas que han pernoctado en la casa».

Sus palabras me desconcertaron. ¿Cómo era posible? Fui de mesa en mesa, preguntándoles a los otros huéspedes si habían visto al desconocido que nos había contado el relato la noche anterior. Pero nadie sabía nada de él, aunque recordaban con claridad que yo había sido de las últimas en abandonar la reunión.

Había algo extraño en todo aquello, y no era sólo mi frustración por no poder hablar con aquel desconocido. Dispuesta a no marcharme sin alguna respuesta, decidí quedarme algún tiempo más en la posada. A mis compañeros de camino les expliqué que no me sentía bien, que saldría más tarde y que procuraría alcanzarlos antes de llegar a Estella, el punto final de nuestra etapa de aquel día.

En cuanto se marcharon, busqué al encargado y me puse a hablar con él. Tras ganarme su confianza, como quien no quiere la cosa, le pregunté si se acordaba de un accidente que había ocurrido hacía unos cuatro años, en el lugar en donde la carretera cruza el río Arga.

—¡Claro que lo recuerdo! Ese puente está muy cerca de aquí, a menos de un kilómetro.

—¿Estamos tan cerca del río? Pensé que se encontraba más lejos.

—Aquél fue un accidente incomprensible, de esos que nunca deben ocurrir. —El rostro del hombre reflejaba un pesar que parecía sincero —. En ese lugar, la carretera tiene un tramo con mucha visibilidad, la prueba es que nunca más ha vuelto a pasar nada. Pero así son las desgracias. Uno nunca sabe dónde nos esperan.

—Creo que murió una persona, ¿no es así?

—Sí. En el coche viajaba un matrimonio. Era él quien conducía, supongo que debió de morir ahogado. La mujer se salvó, consiguió salir del vehículo por una de las ventanillas.

Iba a continuar con mis preguntas, pero el encargado, tras mirarme con atención, añadió:

—Oiga, si está tan interesada, creo que le puedo enseñar los periódicos que recogieron la noticia. Por aquel entonces acabábamos de inaugurar el hostal y, como también aparecía un anuncio que habíamos puesto en la prensa, creo que guardé los ejemplares en algún sitio. Espere un momento.

Fue hasta el recibidor y abrió una puerta situada en la pared de la derecha. No daba a ninguna habitación, sino que ocultaba una especie de armario empotrado, ocupado por estantes en los que se acumulaban libros de registro y carpetas que posiblemente contenían

facturas y otros documentos propios del negocio. Tomó una de aquellas carpetas y, tras cerrar de nuevo la puerta, regresó a donde yo estaba.

—Aquí tiene los periódicos. Puede mirarlos todo el tiempo que quiera; sólo le pido que, cuando acabe, los vuelva a dejar tal y como estaban.

Recogí el material que me entregaba y me senté en una de las mesas de la terraza, que volvían a aparecer bien ordenadas. Se estaba bien allí. El sol todavía no calentaba con fuerza y corría un aire fresco que desaparecería con el paso de las horas. Dejé la carpeta sobre la mesa y saqué de ella algunos ejemplares ya antiguos del *Diario de Navarra*.

Pronto encontré lo que buscaba. La noticia del accidente aparecía en las páginas interiores, a cuatro columnas, con una foto del lugar en el que se había producido, y otra, más pequeña, con el rostro de la persona que había fallecido. Era un hombre que debía de tener unos treinta años, un hombre de rostro alargado y pelo intensamente negro, que me miraba con expresión seria desde aquella página que ya amarilleaba por el paso del tiempo. Un hombre en todo idéntico al desconocido que la noche anterior nos había relatado aquella intensa e inquietante historia de amor y de fantasmas.

Ríos de la memoria

Ríos de la memoria tan amargos.

ANTONIO MARTÍNEZ SARRIÓN.

Después de dejar atrás una carretera estrecha y llena de curvas, el coche encaró el final de la cuesta e inició el camino de descenso. Fue entonces cuando María pudo ver de nuevo los paisajes que había guardado durante tantos años en su memoria: el valle que se abría en un mosaico de fincas de colores diversos, prolongándose hasta la línea del horizonte, donde ya se adivinaba el mar; el cauce del río, marcado por la línea de alisos que crecían en sus orillas; y el pueblo, allá abajo, con las casas de la parte vieja agrupadas en torno a la iglesia. También habían cambiado algunas cosas, pues eran nuevas para ella las masas de eucaliptos que cubrían toda la ladera del monte y ocupaban también la parte del valle donde antes había prados. Y en el pueblo, siguiendo la orientación que marcaba la carretera principal, había ahora numerosos edificios nuevos, bloques de pisos sin alma que le recordaban los que surgían incesantemente en los barrios periféricos de su ciudad.

A pesar de los cambios, el espacio que tenía ante sus ojos era el mismo que guardaba en la memoria. Sintió que la invadía una excitación casi infantil, un deseo repentino de salir del coche y echar a correr monte abajo, como alguna vez había hecho en aquellos años de niña que quedaban ya tan atrás.

Refrenó el impulso de expresar en voz alta su alegría, de contarle a su marido las emociones que la inundaban por dentro. Ya le había costado tiempo convencerlo de que se desviasen hasta allí, de que no importaba llegar a Bilbao al atardecer o por la noche, que tenían tiempo de sobra y el Guggenheim no se iba a mover del sitio… Él había aceptado de mala gana abandonar la comodidad de la autovía para desviarse por una carretera que, a pesar de la ampliación que le habían hecho en algunos tramos, seguía siendo la misma que María recordaba. Sabía perfectamente que lo hacía sólo por cumplirle el capricho; una concesión que, estaba segura, no iba a perder la oportunidad de echarle en cara más adelante. Su marido no entendía, ni le interesaba, el deseo de volver a aquel pueblo apartado de las rutas habituales, uno de esos lugares perdidos que la gente no visita porque no hay en ellos nada especial que incite a hacerlo.

También María se había sorprendido cuando aquel deseo afloró de modo inesperado en su interior. Había comenzado a sentirlo hacía varios meses, como algo imperceptible que brota sin saber cómo en la memoria; creía que era un síntoma de que se estaba haciendo mayor, de que quizá había llegado a ese momento de la vida en que la

tentación de volver la vista atrás comienza a ser más poderosa que el deseo de hacer planes de futuro. Al principio no le había dado importancia, pero, después, el ansia había ido creciendo hasta acabar por convertirse en una obsesión. Y cuando su marido le habló de hacer el viaje a Bilbao, aceptó entusiasmada. Pasarían cerca del pueblo, era la oportunidad que esperaba. «Fueron seis años de mi vida, de los nueve a los quince; seis años importantes para mí», le había dicho a su marido. «Tan importantes no serían, cuando tus padres nunca te volvieron a llevar allí», le había contestado él.

Era verdad; sus padres nunca habían vuelto al pueblo, e incluso se resistían a mencionar su nombre, como si eliminándolo de las conversaciones lo borraran también de su memoria. Una vez que le había preguntado, su madre le confesó que para ellos aquél había sido sólo un lugar de paso, donde no habían dejado raíz alguna. Pero ahora María experimentaba algo muy distinto, porque en su memoria habían ido surgiendo, como restos que el deshielo deja al descubierto, los recuerdos de aquellos años en que había vivido en el pueblo. Unos recuerdos que habían alimentado en ella la ilusión de regresar, un deseo que por fin estaba a punto de cumplir.

El coche había realizado ya todo el descenso e iniciaba ahora la entrada al pueblo. Estaba cambiado, pero no tanto como para que María no se supiera orientar por aquellas calles estrechas que parecían varadas en una época distante. Su marido la observaba a cada poco, con una expresión entre interrogante e irónica, con ese aire de suficiencia que ella conocía tan bien, y contra el que ya no luchaba, después de tantos años. Llegaron a la plaza mayor, por la que el tiempo parecía no haber pasado, y enfilaron después por una calle algo más ancha. «Para, para, ahí está», dijo María, señalando un edificio que sobresalía entre otras casas más bajas. «Mira, aquí vivíamos nosotros, en el número 85. Pero la casa era como las otras que tenía al lado, debieron de tirarla para hacer este edificio». Ahora hablaba con creciente entusiasmo, se sentía inundada por un torrente de sensaciones que no se dejaban controlar. «Ahí, donde ves todo ese bloque de viviendas, estaba el prado en el que jugábamos los niños. Y algo más allá había un campo, el Campo de la Piedra; lo llamábamos así porque en medio tenía una roca enorme, que salía de la tierra como si fuera el lomo petrificado de un animal prehistórico».

Se calló al darse cuenta de que su marido la oía sin escucharla, ajeno a sus emociones. Sintió pena, nada desearía más que compartir con alguien su entusiasmo, pero sabía que era ridículo pretender eso

de él. «Voy a ir caminando hasta el final de esta calle. ¿Quieres venir conmigo?», preguntó, adivinando ya la respuesta. El marido hizo un gesto casi despectivo y respondió que no, que prefería quedarse en el vehículo. María bajó del coche y se metió por una calle estrecha que nacía en una de las esquinas de la plaza, dejando que su memoria la guiase por aquel laberinto de calles empedradas. Al poco rato, encontró el campo que buscaba. A pesar de los cambios, aquél era el escenario que guardaba en la memoria; ahora había allí un parque, y habían construido un edificio en la parte de arriba, pero habían respetado el enorme peñasco, que parecía una insólita escultura abstracta rodeada de juegos infantiles.

Echó a andar por uno de los caminos que cruzaban el parque. A medida que avanzaba, notaba cómo regresaban recuerdos que creía olvidados. Era como si en aquel espacio estuvieran guardadas las vivencias de los años que había pasado en el pueblo, como si bajo tierra estuviese guardado un gigantesco acumulador de memoria que se ponía en marcha al ritmo de sus pasos.

Se acercó al peñasco y acarició con las manos la áspera superficie, como había hecho tantas veces de niña. Después se sentó en uno de los salientes que tenía la roca y cerró los ojos, dejándose llevar por los recuerdos que acudían irrefrenables a su cabeza. «Todas las experiencias quedan sepultadas en la memoria, todas, esperando el instante en que puedan salir a la superficie». Había sido allí, en aquella misma roca, en donde Carlos le había dado su primer beso. Recordaba ahora aquella noche de San Juan, cuando los dos se alejaron del bullicio de la hoguera que ardía en la plaza y se fueron a acariciar al amparo de la roca. Volvió a sentir el calor de los labios de Carlos al posarse en los suyos, las sensaciones que le habían provocado aquellas manos explorando tímidas su cuerpo, acariciando unos pechos entonces apenas insinuados. Carlos, ¿qué habría sido de él? Nunca más lo había vuelto a ver, sus cartas habían dejado de llegarle al poco tiempo de marcharse; era normal que cada uno continuara con su vida, lo suyo no había sido más que un amor adolescente, una especie de aprendizaje sentimental. ¿O estaba equivocada y había sido, quizá, el único amor verdadero de su vida?

Sintió una punzada de nostalgia que no era capaz de explicar, nunca le había ocurrido nada semejante. Se acordó de la tarde en que le dijo a Carlos que se marchaban del pueblo; trasladaban a sus padres y se mudaban para A Coruña. Una tarde triste. Aquel día habían ido hasta el riachuelo, agarrados de la mano, y Carlos le había regalado una flor azul que había arrancado en la orilla, una flor silvestre que ella había agradecido como si fuera el ramo de rosas más hermoso.

Era la misma que todavía guardaba entre las páginas de *La perla*, el libro de John Steimbeck que él le había regalado el día de su santo. Una flor reseca, después de tantos años, tan mustia como la memoria de aquel amor.

Se levantó y, de una manera casi inconsciente, intentó repetir los movimientos que los dos habían hecho aquella tarde. Buscó el riachuelo; tendría que estar a su derecha, pero a aquel lado no había nada. Miró a su alrededor, desconcertada al comprobar que no encontraba riachuelo alguno.

Un hombre joven atravesaba el parque, con la prisa dibujada en su rostro. María lo paró y, después de un intercambio de frases rutinarias, le hizo la pregunta que la inquietaba: «¿No había un riachuelo por aquí?». El hombre se quedó unos segundos en silencio, tal vez sorprendido por aquella cuestión inesperada. «Sí, lo había, el regato que baja de la colina», contestó por fin.

«Sigue estando, pero ahora va por debajo del parque. Lo canalizaron cuando hicieron la Casa de la Cultura».

El hombre se marchó, y María permaneció de pie durante unos minutos, sin saber bien qué hacer. Después retrocedió por el mismo camino y volvió hasta el coche, su marido ya tenía que estar cansado de esperarla. Abrió la puerta y se acomodó en el asiento, con movimientos mecánicos. El marido abandonó el periódico de color salmón y puso en marcha el vehículo, sin decir nada. También ella permaneció en silencio, mientras miraba cómo atravesaban el pueblo y dejaban atrás las últimas casas. Unas lágrimas inesperadas se asomaron a sus ojos. «¿Te pasa algo?», preguntó el marido. «Nada», le contestó ella. «Es el frío, ya sabes que siempre hace que me lloren los ojos». El marido pareció dar por válida la respuesta y se concentró en la conducción, intentando recuperar el tiempo perdido a causa de aquel desvío inoportuno. Ella también se calló, confesar lo que sentía no serviría más que para empeorar las cosas.

Atrás quedaba su infancia, ahogada sin remedio en el río del tiempo. Ahora comprendía que siempre dejamos una parte de nuestra vida en los lugares donde vivimos, abandonada en ellos como esos jirones de niebla que quedan enganchados entre las ramas de los árboles cuando abre el día y la bruma desaparece. Y sentía que también en su interior corría un río subterráneo, un río canalizado y oculto como el regato del Campo de la Piedra. Un cauce de frío y sólido cemento, destinado a acoger todas las ilusiones que el tiempo se había ido encargando de destruir.

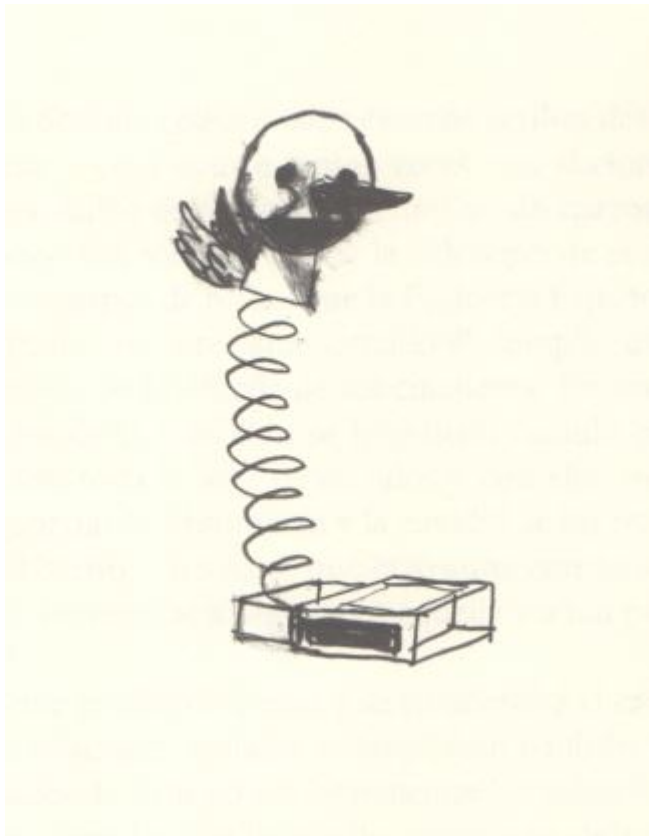
La interrumpió la voz de su marido, que hablaba de buscar algún lugar para comer, y de las horas de viaje que aún tenían por delante.

María hizo un esfuerzo por contener las lágrimas y volver a la realidad. Miró su reloj y esbozó una sonrisa; luego, haciendo como si calculase las horas, le contestó que no se preocupase, que tenían tiempo de sobra y que, con toda seguridad, antes de la caída de la noche llegarían a Bilbao.

Elogio de la filatelia

Me acuerdo de que empecé a coleccionar
cajas de cerillas y paquetes de tabaco.

GEORGES PEREC: *Me acuerdo*.



Ernesto Soutelo coleccionaba cajas de cerillas desde su infancia. Como ocurre tantas veces con aficiones semejantes, había comenzado a reunirlas sin mayores aspiraciones, tan sólo por juntar la colección de escudos de los equipos de fútbol que la Fosforera Española había lanzado como reclamo cuando él cumplió diez años, a finales de la década de los cincuenta. En realidad, la idea de la colección se le ocurrió cuando por fin completó toda la serie de escudos y, con ella, consiguió despertar la admiración y la envidia de los otros chicos del barrio. Un suceso que hizo aumentar su autoestima y lo impulsó a seguir por aquella vía tan prometedora.

Conforme pasaban los años y se ensanchaba el campo de sus relaciones sociales, se ampliaban también las posibilidades de Ernesto de incrementar su colección. Eran tiempos en los que las cerillas tenían una utilidad muy relevante, tanto en los hogares como para los fumadores, y nadie podía suponer que su importancia decaería hasta llegar a la función residual que cumplen en nuestros días.

Cuando se casó con Margarita Vilar, el día de Reyes de 1979, la colección de Ernesto ya había alcanzado un volumen considerable. Era difícil no sentirse fascinado ante la variedad que había conseguido reunir: cajas de madera y de los más variados tipos de cartón, cajitas de diseño elegante y estilizado junto a otras más bastas y rudimentarias, cerilleras de colores discretos o decoradas con imágenes llamativas, con textos familiares o con palabras en idiomas exóticos y desconocidos. Tras su boda, Ernesto inició una intensa correspondencia con los miembros de una red de coleccionistas desperdigados por diferentes países del mundo, que se intercambiaban los más raros ejemplares de las preciadas cajitas. La colección crecía y crecía, al tiempo que lo hacía también el interés y el orgullo de su dueño.

Durante los primeros años de vida en común, Margarita había observado con simpatía y curiosidad aquella colección inofensiva. Incluso era ella quien, cuando recibían la visita de alguna pareja amiga, le sugería a su marido que se la mostrase, dando pie así a sesiones en las que Ernesto podía exhibir toda la sabiduría acumulada sobre un tema tan original.

El paso del tiempo no enfrió el entusiasmo de Ernesto, pero sí el de su mujer, que, año tras año, fue viendo cómo crecía en su interior la aversión por aquellas cajas que no hacían más que aumentar en número, ocupando cada vez un espacio mayor en un piso que ya era

pequeño por naturaleza. Una tarde, después de una discusión tan amarga que ella misma se había sorprendido, consiguió que la colección pasase a ocupar el armario de pared del pasillo, liberando así la parte inferior del chinero de la sala que había ocupado hasta entonces. El destierro a la oscuridad del pasillo significó también, de algún modo, la marginación de las cajas de la vida familiar. Desde aquel día, Ernesto no volvió a hacer referencia alguna a su colección y sólo se atrevía a sacarla cuando su mujer se ausentaba de casa.

Ernesto Soutelo murió de un infarto a los 59 años, cuando los primeros fríos del otoño comenzaban a apoderarse de las calles de la ciudad. La colección, interrumpida desde la tarde de la disputa, contaba entonces con mil trescientas cuarenta y seis cajitas. Pasadas las primeras semanas de obligado dolor, Margarita decidió que había llegado el momento de adaptar el piso a las nuevas circunstancias. Las vacaciones de Navidad le trajeron los días de descanso que necesitaba para animarse a vaciar y a reordenar los armarios y los chineros de la casa.

Una tarde, reunió todas las cajitas que pacientemente había ido coleccionando su marido y se dispuso a quemarlas en la chimenea de la sala. «Qué ocurrencia, coleccionar esta tontería», pensó. «Si fueran sellos, todavía se podrían vender bien y sacar algún dinero por ellos. Pero ¡quién quiere cajas de cerillas vacías!». Mientras las echaba a puñados al fuego, avivado de pronto por aquel inesperado combustible, Margarita repasó de una manera fugaz su vida con Ernesto. «¡Casi veinticinco años juntos! Era un buen hombre, sí, pero no tenía mucha disposición. Si bien se mira, ¡cuántas manías le he aguantado!».

Las cajas se fueron consumiendo una a una, mientras la chimenea se llenaba de llamas alegres y fugaces. Y, como no es más que un tipo especial de carbono, también ardió el magnífico diamante de

veinticuatro quilates engarzado en el anillo de oro blanco que Ernesto había guardado en una de las cajas poco antes de morir, con la ilusión de darle una sorpresa a su mujer en las próximas bodas de plata, en recuerdo de las felices dos décadas y media que habían vivido juntos.

Una foto en la calle

Es el azar quien gobierna el mundo.

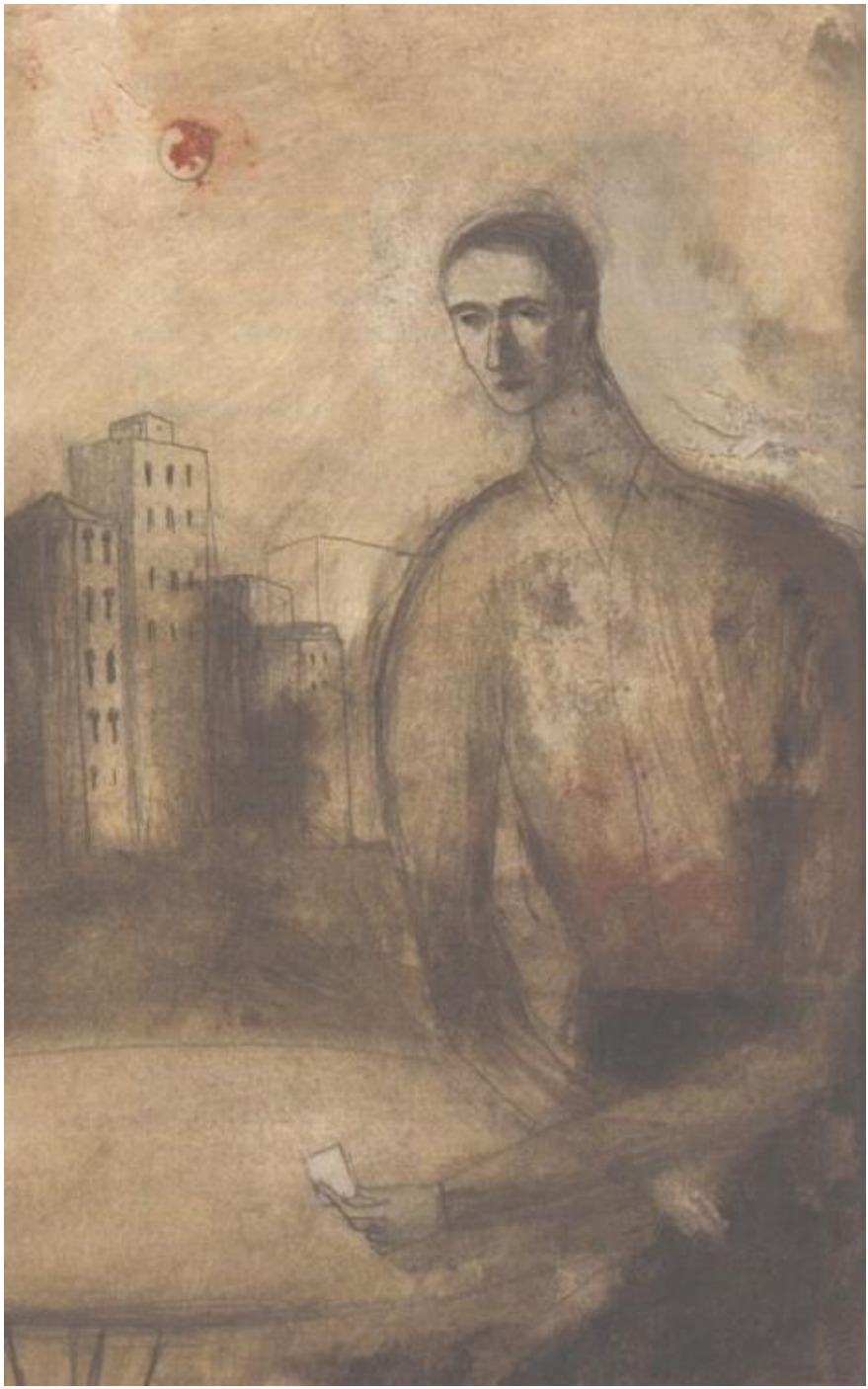
PAUL AUSTER: *La noche del oráculo*.

Daniel encontró la primera foto un lunes del mes de julio, poco antes del mediodía. Estaba tirada en la acera, frente al edificio del Rectorado, y la vio de casualidad. Al agacharse a recoger aquel pequeño papel rectangular, comprobó que, tal como había intuido en un primer momento, se trataba de una foto de carné. Y fue entonces, parado en medio de la acera, cuando experimentó un intenso estremecimiento interior que aceleró de súbito los latidos de su corazón. Se sintió como si de repente lo trasladaran a otro lugar donde la realidad se borraba y desaparecían las personas que caminaban a su alrededor, como si sólo existieran él y el trozo de cartulina que concentraba su mirada. Si en algún lugar existía una mujer que pudiera ser la encarnación de lo que para él era la belleza, tenía su imagen sobre la palma de la mano. La foto sólo reproducía la cabeza y una parte mínima del torso de la mujer retratada, porque aparecía cortada un poco más abajo de las clavículas, justo donde se insinuaba el nacimiento de los pechos. Pero a Daniel le daba igual que la foto limitase la imagen de aquel modo, no necesitaba ver más para sentirse fascinado por el rostro que estaba contemplando. ¿Cómo olvidar la intensidad con la que lo miraban aquellos ojos?

Entró en una cafetería próxima y se sentó en una de las mesas libres, todavía conmocionado por la impresión que acababa de experimentar. Pidió un café con leche y, cuando el camarero se alejó y volvió a su lugar detrás de la barra, abrió la palma de la mano, que había mantenido cerrada hasta entonces, y contempló la foto de nuevo. Volvió a sentir el delicioso estremecimiento, quizá más intenso que el anterior, y se quedó admirado ante la belleza que le sonreía desde la imagen. Porque era una sonrisa, sí, aunque tan tenue que había que fijarse bien para percibirla. No estaba en la boca, de labios finos, que había permanecido casi cerrada mientras la cámara la retrataba. No, la sonrisa estaba en los ojos, en aquellos ojos grandes y vivos, del color de la miel; había en ellos una especie de brillo irónico, o burlón, que era lo que transmitía la sensación de que aquella mujer estaba sonriendo.

Eran esos ojos los que más atraían a Daniel, aunque el óvalo de la cara, enmarcado por el pelo castaño cortado a la altura del cuello, en una media melena recta, también le parecía perfecto. Había leído hacía tiempo algunos artículos que hablaban de la importancia que en una fotografía tiene la mirada de quien la hace, los ojos que acotan la realidad y escogen el momento idóneo para inmortalizarla. Pero, en

este caso, se trataba de un retrato de carné, realizado de manera rutinaria por cualquier fotógrafo ajeno a la sensibilidad artística; o, tal vez, había sido el alma mecánica de una máquina automática la que había fijado en el papel tanta belleza. Una confirmación, en cualquier caso, de que aquella mujer debía de ser aún mucho más maravillosa en la realidad.



Después de pasar bastantes minutos contemplándola mientras el café se enfriaba, ajeno a su pasión, Daniel se dio cuenta de que la foto tenía un nombre escrito por detrás: Diana. Pero no había nada más: ni

los apellidos, ni un teléfono, ni una dirección. Tan sólo el nombre, Diana; unas cuantas letras que le otorgaban una dimensión nueva al retrato que Daniel no podía dejar de mirar. Porque aquel nombre era una rotunda confirmación de su existencia, de que no estaba contemplando una imagen distante e inalcanzable como las de las revistas. Aquella Diana era real y próxima, era alguien que había perdido la foto que él había tenido la suerte de encontrar. Y eso quería decir que, en aquel mismo momento, ella estaría en algún lugar de la ciudad, paseando, leyendo, desayunando, soñando… Era real, tan real como él. Y, por lo tanto, existía también la posibilidad de encontrarla, de conocerla y, si todo iba bien, de iniciar con ella una relación.

Aquel pensamiento se le presentó con tanta claridad que, por unos instantes, se sintió mareado, como si la cabeza le diera vueltas y perdiera la noción de donde estaba. Cuando reaccionó a aquel fugaz estupor, ya había tomado una decisión: encontraría a aquella Diana que acababa de irrumpir en su vida de manera tan extraordinaria. No podía ser difícil, Vigo tampoco era una ciudad tan grande. La encontraría y le devolvería la foto, y le contaría después los rodeos que había tenido que dar hasta encontrarla; eso sería, seguro, un pretexto excelente para comenzar su relación. Una relación que sólo podría ir bien, cada día mejor, porque algo le decía a Daniel que todo aquello no podía ser fruto de la casualidad. De sobra sabía que la vida de las personas está hecha de azares que pueden cambiar nuestra existencia en un momento. Pues bien, allí tenía él el golpe de azar que, quizá sin saberlo, llevaba meses esperando. Su soledad, que duraba ya más tiempo del que hubiese deseado, estaba a punto de acabar. En cierto modo, ya había terminado, porque la aparición de la foto era, sin duda, el primer paso, el prólogo de una relación que imaginaba repleta de alegrías.

Ya más calmado, convencido de que tomaba la decisión correcta, comenzó a pensar en una estrategia para buscarla. Había encontrado la foto en la acera, cerca de las dependencias del Rectorado, un dato que lo ponía tras una pista segura. Aquellos días los estudiantes estaban matriculándose para el próximo curso en la universidad, se había fijado en las largas colas que se habían formado en la acera la semana pasada, incluso había salido una fotografía en el *Faro de Vigo*. Diana seguramente era una estudiante de los últimos años, su rostro indicaba que ya había dejado atrás la adolescencia. Al ir a matricularse, lo más probable era que se le hubiese caído una de las fotos necesarias para hacerlo, la misma que el azar había encaminado hasta sus manos.

Con aire resuelto, salió de la cafetería y entró en el Rectorado. A

aquella hora apenas había cola, sólo cuatro o cinco chicas que no paraban de bromear. Esperó pacientemente su turno y, cuando le tocó la vez, le mostró la foto a la funcionaria que atendía al público. Le explicó que esperaba a una amiga que tenía que venir a matricularse, y que quería saber si ya había pasado aquella mañana por allí. La funcionaría, tras mirar la foto que Daniel le puso delante, le contestó que no recordaba haberla visto. Él insistió: quizá había venido antes y la había atendido otra persona de la oficina; ¿por qué no preguntaba a sus compañeras? La funcionaría, paciente, se levantó y enseñó la foto a las otras personas que trabajaban en las mesas próximas. Miraban la foto y luego lo miraban a él, pero todas negaban con la cabeza. Finalmente, la mujer le devolvió el retrato y le sugirió que quizá su amiga aún no había llegado; las oficinas estaban abiertas hasta las dos, sería mejor que la esperase fuera.

Frustrado por aquel primer fracaso, Daniel salió del edificio y echó a andar por los soportales de la calle Rosalía de Castro, sin saber bien adonde dirigirse. Todo el entusiasmo que había sentido desapareció de golpe, como si el camino abierto por la foto acabara en una pared de hormigón. Torció por Velázquez Moreno y subió calle arriba, hasta llegar a la altura de la Casa del Libro. Se paró un momento a contemplar las novedades expuestas en los escaparates, aunque casi todas eran *best sellers* que no le interesaban nada. A su lado se detuvo una señora mayor que llevaba un *cocker* de color marrón. Daniel se separó un poco, pues el perro enseguida se puso a olerle el pantalón con una insistencia desmedida. Y fue al bajar la vista cuando se dio cuenta de que, cerca de sus zapatos, había tirada otra foto de carné. Se agachó y la recogió, con una repentina emoción. Cuando la miró, tuvo que apoyarse en la pared y respirar varias veces hasta que consiguió recuperar la calma necesaria para convencerse de que no era una alucinación. Allí estaba Diana otra vez: allí la tenía, en la palma de la mano, mirándolo con la sonrisa irónica que ya conocía tan bien. La misma foto y el mismo nombre, escrito con igual caligrafía por la parte de atrás.

¿Cómo era posible? ¿Se le pueden caer dos fotos a una persona en la misma mañana? ¿Y cómo era que nadie se había fijado en ellas antes? ¿Por qué habían ido a parar precisamente a sus manos? De nuevo se presentó ante él la imagen del azar, un azar que parecía empeñado en otorgarle una segunda oportunidad. Sin pensarlo dos veces, entró en la librería y le preguntó a la cajera si la persona de la foto había pasado por allí en algún momento de la mañana. Recibió una respuesta vaga, pues la empleada no era capaz de decirle sí o no. Y lo mismo le sucedió con las otras dos dependientas que estaban

entre las estanterías. ¡Entraba y salía siempre tanta gente!

Cuando se marchó de la librería, la idea de encontrar a Diana era ya una obsesión para él, sentía que no podía dejar que se le escapase una oportunidad como aquélla. ¿Cómo encontrar una pista que le permitiera avanzar? Fue entonces cuando se acordó de Ángel, uno de sus mejores amigos en los años de instituto. Sabía que ahora trabajaba en los servicios informáticos de la universidad, seguro que él podía hacer la gestión que se le acababa de ocurrir. Por suerte, conservaba su teléfono en la agenda. Lo llamó inmediatamente. Tras los inevitables saludos y lugares comunes, pues hacía tiempo que no se veían, Daniel pasó a explicarle el motivo de su llamada:

—Verás, es que hay una chica que se ha matriculado hoy en la universidad, o quizá a finales de la semana pasada. Necesito saber cómo localizarla: un teléfono, su dirección, el correo electrónico, me da igual. Pero sólo sé que se llama Diana. —Como su amigo no decía nada, seguramente sorprendido ante una petición tan insólita, añadió —: Seguro que tú tienes acceso a las bases de datos de la universidad, te será muy fácil saber cuántas Dianas se han matriculado estos días. Tienen que ser pocas, no es un nombre muy común.

Al principio, su amigo Ángel opuso una débil resistencia. Que si la confidencialidad de los datos personales, que si las dificultades para acceder a los listados actualizados… Daniel empleó toda su labia, y no le hizo falta insistir mucho para convencerlo. Quedaron en que se verían por la tarde en la cafetería Van Gogh, y así de paso tomaban unas cervezas para celebrar el reencuentro.

A las siete, Daniel ya estaba sentado en una de las mesas de la terraza del Van Gogh, que a aquella hora aún no se había llenado de gente. Su amigo no tardó nada en llegar. El tiempo y el trabajo los habían distanciado sin que ellos lo desearan, así que los dos se sentían alegres con aquel reencuentro. Se saludaron con efusividad, recordaron viejas anécdotas de los años en el instituto, hablaron de sus respectivos trabajos… Daniel estaba ansioso por conocer la información que Ángel le traía, así que, a la primera ocasión, le pidió que se la mostrase.

—Aquí tienes a tus Dianas. —Ángel le entregó unos folios doblados que sacó del bolsillo—. He mirado en todas las facultades, desde primero hasta los cursos de doctorado. Lo de si son muchas o pocas, depende de cómo se mire: en total, creo que salen veintitrés Dianas.

Nada más verse con las hojas en su poder, Daniel esperó impaciente el momento de acabar la reunión. A eso de las ocho, pretextó que tenía una cita algo más tarde, que no podía faltar. Ángel no puso objeción a marcharse, también él tenía que ocuparse aún de

algunos asuntos. Se despidieron con vagas promesas de volver a encontrarse y luego cada uno se fue por su lado.

Ya en su casa, Daniel examinó la lista. Veintitrés personas en total, tampoco eran tantas. Decidió eliminar a las siete Dianas que se habían matriculado en primero, a la fuerza tendrían que ser más jóvenes que la chica de la foto, pero no se atrevió a descartar las de ningún curso más. Y después comenzó a idear una estrategia para ponerse en contacto con las dieciséis restantes.

Como Ángel sólo le había facilitado las direcciones, elaboró un nuevo listado con los nombres, agrupándolos por la proximidad de sus domicilios, y después diseñó cuatro itinerarios que recogían todas las calles que aparecían en la lista.

Al día siguiente, se vistió con una ropa más formal, buscó la cartera de cuero que había heredado de su padre y se lanzó a recorrer el primer itinerario. Su intención inicial había sido la de adoptar el papel de vendedor, pero pronto la descartó; sabía que la gente no los veía con buenos ojos y solía cerrarles la puerta en las narices. Al final, decidió hacerse pasar por empleado de una empresa de sondeos que elaboraba un estudio entre el alumnado universitario. La noche anterior había preparado en el ordenador unos folletos con unas preguntas generales que le servirían de cortina de humo para sus verdaderos propósitos, así como unas tarjetas de una imaginaria «Consultora Siglo XXI», que imprimió en una cartulina de color crema.

La primera de la lista era Diana Soutelo Lamas, matriculada en 3.º de Ingeniería Electrónica. Vivía en la calle Venezuela, en un edificio que debía de tener más de treinta años. El portal era amplio, con las paredes recubiertas con láminas de madera oscura, y estaba decorado con grandes fotos de la ciudad en blanco y negro. El ascensor, estrecho y ruidoso, lo llevó hasta el quinto piso. Se sentía como si estuviera representando una escena que ya había visto un montón de veces en la pantalla. En las películas nunca se acertaba a la primera, pero Daniel sabía que la vida real no tenía por qué ser como la reflejada en el cine. Quizá allí, detrás de la primera puerta, se encontraba la mujer que había cautivado su corazón.

Le abrió una señora mayor, tan gorda que debía de tener dificultades para entrar en las habitaciones, a no ser que en aquella casa las puertas fueran de un ancho especial. Lo miraba con desconfianza, ocupando todo el espacio que dejaba la puerta entreabierta.

—Buenos días, me gustaría hablar con Diana —saludó Daniel,

procurando aparentar un aire profesional.

—Diana soy yo —contestó la mujer, con un tono seco.

—Verá, yo con quien deseo hablar es con Diana Soutelo —insistió. Aquella señora tenía que ser algún familiar, quizá se trataba de la madre de la chica.

—Es mi hija —contestó la mujer. Después añadió, recelosa—: ¿Y qué es lo que quiere?

—Estoy haciendo una encuesta promovida por la Universidad de Vigo. Desean conocer los hábitos de consumo informático del alumnado universitario. Ya sabe: internet, correo electrónico, chats…

—¿Una encuesta? También decía lo mismo otro hombre que pasó por aquí la semana pasada. Y lo que quería con tanta encuesta era vendernos una enciclopedia que costaba un ojo de la cara. ¿No vendrá usted con la misma historia?

—Yo no vendo nada, señora. ¿Acaso tengo yo pinta de vendedor de enciclopedias? Ya le he dicho que estoy realizando una encuesta y que necesito hacerle unas preguntas a su hija.

La mujer, tras mirarlo de arriba abajo, le pidió que esperase y cerró la puerta. Cuando se volvió a abrir, ante Daniel apareció una chica joven, con el pelo recogido en una coleta. Llevaba una camiseta rosa de tirantes y un pantalón vaquero ya muy gastado. Le pareció atractiva, sí, pero nada tenía que ver con la persona que él estaba buscando. Aunque no pudo evitar la desilusión, Daniel utilizó la estrategia que había ideado para un caso así. Tras preguntarle por los estudios que realizaba, le hizo una batería de preguntas tan comunes como fácilmente olvidables. La chica tenía muchas más ganas de hablar que él, así que se limitó a escucharla y a hacer como que anotaba las respuestas correspondientes a sus comentarios. Diez minutos después, estaba otra vez en la calle. Tachó el primer nombre de la lista y se dispuso a continuar su búsqueda.

Aquel día no tuvo suerte en ninguna de sus visitas, y ésta también le fue esquiva en los días siguientes. Algunas de las chicas se mostraban maleducadas con él; otras, antipáticas; la mayoría, indiferentes. Y lo que era peor: ninguna de las Dianas que fue conociendo se parecía en nada a la de la foto. Había tres que estaban ausentes de su domicilio; por un tiempo, le hicieron albergar alguna esperanza, pero pronto quedaron también descartadas: una de ellas llevaba dos semanas en la aldea; otra estaba pasando el verano en Galway para practicar su inglés; la tercera había ingresado en el hospital hacía varios días por un problema de apendicitis. Ninguna de ellas podía ser la mujer que había perdido las fotos delante del Rectorado y de la librería.

La búsqueda que había iniciado con tanta ilusión ya no daba más de sí. Le costó tres días superar la depresión que lo tuvo encerrado en su domicilio, contemplando una y otra vez las fotos de aquella mujer que ya sentía tan próxima a él como si la conociera desde siempre. Finalmente, decidió que nada arreglaba recluyéndose en casa, que la única solución pasaba por buscarla en el laberinto de la ciudad: en las calles, en los parques, en las cafeterías, en los comercios, en los cines… ¿Quién sabía si las fotos no eran su hilo de Ariadna? Si el azar las había puesto a su alcance, nada le impedía pensar que podría cruzarse con aquella mujer en cualquier momento.

El día que reanudó su búsqueda por la ciudad tropezó con una tercera foto. Fue a media tarde, en el espigón del puerto. Se había acercado hasta allí cansado de tanto caminar; deseaba sentir la brisa del mar en la cara y contemplar el batir insistente de las olas, que aquel día eran más grandes de lo habitual. Cuando se sentó a descansar en un bloque de granito, se fijó en lo que quizá sólo él podía ver: a sus pies, mezclado en el suelo con tierra y restos de algas secas, había un pequeño trozo de cartulina que cogió con una súbita emoción. Al darle la vuelta, sintió un fugaz vértigo. Sí, allí estaba otra vez la imagen de Diana, allí estaba una tercera foto que debía de llevar tirada ya varios días, pues aparecía manchada y muy descolorida por el sol. Pero era ella, sin duda, y por detrás también figuraba el nombre, aunque se encontraba tan sucia que apenas se distinguían ya las letras.

¡Aquélla era la señal definitiva, no podía tratarse de otra cosa! Era la confirmación de su futuro, el azar no puede ser tan persistente. Aquella mujer y él estaban destinados a encontrarse, ahora tenía una seguridad absoluta. Aunque fuera una persona entre trescientas mil, encontrarla no sería imposible. Sólo había que recorrer las calles una y otra vez, no detenerse hasta tropezar con la mujer que su corazón ya había elegido para siempre.

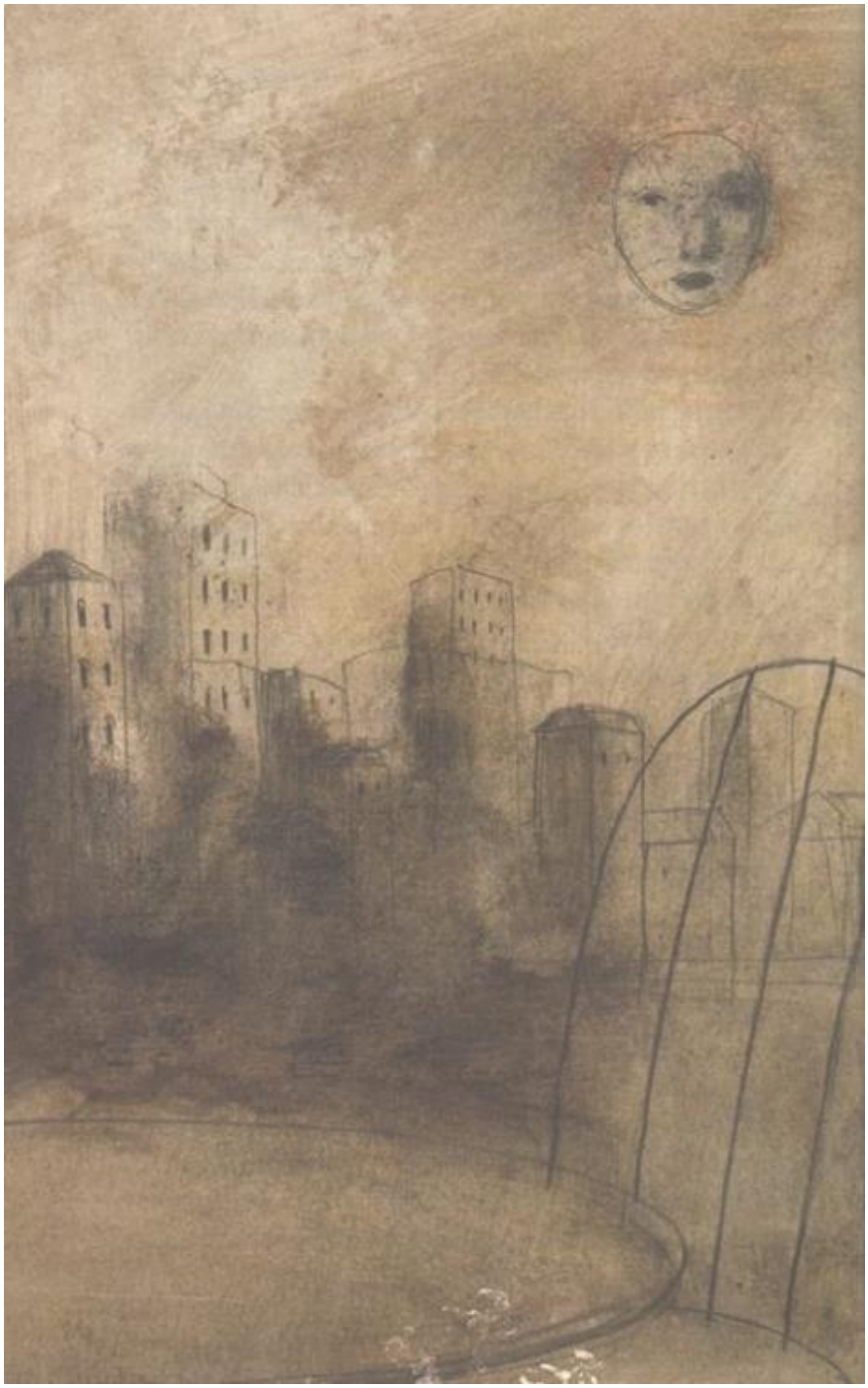
Y así, un día tras otro, Daniel recorrió incansable las calles de la ciudad, observando con ilusión y esperanza a cada una de las mujeres con las que se cruzaba. A veces había alguna que se parecía mucho a la Diana de sus sueños, y cuando la descubría en la distancia, todo se alborotaba en su interior; pero luego pasaba a su lado y la desilusión lo cubría como una negra nube de tristeza.

Únicamente se dio por vencido cuando ya había empleado más de un mes en aquella búsqueda obsesiva. El quince de agosto, contemplando las calles de la ciudad vacías por el día festivo, decidió que había llegado el momento de aceptar la realidad, el momento de reconocer que el azar también puede ser cruel y arrebatarnos ese hilo

de ilusión con el que, a veces, intentamos mantener encendida la luz de nuestra vida.

Antes de subir al vagón, Diana tiró en el andén la última foto. Nadie más que ella se fijó en aquel rectángulo de cartulina perdido en el cemento, cubierto enseguida por una primera pisada que apagó su brillo inicial. A aquella pisada le sucederían otras más, pues el tren estaba a punto de salir y era mucha la gente que iba y venía por la estación. Allí se quedaba su último retrato; quizá alguien reparase en él dentro de algunas horas, o varios días más tarde. O, tal vez, no lo encontraba nunca nadie y acababa mezclado con todas las barreduras que un empleado recogería al día siguiente y que, una vez compactadas con otros residuos, arderían en la incineradora más próxima. Preferiría que acabase en manos de alguien, claro que sí, pero tampoco le desagradaba imaginarla convertida en un poco de ceniza y de humo. De cualquier manera, el rito ya estaba cumplido.

Desde que la lotería había sido anormalmente generosa con ella y le había permitido abandonar para siempre el trabajo rutinario de la oficina, Diana gastaba buena parte de su tiempo en viajar, pues siempre había sido su mayor ilusión. Le gustaba hacerlo sola, fuera de los circuitos turísticos que había frecuentado al principio y que sólo le mostraban lugares tópicos y sin alma. Solía quedarse durante una o dos semanas en la ciudad elegida, sumergiéndose en la vida que bullía por sus calles y plazas. Le encantaba asistir a fiestas y conciertos, observar a la gente y hablar con ella, caminar por los lugares concurridos y también por los más solitarios. Siempre en busca del alma secreta que toda ciudad guarda.



Había sido en su primer viaje, en Florencia, donde había tomado la decisión de dejar abandonadas ocho fotos suyas en distintos lugares de cada ciudad que visitaba. Una al llegar y otra al marcharse, ésas eran

obligadas. Las restantes, las dejaba caer en aquellos lugares donde, por alguna razón, la alegría de vivir se le manifestaba con especial intensidad. Visto desde fuera se trataba de una práctica ridícula, era consciente de eso. Como una *performance* particular, de la que ella era la única autora y, también, espectadora solitaria, pues dudaba de que hubiera algún dios aburrido que se fijase en su idas y venidas desde las alturas. Pero dejar aquellas fotos era para ella un modo de prolongar su estancia, una forma de conseguir que, tras su marcha, algo propio permaneciera en los lugares donde había sido feliz: su rostro y su nombre, lo más personal y auténtico que le podía ofrecer a la ciudad que la había acogido. En el fondo, sabía que no había nada nuevo en su acción, pues era como una versión moderna de los tiempos en que los visitantes grababan sus nombres en las paredes de los monumentos para indicar que un día estuvieron allí. Un ridículo afán de eternizarnos que quizá no podamos evitar.

Mientras el tren se alejaba de la ciudad, Diana comenzó a fantasear con el destino de las fotos que había dejado en esta ocasión. Ocho imágenes en una ciudad inundada de luz y del salitre de las aguas atlánticas. Le gustaba imaginar que otras personas podrían encontrarse con alguna y seguir el juego que ella repetía tantas veces: tejer historias a partir de una cara que descubría en cualquier publicación o que entreveía fugazmente al caminar por la calle. Quizá alguien, en aquel mismo momento, estaba imaginando quién sería aquella Diana que lo miraba desde la foto abandonada. Se trataba de una fantasía inútil, lo sabía, pero no hacía ningún daño dejándose llevar por ella. Nada le impedía soñar con las vidas de las personas que, tal vez, en aquel mismo instante soñaban también otras vidas para ella, como en un juego de espejos que sólo el azar o algún dios ocioso podrían controlar.

Meditación ante el álbum de fotos familiar

El tiempo lo cura todo. ¿Pero qué
ocurre si el tiempo es la enfermedad?

WIN WENDERS: *El cielo sobre Berlín*.

En mi infancia, este pazo era el centro del mundo. Entonces los veranos todavía eran luminosos y eternos, por lo menos para los niños que gozábamos del privilegio de pertenecer a una familia acomodada, y la vida estaba tan llena de sorpresas que cualquier nuevo día era un torrente de emociones. Es cierto que durante nueve meses del año vivíamos en Lugo, pero, a pesar de ser más extenso, el recuerdo que tengo de ese tiempo es uniforme y gris, tan gris como era la propia ciudad en aquellos años, encerrada entre las piedras de la muralla y ahogada por el cielo encapotado o por la niebla fría y húmeda que nacía del río y no nos abandonaba en todo el invierno.

Apenas consigo recordar al niño que fui en los primeros años, cuando mi universo no llegaba más allá de la casa y del colegio de los frailes; a veces pienso que mi verdadera vida comenzó cuando abandoné el colegio e ingresé en el instituto masculino, pues mis recuerdos más nítidos son de aquella época: las horas interminables en las aulas y los pasillos del centro, el trabajo rutinario con los deberes en mi habitación, las escasas horas de juego en los jardines de la plaza, las visitas a la catedral acompañando a mi madre… Y la lluvia; la lluvia que caía sin darnos un respiro, reforzando la sensación opresiva de que cada día era la repetición exacta del anterior. El tiempo parecía estancarse durante el curso y no volvía a correr hasta los primeros días de junio, cuando el final de los exámenes marcaba el inicio de las vacaciones y, con ellas, comenzaban los preparativos para el traslado al paraíso del pazo.

Debe de ser cierto que no sólo el tiempo, sino también el espacio, tienen mucho de subjetivo, porque, mirado con la perspectiva de hoy, resulta ridículo que el viaje desde Lugo hasta aquí me pareciera toda una aventura, cuando ahora no se tarda más de media hora en recorrer los treinta y pocos kilómetros que hay. Pero, entonces, esos kilómetros que separaban la ciudad del paraíso duraban mucho más tiempo y siempre prometían ser tan largos y apasionantes como los viajes por tierras exóticas emprendidos por los protagonistas de las novelas de Verne que devoraba en aquellos años.

Era mi padre quien nos traía en el coche familiar, aunque él volvía después para Lugo a ocuparse de la notaría, que sólo cerraba durante el mes de agosto. Si cierro los ojos, todavía puedo ver el viejo Hispano-Suiza negro, atestado de cajas y maletas. Mi madre ocupaba el otro asiento delantero, mientras que atrás, nos acomodábamos como podíamos mis hermanas gemelas y yo, además de Rosario, la

criada que nos cuidaba en casa a lo largo de todo el año y que también nos acompañaba en los meses de verano.

El pazo está a unos cinco kilómetros de Vilalba, en un lugar que se llama A Revolta. A pesar del abandono irremediable que se adueñó de estas tierras en los últimos años, aún conservan buena parte de la hermosura de otros tiempos. Siguen en pie la mayoría de los castañares y de las robledas en los que tanto jugué; el desastre de los eucaliptos todavía no ha conseguido asentarse aquí, pero ya apenas quedan tierras labradas como antaño, y los cultivos de patatas o de trigo fueron sustituidos por la hierba de los prados o, la mayor parte de las veces, por retamas y codesos, y tojos, y helechos, que se van apoderando de las fincas abandonadas. Y los caminos que tantas veces recorrí aparecen ahora invadidos por las zarzas, que crecen sin control, sin que haya una mano que se preocupe de rozarlas.

Quizá sea difícil comprenderlo desde una mentalidad adulta, pero entonces el pazo me parecía enorme, con tantos pasillos y habitaciones como tenía, algunas de ellas con la puerta siempre cerrada; unos cuartos que yo imaginaba cargados de misterio, como la habitación secreta de Barba Azul, y que me provocaban un temor difuso. Y el jardín y la huerta que hay detrás del edificio eran como un continente que podía explorar durante días y días sin dejar nunca de sorprenderme.

Veníamos aquí porque era donde vivía mamá Laura, mi abuela materna, junto con la tía Carmiña, una hermana de mi madre que seguía soltera. Mi abuelo había muerto cuando yo aún no había cumplido los dos años y no conservo de él más imagen que la recogida en las fotos de familia repartidas por las habitaciones: retratos de fantasmas, pues las personas que aparecían en muchas de ellas ya llevaban tiempo muertas. Mamá Laura estaba gorda como un tonel y vestía siempre con ropa oscura que le hacía parecer más vieja de lo que era; pasaba la mayor parte de las horas sentada en un sillón situado al lado de la galería, desde el que dirigía las tareas de las criadas. La tía Carmina también vestía con colores oscuros, pero no se parecía en nada a la abuela: era alta y delgada, y hacía una vida muy independiente. Conducía su propio coche, lo que por aquel entonces era algo insólito, y en él iba y venía a Vilalba cada día, pues regentaba en el pueblo una farmacia que, más que por necesidad, supongo que atendía por entretenerse y, sobre todo, por huir de un edificio que, ahora que ya sé más de la vida, quizá se había convertido para ella en una prisión.

Además de mi madre y de la tía Carmina, la abuela tenía otros dos hijos, y también ellos acudían con sus familias a pasar las vacaciones

de verano en el pazo. A finales de junio, como nosotros, llegaba la tía Elisa, que vivía en Ferrol desde que se había casado con el tío Adolfo, un comandante de la Marina que parecía estar enemistado con la sonrisa. Con ella, venían mis cuatro primos; mis compañeros de aventuras, sobre todo Violeta, que era unos meses más joven que yo y de quien estuve enamorado hasta muy entrada la adolescencia. Y más tarde, ya en agosto, llegaban también mis tíos de Madrid. El tío Carlos, que desempeñaba un alto cargo en el Ministerio de Industria, y la tía Loreto, de una hermosura que nos fascinaba a todos los niños, y que parecía mirar a su alrededor con una expresión distante y fría, como si siempre estuviera contando los días que faltaban para, con la llegada de septiembre, volver a la capital. Sus dos hijos ya estaban abandonando el territorio de la infancia, pero también se sumaban con frecuencia a nuestros juegos.

Yo creo que el pazo era un paraíso no sólo para mí, sino también para todos mis primos. Niños y niñas formábamos una tribu que, aunque vivía en el mismo edificio que los adultos, se regía por unas reglas y unos horarios autónomos. Unas reglas que nada tenían que ver con las de los mayores, que hacían su vida como si no existiésemos; las criadas eran las que se encargaban de nosotros, aunque sólo para vestirnos o darnos de comer, pues el resto del día vivíamos tan libres y felices como náufragos abandonados en una isla solitaria.

Todos los paraísos tienen fecha de caducidad, aunque en aquel tiempo no lo supiera. Mamá Laura murió en 1970, cuando yo acababa de cumplir veinte años. Y sus hijos decidieron vender las tierras y propiedades, que eran muchas, y repartirse el dinero. Lo único que no se vendió fue el pazo, donde continuó viviendo mi tía Camama hasta su muerte, en las Navidades de hace tres años.

Desde el fallecimiento de la abuela ya nada volvió a ser igual. Ella parecía ser el hilo que unía a los cuatro hermanos, pues el distanciamiento entre ellos comenzó en aquellos años. O, tal vez, ya venía de atrás, y lo único que ocurrió fue que la muerte de mamá Laura supuso también el final de una época que no tenía sentido prolongar. El hecho de vivir en ciudades distintas, los hijos que nos hicimos mayores y teníamos otros intereses… todo ayudó para que la relación fuera decayendo. También se aflojaron los lazos entre nosotros, los primos, pues cada uno fue descubriendo que la vida siempre acaba por complicarse y que, a pesar de la situación acomodada de nuestras familias, los tiempos estaban cambiando y había que construirse un porvenir que se asemejara al de nuestros sueños.

Yo estudié Derecho en Compostela, y después me instalé en A Coruña. Me casé con Berta y nacieron nuestras dos hijas. La vida, cuando menos en el aspecto económico, me ha sido muy favorable; de los otros, mejor no hablar, no es éste el momento de desenterrar las miserias que los años nos reservan a cada uno.

Mi padre murió en 1991, y mi madre, unos meses más tarde. También se fueron muriendo mis tíos a lo largo de la década, como si existiera un acuerdo tácito entre ellos para abandonar este mundo antes de finalizar el siglo XX. La última en dejarnos fue la tía Carmiña, que todavía nos convocaba en el pazo en los últimos días de agosto de cada verano para celebrar las fiestas de San Ramón. Murió en 1999 y nos dejó su herencia a los nueve sobrinos; un legado generoso, todo hay que decirlo, pues la farmacia daba mucho dinero y ella llevó siempre una vida muy austera.

En las reuniones que tuvimos para las *partijas*, yo propuse que el pazo no se vendiera, pues deseaba quedarme con él en propiedad. Ninguno de mis primos se opuso, siempre que les abonase la parte que les correspondería. A mi mujer no le acababa de convencer la idea, pensaba que era enterrar un capital en una inversión improductiva, pero conté con la ayuda inesperada de Rosa, la menor de mis hijas, que parece sentir por el pazo la misma fascinación que yo experimentaba en mi infancia.

Como el edificio estaba un poco deteriorado, decidí hacer obras de restauración, sobre todo en el ala norte, donde había habitaciones que nunca se habían utilizado y que yo ya recordaba cerradas cuando era niño. El arquitecto que diseñó el proyecto me propuso tirar también algunos tabiques interiores, porque varios dormitorios eran demasiado pequeños y no había necesidad de mantenerlos así.

Este otoño, después de vencer múltiples trabas burocráticas, comenzamos por fin las obras. De acuerdo con los nuevos planos, se procedió a derribar aquellas viejas paredes interiores. Entre los tabiques de dos habitaciones pequeñas, en un hueco hábilmente disimulado, los obreros encontraron un esqueleto entero, en un magnífico estado de conservación. Correspondía a un hombre joven, de menos de treinta años, y aquella cámara tan singular había sido construida adrede para albergar el cadáver. Llevaba allí más de medio siglo, según acreditaba el informe del médico forense. Ese informe explicaba también la causa de su muerte con una meticulosidad innecesaria: el cráneo agujereado y la bala que apareció en la base de la calavera eran testigos luminosos para cualquiera de nosotros.

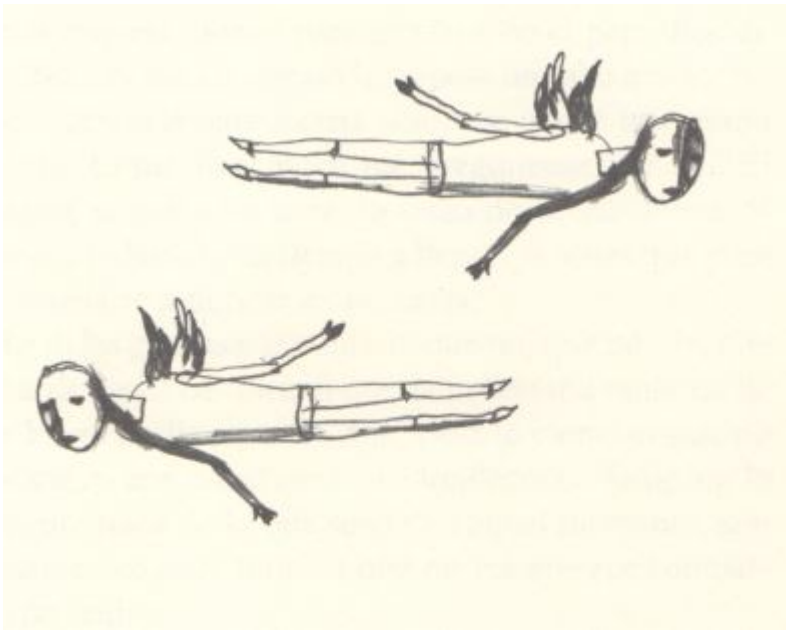
Desde aquel día contemplo el álbum con las antiguas fotos familiares y trato de distinguir, entre tantos rostros que me observan

hieráticos, cuál es el que esconde en sus ojos la mirada del asesino.

Después de tantos años

Dicen
que la vida es
una estrella *fugazzzzz*
que cruza el cielo
en la noche.

CELSO E. FERREIRO:
Donde el mundo se llama Celanova.

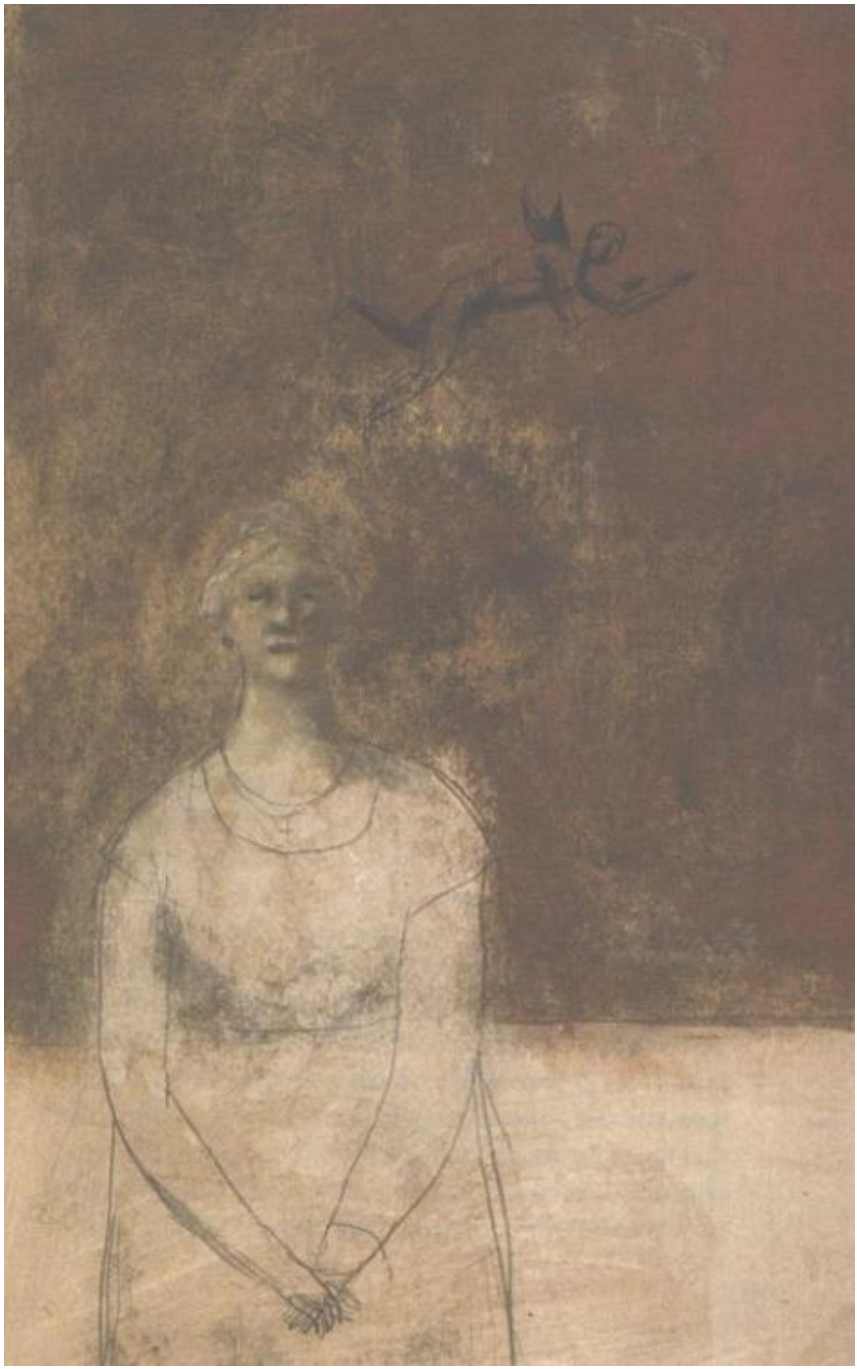


Ayer murió Adrián. Carmen acaba de llamarme por teléfono para darme la noticia. Me dijo que se enteró al leer la esquela, que al parecer viene en el periódico de hoy. No hay día en que no las repase de cabo a rabo, no sé qué gracia le hace leerlas. «Supuse que te interesaría saberlo. Como hace poco me preguntaste por él… El entierro es hoy a las siete, lo traen desde Barcelona. Si quieres, todavía te da tiempo a llegar; ya sabes que puedes quedarte a dormir en mi casa».

Le di las gracias y le contesté que no, que no iría; que ni había coche de línea ni quería molestar a ninguno de mis hijos. A ella no se lo dije, pero lo cierto es que no asistiría ni aunque viviera en Mondoñedo. Tampoco le comenté nada de lo que sentía en aquel momento, son sentimientos muy íntimos que no me apetece compartir con nadie.

Tal vez Carmen tampoco lo entendería. Tendría que explicarle que, a veces, la muerte no trae consigo lágrimas y tristeza. Hay ocasiones en que, tras su paso, lo que nos deja son las imágenes felices que la memoria guardaba como un tesoro ignorado. Qué me importa a mí que la muerte de Adrián se haya producido ayer u otro día cualquiera, si lo aparté de mi vida hace ya tantos años. Lo que de verdad me importa son los recuerdos: es lo que me queda de él, el tesoro que guardo en la memoria, lo único que nadie podrá arrebatarme mientras esté viva.

Mientras esté viva… También yo siento cómo la muerte va segando con su guadaña a mi alrededor, llega un momento en que lo extraño es no pensar en ella. Hace unas semanas hablé de esto con Iria, la mayor de mis nietas. Todo empezó porque ella había leído en un libro que una persona no muere definitivamente mientras alguien la recuerde, que todos seguimos estando vivos de alguna manera en la memoria de los seres que nos han amado. Le había gustado mucho esa idea, supongo que era su modo de decirme cuánto me quería. Ahora pienso que, a lo mejor, no le falta razón a quien haya escrito eso, pues no soy capaz de imaginarme a Adrián muerto. En mi mente permanece tan vivo como aquella noche de otoño en la que lo vi por primera vez.



Conocí a Adrián en Mondoñedo, en las fiestas de San Lucas de 1964. Yo había ido a pasar unos días a casa de mis tíos, como solía

hacer desde niña. Mi prima Carmen y yo éramos de la misma edad, nos lo pasábamos muy bien juntas, y mis padres nunca ponían reparo en dejarme ir. Para mí, que me pasaba el año entero sin salir de Lanzós, excepto para algunos viajes ocasionales a Vilalba o a Lugo, la semana que cada otoño me iba a Mondoñedo era un regalo maravilloso que esperaba con la mayor ilusión.

Cuando se lo cuento a mi nieta, que está tan acostumbrada a que sus padres la lleven a todas partes, siempre me pregunta por qué no viajábamos más. Le cuesta entender cómo era el mundo por aquel entonces, y no me extraña, pues a veces hasta a mí me asombra. ¡A quien se le cuente que de Lanzós a Vilalba no hay ni diez kilómetros! Pero en aquella época parecían mundos alejados, y el pueblo era para nosotros un lugar al que sólo se iba con ocasión de las ferias o si había necesidad urgente de visitar al médico. Así que no tiene nada de raro que yo ansiara tanto ir a Mondoñedo, aunque el viaje en el coche de línea durase tanto tiempo.

Aquel otoño, además, tenía más ganas de ir que nunca; deseaba alejarme de mi casa durante algunos días para poder reflexionar sobre el rumbo que estaba tomando mi vida. Acababa de cumplir veinte años y ya llevaba algunos meses de noviazgo formal con Suso. Suso era de Goiriz y lo conocía desde hacía varios años, pues era familiar de los Louzao y durante las fiestas de la Virgen del Carmen siempre venía invitado a su casa. Ya había hablado otras veces con él, pero cuando intimamos fue en enero, en la fiesta de San Julián. En la verbena estuvimos toda la noche bailando, y después, cuando llegó la hora de marcharse, se ofreció a llevarme a casa en su moto. Me negué, por supuesto. Entonces una chica formal no podía aceptar tal cosa; pero, como a los dos nos había gustado estar juntos, quedamos en vernos en Vilalba en la feria de febrero.

Y fue en Vilalba donde me propuso salir juntos, después de pasarnos buena parte de la tarde paseando arriba y abajo por la calle principal, a la espera de que el cine Villalbés abriera sus puertas. Ponían una de vaqueros que me había gustado mucho, la recuerdo perfectamente, se titulaba *Centauros del desierto*. Suso se mostró muy cariñoso todo el tiempo y yo, halagada por sus atenciones, acabé contestándole que sí. Desde aquel día no hubo semana en que no viniera dos días a verme a mi casa, cuando no eran más. Todos los miércoles y los domingos recorría en su moto el camino de Goiriz a Lanzós, aunque nevara o lloviera a mares. Charlábamos en el patio una o dos horas, siempre en un lugar visible desde la cocina. O, si hacía buen tiempo, dábamos un paseo hasta el atrio de la iglesia y tomábamos un refresco en la taberna. Los días de mucho frío, mi

madre lo invitaba a entrar en casa y le ofrecía un café caliente antes de marcharse.

A mí me hacía ilusión que estuviera tan pendiente de mí, para qué voy a negarlo. Y a mis padres también les gustaba: un chico formal y de buena familia, su casa era de las más ricas de Goiriz. Así que, sin que me diera tiempo a pensar si hacía bien o no, me encontré saliendo con él en serio, comprometida a los ojos de todos. Suso me llevaba cinco años, ya había cumplido el servicio militar y tenía un montón de proyectos para el futuro. Aunque en su familia lo que les sobraba eran tierras, no le atraía nada la vida del campo, le parecía muy esclava. Hablaba de marcharse a Ferrol, como ya había hecho otro pariente suyo. Allí, los astilleros necesitaban gente y pagaban bien; y él sabía de mecánica; siempre le gustó mucho enredar con las máquinas.

Escucharle hablar de aquellos proyectos me asustaba, pues Suso daba por hecho que nos casaríamos y haríamos nuestra vida en Ferrol. Yo sentía vértigo cada vez que salía el tema en la conversación; todo se estaba acelerando más de la cuenta y tenía la impresión de que ya no controlaba mi vida. Por eso me alegró tanto poder marcharme aquellos pocos días a Mondoñedo. Necesitaba alejarme de todo y aclarar mis ideas, entender por qué me daba tanto miedo la idea de casarme. Me apetecía pasarlo bien con Carmen y sus amigas, divertirme de nuevo como la chica joven que todavía era.

A Adrián lo vi por primera vez en la verbena de la alameda. También había baile abajo, en la plaza de la Catedral, pero a Carmen le gustaba más la fiesta de la alameda, se sentía menos controlada. En la plaza, los balcones y las ventanas se llenaban de gente que no perdía detalle de con quién bailabas ni de qué manera, para después poder comentarlo y criticar a los que no se comportaban como debían. La alameda también estaba repleta de gente mayor que no tenía otra ocupación que mirar a las parejas, pero era mucho más grande y había menos luz.

Me fijé en aquel chico desde el mismo instante en que lo vi, para que después digan que no existe el amor a primera vista. Y él tampoco me quitaba ojo, pues siempre encontraba su mirada fija en mí cuando lo observaba. En aquella época, los bailes eran muy distintos a los de ahora, no tenían nada que ver con lo que me cuentan mis nietas. Las chicas bailábamos en pareja y eran los chicos los que nos tenían que venir a sacar, también emparejados. Así, nosotras siempre llevábamos ventaja, pues si no nos gustaban podíamos negarnos y seguir con nuestro baile, mientras esperábamos que se acercasen otros chicos de nuestro agrado.

Adrián actuó con inteligencia, porque nos invitó a bailar formando

pareja con Miguel, un chico que le gustaba mucho a Carmen; supongo que se habrían puesto antes de acuerdo, era demasiada casualidad que de todos los de su pandilla se acercasen ellos dos. Mal podíamos negarnos, a ambas nos gustaba su compañía, así que me separé de Carmen y dejé que él me abrazara para bailar. Tocaban «Dos gardenias», de Antonio Machín; si cierro los ojos, todavía me parece estar escuchándola ahora. Al principio permaneció en silencio, como si toda su atención estuviera centrada en lo que cantaba el vocalista, pero enseguida empezó a hablar y a hacerme las preguntas típicas: cómo te llamas, de dónde eres, qué haces en Mondoñedo, qué te parecen las fiestas de este año… Yo le daba respuestas breves y algo secas, como si me viera obligada a hacerlo, aunque en mi interior me sentía tan nerviosa y feliz que tenía que hacer esfuerzos para que por fuera no se me notase. Me costaba reconocerlo, pues oficialmente tenía novio, pero me sentía muy atraída por aquel chico tan simpático; podría negarlo de palabra, pero mi cuerpo no dejó de proclamarlo durante cada uno de los segundos que duró la canción.

Nos separamos en cuanto terminó la pieza, ésa era la costumbre, y volví a reunirme con Carmen. Encontré a mi prima muy excitada y nerviosa, como si hubiera ocurrido algo trascendental en los escasos minutos que habíamos estado separadas. Me preguntó si me parecía bien que nos quedásemos con ellos dos el resto de la noche; se lo había pedido Miguel mientras bailaban, pero ella no se había comprometido sin saber qué opinaba yo. Le dije que estaba de acuerdo, que mi pareja también me gustaba, así que, cuando un poco más tarde nos sacaron de nuevo, ya bailamos con ellos toda la noche, hasta que llegó la hora de volver a casa.

Y lo mismo hicimos los otros tres días que también hubo verbena. Todo lo que supe de Adrián lo descubrí aquellas noches. Trabajaba en el taller de carpintería que tenía su padre, en Vilanova de Lourenzá. Le encantaba escuchar música y, además, sabía tocar muy bien la guitarra. Tenía tocadiscos, algo que entonces era muy raro, y hablaba mucho de cantantes que conocía gracias a los discos que le traía un pariente emigrado en París. También le apasionaba leer, me dijo que gastaba en libros buena parte del dinero que ganaba. Cuando me preguntó si a mí también me gustaba, yo le respondí que sí, aunque no era cierto. Pero hice bien mintiéndole, porque así se animó a hablarme de ellos; sabía contar con mucha gracia las historias de las novelas que había leído, daba gusto escucharlo.

Yo estaba como en una nube, pocas veces me he sentido tan feliz como en aquellos días. Me encontraba lejos de casa, sin nada que hacer, preocupada sólo por pasarlo bien, contando las horas que

faltaban para la verbena.

Fueron cuatro noches muy bonitas. Una de esas experiencia que te permiten vislumbrar que puede haber algo mejor detrás de la vida rutinaria de todos los días.

Regresé a Lanzós con más pena que ningún otro año, resignada a dejar que el paso de las semanas ahogase aquel bonito sueño que había comenzado a brotar durante mi estancia en Mondoñedo. Pero no ocurrió así, porque, a los pocos días, recibí un paquete en casa. Era el primero que me enviaban en mi vida; en aquella época recibir cartas ya era un acontecimiento, cuanto más un paquete. Y venía a mi nombre, Elvira Campos Graña, allí lo ponía bien claro. Mi extrañeza se transformó en emoción cuando leí el remite, ya que era Adrián quien me lo enviaba. Tuve que disimular, pues el señor Miguel, que era quien repartía el correo en la parroquia, llegó cuando estábamos todos comiendo en la cocina. Menos mal que se sentó a tomar un café, siempre lo hacía cuando venía, y entonces aproveché para subir a mi cuarto y abrir el paquete.

Dentro, envuelto en papel de regalo, había un libro con tapas de color granate. Es este mismo que ahora tengo ante mí: *Rimas y leyendas*, de Gustavo Adolfo Bécquer, el número 3 de la colección Austral. Entre las páginas del libro venía una larga carta de Adrián y una foto que se había sacado en Mondoñedo, pues aparecía sentado en las escaleras que hay frente a la catedral.

La carta tenía tres folios, y la leí varias veces, como si necesitara hacerlo para caer en la cuenta de lo que Adrián me decía en ella. Había conseguido mi dirección gracias a Carmen y me mandaba el libro porque estaba seguro de que las poesías de Bécquer me iban a gustar. Me contaba anécdotas de su vida, me hablaba de discos y de libros, revivía las conversaciones de las noches que habíamos compartido en las fiestas de San Lucas. Y me preguntaba cuándo volvería a Mondoñedo; deseaba verme otra vez, pues no podía dejar de pensar en mí. Al final, me rogaba que le contestara y que le mandase también una foto mía.

Le escribí unos días después, aprovechando los momentos en los que me quedaba sola en casa, porque no quería que nadie lo descubriera. Esperé a que hubiera feria en Vilalba para poder echar la carta en correos; en Lanzós habría tenido que dejarla en la tienda donde se encargaban de la recogida y se habría enterado toda la parroquia. Mi carta era más breve, ni loca me atrevería a confesarle lo bien que me lo había pasado con él, pero la acompañé con la foto de

estudio que me había sacado en verano en Vilalba, con aquel fotógrafo que había en la plaza de la iglesia, encima de la peluquería de Severino. Era un retrato en el que yo estaba muy guapa, con el vestido estampado que me había traído mi tío de A Coruña; jamás me han vuelto a hacer una foto como aquélla.

Recibí la segunda carta de Adrián poco tiempo después. Debía de haber hablado de mí con Carmen, porque daba a entender que ya sabía que yo tenía novio, aunque no lo nombrase en ningún momento. Pero insistía en que, a pesar de que habíamos estado juntos sólo unas cuantas noches, yo le gustaba mucho y no podía dejar de pensar en mí. Era una carta muy bonita, supongo que se le notaba todo lo que había leído, pues sabía emplear palabras que se posaban en mí como caricias. Casi al final, me declaraba que yo «era la mujer de su vida y que haría cualquier cosa por volver a verme». Así me lo decía, con estas mismas palabras que me alborotaron el corazón.

A esa carta siguieron otras, cada vez más largas y apasionadas, a pesar de la brevedad de mis respuestas. Cuando recibí la quinta, decidí no volver a contestarle, pues era consciente de que me estaba metiendo en un problema del que no sabía cómo salir. Suso seguía viniendo a verme con la regularidad acostumbrada; ya entraba en casa, mis padres estaban encantados con él. Y, cada vez con más frecuencia, hablaba de casarnos y de sus proyectos de marcharse a Ferrol e instalarse allí. Insistía continuamente en que el trabajo en la tierra era muy esclavo, que no se resignaba a malgastar así su vida. Él soñaba con los barcos, y con el mar, y con vivir en la ciudad, donde había de todo y la vida era más fácil.

A mí Suso me gustaba, me parecía un buen chico y era muy trabajador. Pero cuando, a escondidas, leía en el libro de Bécquer los poemas de amor que tanto me emocionaban, en quien yo pensaba era en Adrián. Y durante el día, aunque siempre estaba ocupada, pues en casa había todo el trabajo que quisiera, me descubría embobada en muchas ocasiones, con la escoba en la mano o haciendo las camas, con el pensamiento puesto en Adrián y con la música de alguna de las canciones que habíamos bailado juntos sonando en mi cabeza. Estaba atrapada en medio de una duda que me acompañaba a todas horas, no sabía qué hacer. Supongo que en casa todos notarían mi desasosiego, pero no sabían a qué atribuirlo; incluso Suso lo tuvo que notar, aunque nunca me preguntó nada.

Un día me decidí a revelarle todas mis dudas a mi madre, tenía que hablar con alguien de confianza si no quería que aquella desazón acabase por consumirme. Pero casi ni me dejó explicarme. En cuanto se dio cuenta de lo que le decía, le cambió la cara. Me puso verde,

venga a gritarme como si hubiera sucedido una desgracia; cuánto llegué a arrepentirme de haberle contado nada. Que sólo a mí se me ocurría, teniendo un novio tan bueno, andar con tantos pájaros en la cabeza por culpa de alguien que me había regalado los oídos con palabras bonitas. Que si dejaba a Suso iba a ser un escándalo en toda la parroquia, que sería imposible limpiar mi reputación. Que íbamos a estar durante años en boca de todos, y ya me podía despedir de que se me acercara otro chico con intenciones formales.

Me dejé convencer; eran otros tiempos y yo tampoco sabía más. Suso representaba la seguridad, estaba a mi lado y me quería, mientras que Adrián no era más que una imagen, un embaucador con mucha labia que, además, se encontraba lejos y ni tan siquiera se atrevía a venir a Lanzós. Tal vez sólo estaba jugando conmigo, seguro que todas aquellas cosas bonitas que me decía las copiaba de esos libros de los que tanto me hablaba. Le envié una carta breve, rogándole que dejara de escribirme, que el mío era un noviazgo formal y sus palabras no hacían más que confundirme. Si hubo más cartas suyas, nunca llegaron a mis manos; a mi madre le resultaba muy fácil ocultármelas si quería hacerlo.

Suso y yo nos casamos en 1966. Él se había marchado unos meses antes a Ferrol y pronto consiguió entrar en Astano, ya he dicho que valía mucho para la mecánica. La familia le ayudó a comprar un piso en San Valentín, un barrio nuevo de Fene que habían construido cerca de los astilleros. Y, después de casarnos, me fui con él a Fene. Los dos echábamos de menos el contacto con la tierra, pero pronto nos acostumbramos a nuestra nueva vida. En aquella época inauguraron el Puente de las Pías, con el que teníamos Ferrol a un paso; y no había domingo que no fuésemos a pasear por el Cantón, que estaba siempre animadísimo.

A Suso le gustaba su trabajo, durante muchos años se sintió orgulloso de lo que hacía. En Astano comenzaron a construir aquellos petroleros enormes, impresionaba verlos crecer día a día en el astillero. Desde las ventanas del piso podía ver la mole oscura del barco, y las chispas que hacían saltar los soldadores, y escuchaba el rumor intenso de tantos hombres trabajando en él. Hasta yo me sentía orgullosa cada vez que echaban uno al mar y todo se llenaba de gente que venía a ver la maniobra de la botadura. El más grande de todos fue el Arteaga, en mayo del setenta y dos. ¡Un barco de 385 000 toneladas! Aquel día todo Fene estaba invadido de gente; nunca podré olvidar la cara de mi marido cuando aquella enormidad se deslizó grada abajo y acabó mansamente en el agua.

Suso trabajaba muchas horas y se las pagaban bien, en casa no nos

faltaba de nada. Teníamos lavadora, televisión, nevera… fueron años de abundancia, y en aquel tiempo creíamos que iban a durar siempre. En ese piso nacieron nuestros tres hijos, y allí vivimos hasta que nos mudamos a esta casa de Perlío, poco después de la muerte de Franco. Una casa grande y nueva, con dos ferrados de huerta por detrás, una de las mejores de toda la parroquia. La vida nos trató bien durante aquellos años, sería injusta si me quejase. También tuvimos nuestros problemas, qué matrimonio no los tiene, pero criamos a los hijos y salimos adelante. Y yo olvidé aquel amor mío de juventud, excuso decirlo; hice tanto por quitármelo de la cabeza que acabé por esconderlo en uno de esos rincones olvidados de la memoria.

Las cosas comenzaron a empeorar en 1984, con la reconversión naval que llevaron a cabo los socialistas. Parece ser que era un precio que había que pagar para poder entrar en Europa. Yo eso nunca lo entendí, ni entonces ni ahora, pero el caso fue que, de un día para otro, resultó que en Astano ya no había barcos que construir y sobraba más de la mitad de los obreros. ¡Tanta prosperidad como había habido en toda la comarca de Ferrol! Pero habían llegado malos tiempos, y empezamos a ver gente sin trabajo. Una tristeza. Fueron muchos los que tuvieron que marcharse. Alguno de nuestros vecinos emigró a Canarias; otros volvieron a la aldea que habían dejado años atrás. Nosotros no éramos de los que peor estábamos, pues la crisis nos sorprendió con casa propia y algo de dinero ahorrado; en esto, Suso siempre fue un hombre muy previsor. Tuvimos que apretarnos el cinturón, en aquella época nuestros hijos más jóvenes todavía estaban estudiando; en cambio, Celia, la mayor, ya se había empleado en el Ayuntamiento y no tardó mucho tiempo en casarse.

Lo que mi marido no pudo resistir fue verse en paro. Al principio consiguió librarse de los sucesivos ajustes, pero la reconversión acabó por afectarle también a él. Lo despidieron en 1988, entonces tenía cuarenta y nueve años. Para Suso, verse sin nada que hacer todo el día fue la mayor de las desgracias. Cambió de carácter, se amargó. No paraba en casa, decía que se le caían las paredes encima. Yo lo animaba a trabajar en la huerta, ya que siempre le había gustado distraerse en ella; el caso era mantenerlo ocupado, pero no había manera. Además, no se cuidaba nada; tanto fumar, tanto fumar, siempre con el cigarrillo en la boca, cualquiera veía que eso no podía ser bueno. Cuando le dio el segundo infarto, en 1997, no lo superó. Se murió con cincuenta y siete años, el pobre, era muy joven todavía para marcharse. Y yo me quedé viuda con sólo cincuenta y dos, nunca

se me había pasado por la cabeza verme en una situación así. Fue una suerte tener a mis hijos junto a mí; ellos me ayudaron a superar una etapa tan difícil.

Tres años después murió mi madre; mi padre ya había fallecido mucho antes, y yo heredé la casa de Lanzós. En las partijas, animada por mis hijos, a los que siempre les había encantado ir a aquella casa, preferí perder un poco a cambio de que mis hermanos me permitiesen quedarme con ella. A ellos les daba lo mismo, pues los dos se habían hecho vivienda propia y no veían la necesidad de ponerse a arreglar un edificio que tenía ya tantos años a sus espaldas.

Este verano, revolviendo en el desván, mi nieta Iria encontró una caja de madera con mi nombre escrito en la parte de fuera. Si alguien me hubiera preguntado por ella, le habría dicho que no sabía de qué me hablaba, pues la había olvidado por completo. Así es nuestro cerebro, recuerda sólo lo que le conviene. Pero cuando la bajó y me la enseñó, me vino a la memoria de inmediato. Era una caja en la que yo, una semana antes de casarme, había guardado todos los objetos que tenía en los cajones de mi cuarto, para que nadie curiosease en ellos. Pensaba llevármela para Ferrol más adelante, pero nunca llegué a hacerlo. ¿Cómo podía haberla olvidado durante tantos años?

Al abrirla, lo primero que llamó mi atención fue un sobre grande de color castaño. En su interior encontré el libro de Bécquer, y también las cartas y la foto de Adrián. De repente, una parte de la vida que creía olvidada volvía a mí como si no hubieran pasado los años. Aquellos papeles removieron sentimientos que ni tan siquiera sabía que seguían en mí. Una inquietud, una ansiedad, un dolor, un vacío. Fue un ataque a traición, en un primer momento sentí que la vida estaba siendo injusta conmigo. Ahora que ya había recorrido mi camino, se presentaba ante mí el recuerdo de que pudo existir una vida diferente a la que había llevado.

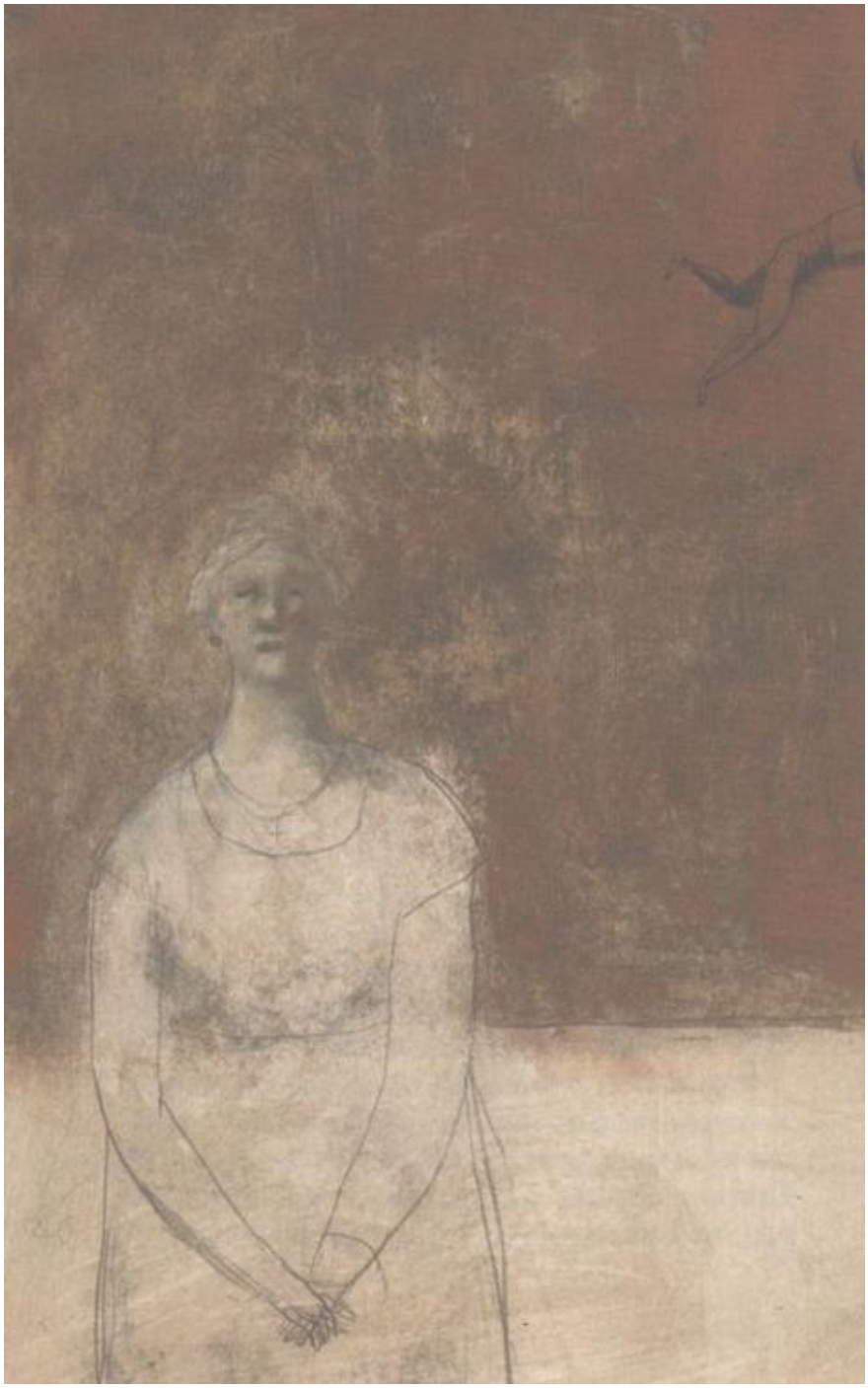
Durante los días siguientes hice algunas averiguaciones a través de Carmen; ella había vivido siempre en Mondoñedo, y Vilanova está a un paso, ahora las distancias no son como las de antes. No le debió de resultar difícil conseguir la información, en los pueblos pequeños se conocen todos. Así supe que Adrián se había marchado a Barcelona hacía muchos años, más o menos en la época en que nosotros nos instalamos en Fene. Se había casado allá, pero le debió de ir mal en su matrimonio, pues acabó separándose. A Vilanova volvía durante las vacaciones, todavía seguía teniendo dos hermanas que vivían en el pueblo.

La memoria es traidora, va y viene por los caminos que quiere y juega con nosotros sin que podamos evitarlo. Pero la imaginación es

más fiel, podemos dominarla a nuestro antojo. Y a mí, desde que recuperé la caja, me gusta imaginar que Adrián conservó siempre mi foto, que la contempló cada día que pasaba, que mi sonrisa lo acompañó durante todo el tiempo en que vivimos separados. Si fue así en realidad, ni lo sé ni me interesa saberlo. ¡Qué más da, después de tantos años!

He escuchado más de una vez que, en los últimos instantes de nuestra vida, las imágenes de todo lo que nos ha ocurrido pasan veloces ante los ojos, como si fuese una película proyectada de manera acelerada. No sé si será así o no, y quiera Dios que tarde muchos años en saberlo. Pero la promesa que hago hoy aquí, después de conocer la muerte de Adrián, es la de llevar siempre su foto junto a mí; mirarla una y otra vez todos los días que me queden de vida, aunque tenga que hacerlo a escondidas de mis hijos.

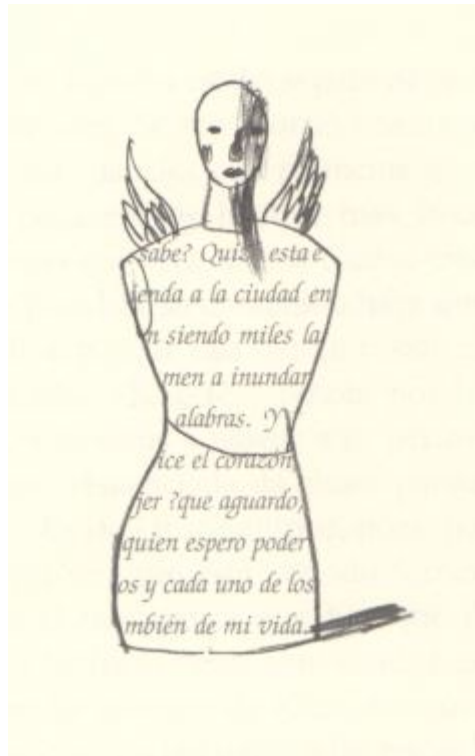
Así, cuando la muerte venga a visitarme, cuando esa película loca pase ante mis ojos, quizá consiga que mi memoria se quede anclada para siempre en la imagen de Adrián, el chico que me regaló el primer libro auténticamente mío, el hombre con el que quizá el destino me ofrecía la fortuna de emprender una vida más feliz.



Un río de palabras

El que da una palabra da un don.

JOSÉ ÁNGEL VALENTE, *El inocente*.



Al principio ni siquiera estaba seguro de que se tratase de una buena idea. Se me ocurrió mientras contemplaba uno de esos papeles con anuncios de todo tipo que la gente pega en los lugares más frecuentados. Cualquier persona que viva en una ciudad está harta de verlos, aunque para leer su contenido haya que acercarse bastante a ellos, porque casi siempre están escritos en letra muy pequeña: «Se ofrece señora por horas para cuidar niños». «Sacamos a pasear a tu perro». «Cerrajeros, 24 horas». «Licenciada da clases particulares de Matemáticas»… Es fácil distinguirlos, pues, por la parte inferior, el papel siempre está cortado formando tiras donde aparece el teléfono al que hay que llamar. Yo creía que nadie les hacía caso, pero cambié de opinión al observar que, de muchos de ellos, desaparecían casi todos los tiques con los teléfonos a las pocas horas.

Así que entra dentro de la lógica que se me ocurriera algo parecido cuando volví a encontrarme con uno de esos libros que me alborotan el corazón y me devuelven la alegría de vivir. Al acabarlo, me asaltó otra vez el deseo que siempre siento en esos casos: telefoneara los amigos, salir a gritar en medio de la calle, proclamarlo a todo el mundo. Decirle a la gente que no puede seguir viviendo sin leer un libro así, hay demasiada belleza en él para ignorarlo.

La idea se me ocurrió casi espontáneamente. Aún no era del todo consciente de lo que quería hacer, cuando ya estaba delante del ordenador, copiando las primeras líneas de aquella narración que me había tenido absorto en los días anteriores. Lo hice con una letra de cuerpo veinte y un interlineado generoso, de ningún modo quería que el texto pasase desapercibido entre los otros papeles:

Vine a Comala porque me dijeron que acá vivía mi padre, un tal Pedro Páramo. Mi madre me lo dijo. Y yo le prometí que vendría a verlo en cuanto ella muñera. Le apreté sus manos en señal de que lo haría, pues ella estaba por morirse y yo en un plan de prometerlo todo.

Imprimí veinte hojas, en papel de color azul. Después tuve que recortar a mano las tiras de la parte inferior; fue un trabajo laborioso, pero valió la pena. En ellas, en vez del número de teléfono, escribí el título del libro y el nombre de su autor. Si a alguien le interesaba la historia que se escondía detrás de aquellas pocas líneas, allí tenía el hilo que le permitiría entrar en ella y descubrir sus maravillas.

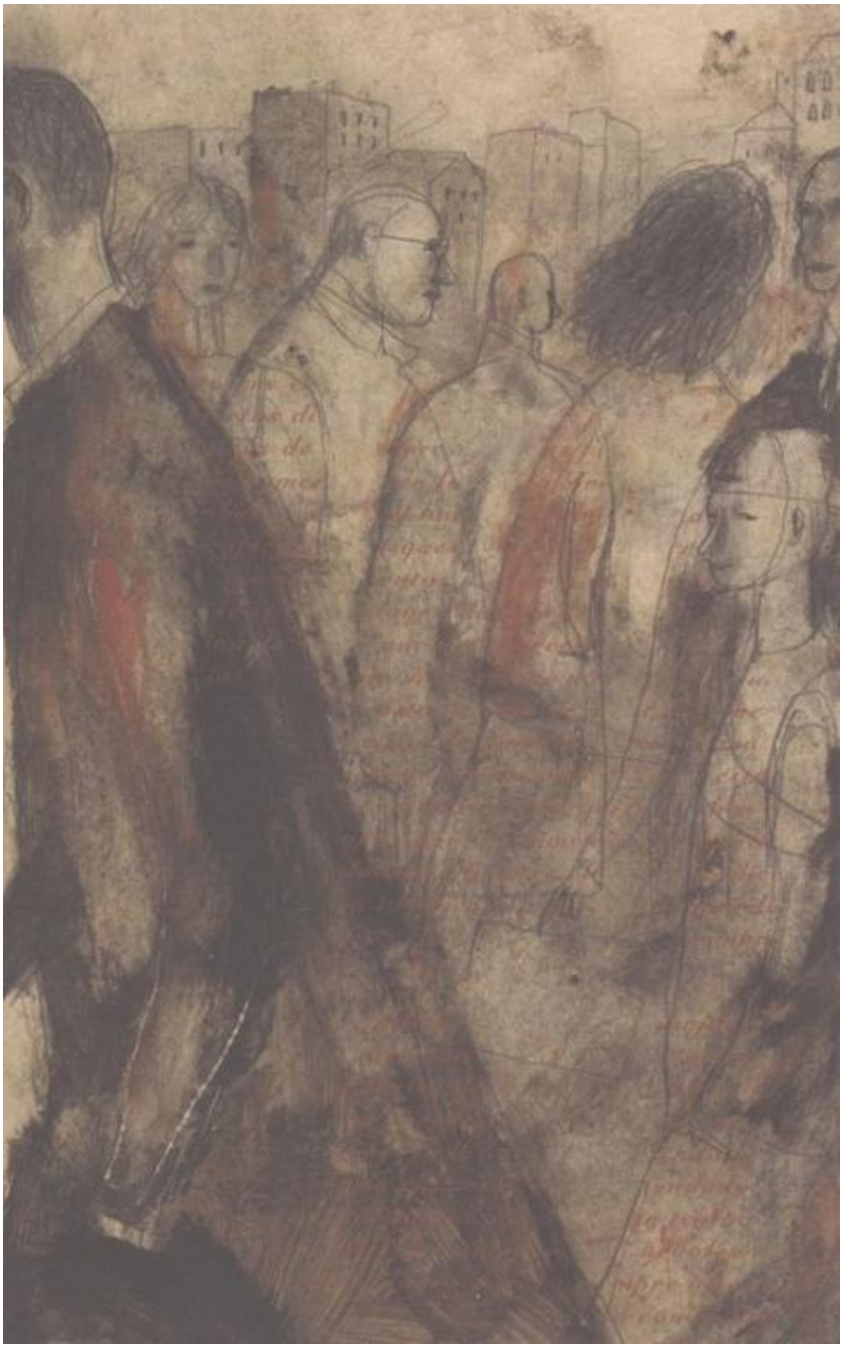
Pegué las hojas por todo el barrio. Como sentía un poco de vergüenza, me levanté temprano y las coloqué de madrugada, antes de acudir al trabajo. Al volver de la oficina, lo primero que hice fue recorrer los lugares donde había dejado los papeles. El corazón se me fue llenando de optimismo a medida que veía cortadas la mayor parte de las tiras. Era más de lo que yo esperaba, la señal inequívoca de que mis mensajes estaban ya en manos de otras personas desconocidas.

Animado por el éxito, decidí probar de nuevo. Esta vez elegí las líneas iniciales de uno de esos libros que releo cada cierto tiempo, para revivir de nuevo la emoción tan intensa que sentí la primera vez:

Fue el verano en que el hombre pisó por primera vez la Luna. Yo era muy joven entonces, pero no creía que hubiera futuro. Quería vivir peligrosamente, ir lo más lejos posible y luego ver qué me sucedía cuando llegara allí. Tal y como salieron las cosas casi no lo consigo. Poco a poco, vi como mi dinero iba menguando hasta quedar reducido a cero; perdí el apartamento; acabé viviendo en las calles. De no haber sido por una chica que se llamaba Kitty Wu, probablemente me habría muerto de hambre.

Pronto comprobé que los tiques de mis hojas desaparecían al poco tiempo de distribuirlas. ¡El sistema funcionaba! Seguí colocando nuevos textos cada tres o cuatro días, pues quería dejar el tiempo suficiente para que se pudiera asimilar el efecto que produciría cada uno. Cuando llegué a la décima hoja, decidí hacer algo especial. Elegí un papel de mayor calidad y, tras muchas dudas, seleccioné el comienzo de un libro que me había dejado marcado desde el año, ya distante, en que lo había leído por primera vez:

Cuando Gregor Samsa se despertó una mañana después de un sueño intranquilo, se encontró sobre su cama convertido en un monstruoso insecto. Estaba tumbado sobre su espalda dura, y en forma de caparazón y, al levantar un poco la cabeza, veía un vientre abombado, parduzco, dividido por partes duras en forma de arco, sobre cuya protuberancia apenas podía mantenerse el cobertor, a punto ya de resbalar al suelo. Sus muchas patas, ridículamente pequeñas en comparación con el resto de su tamaño, le vibraban desamparadas ante los ojos.



A la mañana siguiente, cuando salí a colocar mis carteles, descubrí con asombro que alguien había pegado otros semejantes. Sentí una emoción irrefrenable, mayor aún cuando comprobé que aquella anónima persona se había atrevido con la poesía, dándole así una buena lección a todos los que, equivocadamente, afirman que es un

género minoritario:

Lo dejaría todo,
todo lo tiraría:
los precios, los catálogos,
el azul del océano en los mapas,
los días y sus noches,

los telegramas viejos
y un amor.
Tú, que no eres mi amor,
¡si me llamaras!

No sólo arranqué una tira, sino que, después de pegar también mis hojas, me mantuve vigilante todo el día, para ver cómo era recibida la nueva propuesta. La recepción que tuvo fue extraordinaria, pues los tiques volaron con mayor rapidez que otras veces. ¡Me sentía exultante! Ahora sabía que cerca de mí había una persona dispuesta a compartir la emoción que ella también sentía al leer alguno de esos libros que nos iluminan la vida.

Claro que la mayor sorpresa la recibí el lunes siguiente. Cuando me levanté para colocar las hojas de un nuevo texto, me encontré con que las calles aparecían completamente cubiertas de papeles de colores: en las esquinas de las paredes, en las farolas, en las puertas de los comercios, en los semáforos, en la parada del autobús… Todo el barrio estaba inundado de textos magníficos y de tiques que colgaban tentadores bajo ellos, como los frutos maduros de árboles exóticos.

No sé si este milagro durará siempre o será sólo una pasión de otoño que desaparecerá con la llegada de la lluvia. Pero algo me dice que no es flor de un día, pues hay cosas que, como la bola de nieve que rueda montaña abajo, sólo precisan del impulso inicial para que comiencen a crecer. ¿Quién sabe? Quizá esta epidemia se extienda a la ciudad entera, quizá acaben siendo miles las personas que se animen a inundar las calles con ríos de palabras. Y entre ellas, me lo dice el corazón, estará también la mujer que aguardo, ese desconocido amor con quien espero poder compartir todos y cada uno de los días de mi vida.

De amores y de libros

Este libro se fue construyendo lentamente durante varios años, casi de un modo subterráneo, pues tardé en ser consciente de que, aun siendo escritos en etapas diferentes, los cuentos que lo forman tienen un relevante hilo común que da unidad al conjunto. Todos hablan de la importancia del amor, ese sentimiento capaz de transformarnos más profundamente que ningún otro, y también de su ausencia, del vacío que deja en las personas cuando los azares de la vida lo hacen imposible. Algunos de estos relatos aparecieron publicados previamente en revistas o libros colectivos, siempre en versiones más primitivas. Todos fueron reescritos y ampliados para este volumen, de modo que ahora los considero enteramente originales.

El listado de personas a las que les debo manifestar mi agradecimiento es muy amplio, aunque aquí sólo citaré algunas. Hay algún relato que no existiría si no fuese porque alguien me lo solicitó o me dio la idea que lo hizo nacer. Isabel Soto y Antonio Ventura, por razones diferentes, son los responsables de que exista «Un radiante silencio». Y lo mismo ocurre con Santiago Jaureguízar y «Amor de agosto», del cual publicó una versión muy jibarizada en el periódico El *Progreso*. «Una historia de fantasmas» nació de una petición de Xosé A. Neira Cruz, y «Ríos de la memoria» responde a otra de Ana Romaní y Paulino Novo. Asimismo, Manuel Bragado y Xavier Senín tuvieron mucho que ver en el impulso inicial de alguna de estas historias.

Lo único que queda es el amor también es, a su manera, un libro sobre la importancia de la lectura en nuestras vidas, pues hay en él un homenaje explícito a otros libros que aprecio especialmente, de los cuales incluyo diversos fragmentos. Me encantaría provocar en los lectores el deseo de acercarse a los títulos de los que están extraídas esas pocas líneas. He aquí las referencias principales:

«Un radiante silencio» contiene la mayoría de ellas. *Rapunzel* es un inolvidable cuento tradicional, del que existen diversas versiones; la más conocida quizá sea la de Jakob y Wilheim Grimm. «Sé tú mi límite», el poema que Sara encuentra en la primera tarjeta, es de José Ángel Valente y pertenece a su libro *La memoria y los signos*, incluido en el volumen antológico *Punto Cero*. «Barcarola», el poema de Pablo Neruda escrito en la segunda tarjeta, está en *Residencia en la tierra*,

uno de los libros más fascinantes del autor chileno. Los versos de la tercera tarjeta son los últimos del extraordinario poema de Yeats, «El poeta desea los paños del cielo», presente en casi todas las antologías de su obra. Desconozco qué persona hizo la traducción que utilizo aquí, pues la tomé de la voz en *off* que lo recita mientras Anthony Hopkins lo lee mentalmente en la película *La última carta*, versión cinematográfica de ese libro imprescindible que es 84, *Charing Cross Road*, de Helene Hanff. Los versos correspondientes a los poemas que quema el librero pertenecen a José Ángel Valente, Pablo Neruda y Paul Eluard. El fragmento que cierra el cuento es de *La noche del oráculo*, novela de Paul Auster, traducida al castellano por Justo Navarro.

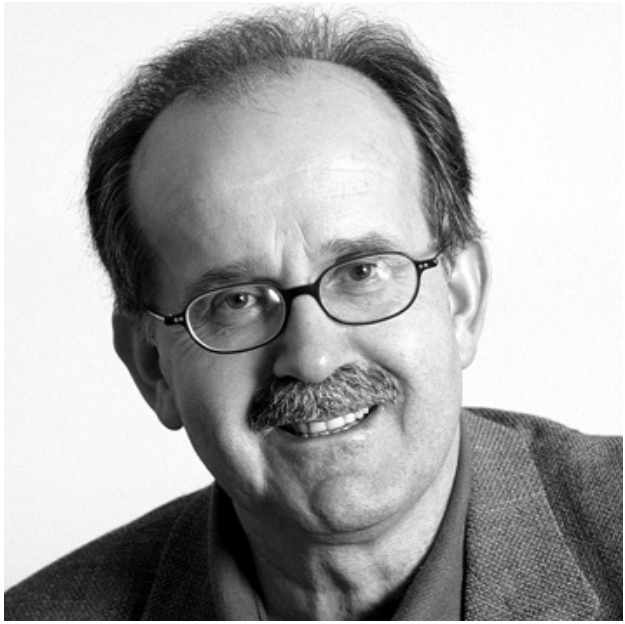
Los versos que aparecen citados en la última secuencia de «Esta extraña lucidez» pertenecen a una composición magnífica, «Otro poema de los dones», de Xulio López Valcárcel, que está en su libro *Memoria de agosto*.

Los dos poemas de «Una historia de fantasmas» son de José Ángel Valente. Se encuentran, respectivamente, en los libros *Fragmentos de un libro futuro* y *Breve son*.

Finalmente, los textos de «Un río de palabras» pertenecen, por este orden, a los libros *Pedro Páramo*, de Juan Rulfo; *El palacio de la luna*, de Paul Auster; *La metamorfosis*, de Franz Kafka, y *La voz a ti debida*, de Pedro Salinas.

En los primeros días de septiembre, mientras revisaba por última vez los textos de este libro, Pablo Auladell terminó las ilustraciones y colgó en su blog *(http://pabloauladell.blogs-pot.com/)* una muestra de lo que había hecho. Yo sabía que estaba trabajando en este proyecto, así que me pasé todo el mes de agosto entrando cada día en su blog, que permanecía parado desde el principio del verano, ansioso por conocer los resultados. Por fin, la noche del 5 de septiembre se produjo el milagro: allí estaban, en la pantalla, cuatro de las ilustraciones del libro. ¡Qué maravilla! Admiro el trabajo de Pablo (*La torre blanca*, por ejemplo, me parece un álbum imprescindible), pero lo que tenía ante mí superaba todas mis expectativas. Eran cuatro ilustraciones de una belleza formal apabullante y, sobre todo, encerraban una intensa carga emotiva, mucho mayor que la que podía haber en mis relatos. Tanta, que sentí el impulso de escribir un nuevo cuento a partir de lo que me sugería cada una de ellas, cuentos que podrían motivar otras imágenes, y nuevos relatos, como en un juego de espejos interminable. Es para mí un honor que este libro se

enriquezca gracias a las ilustraciones de Pablo, tan llenas de vida como imposibles de olvidar.



AGUSTÍN FERNÁNDEZ PAZ (Villalba, Lugo, 1947 - Vigo, 2016) era Perito Industrial, Maestro y Licenciado en Ciencias de la Educación, y trabajaba como profesor de Secundaria en Vigo, la ciudad donde residía. Es autor de una extensa obra en el ámbito de la literatura infantil y juvenil, escrita en gallego y en su mayor parte traducida a todas las lenguas de España. Recibió algunos de los premios más importantes en el ámbito de la LIJ gallega y española (Merlín, Lazarillo, Edebé, Rañolas, Raíña Lupa, Barco de Vapor, Protagonista Jove…). Entre los títulos dirigidos a los jóvenes, destacan *Trece años de Blanca, Cartas de invierno, El centro del laberinto, Aire negro, Noche de voraces sombras, Fantasmas de luz y Tres pasos por el misterio*. En la colección Sopa de Libros publicó títulos como *En el corazón del bosque, Un tren cargado de misterios y Desde una estrella distante*, y en 2008 recibió el Premio Nacional de Literatura Infantil por *Lo único que queda es el amor* (colección Leer y Pensar).

PABLO AULADELL (Alicante, 1972). Ilustrador y autor de cómic. A raíz de conseguir el Premio Nacional de Cómic Injuve 2000 comienza su carrera profesional como autor en este medio, destacando entre su producción *El camino del titiritero y La Torre Blanca*. Paralelamente, comienza a desarrollar también su carrera como ilustrador. En el campo de la LIJ, suele colaborar con el escritor Pablo Albo, con el que ha realizado *Mar de sábanas* (Primer Premio en el Certamen Internacional Ciudad de Alicante 2003, editado por Anaya). Además, ha ilustrado varios relatos de *El Bosque de los Sueños* (Antonio R. Almodóvar, ED. Anaya, 2004), y uno de los volúmenes de los *Cuentos completos de Hans Christian Andersen* publicados por Anaya en 2004. Fue seleccionado para la exposición Ilustrísimos que representó a España en la pasada Feria de Bolonia, y obtuvo el Segundo Premio Nacional de Ilustración en 2005.